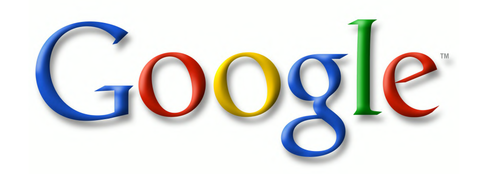
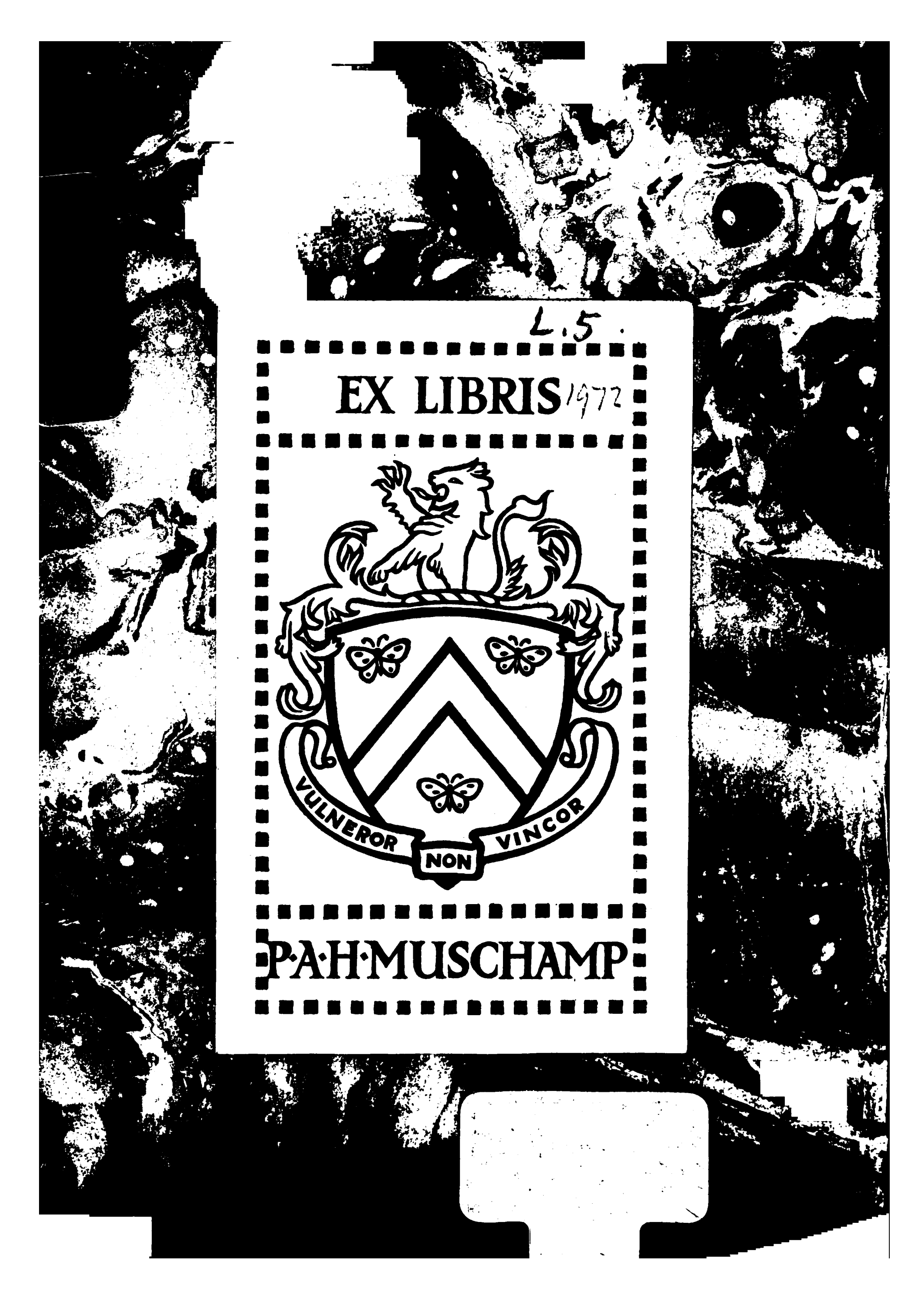
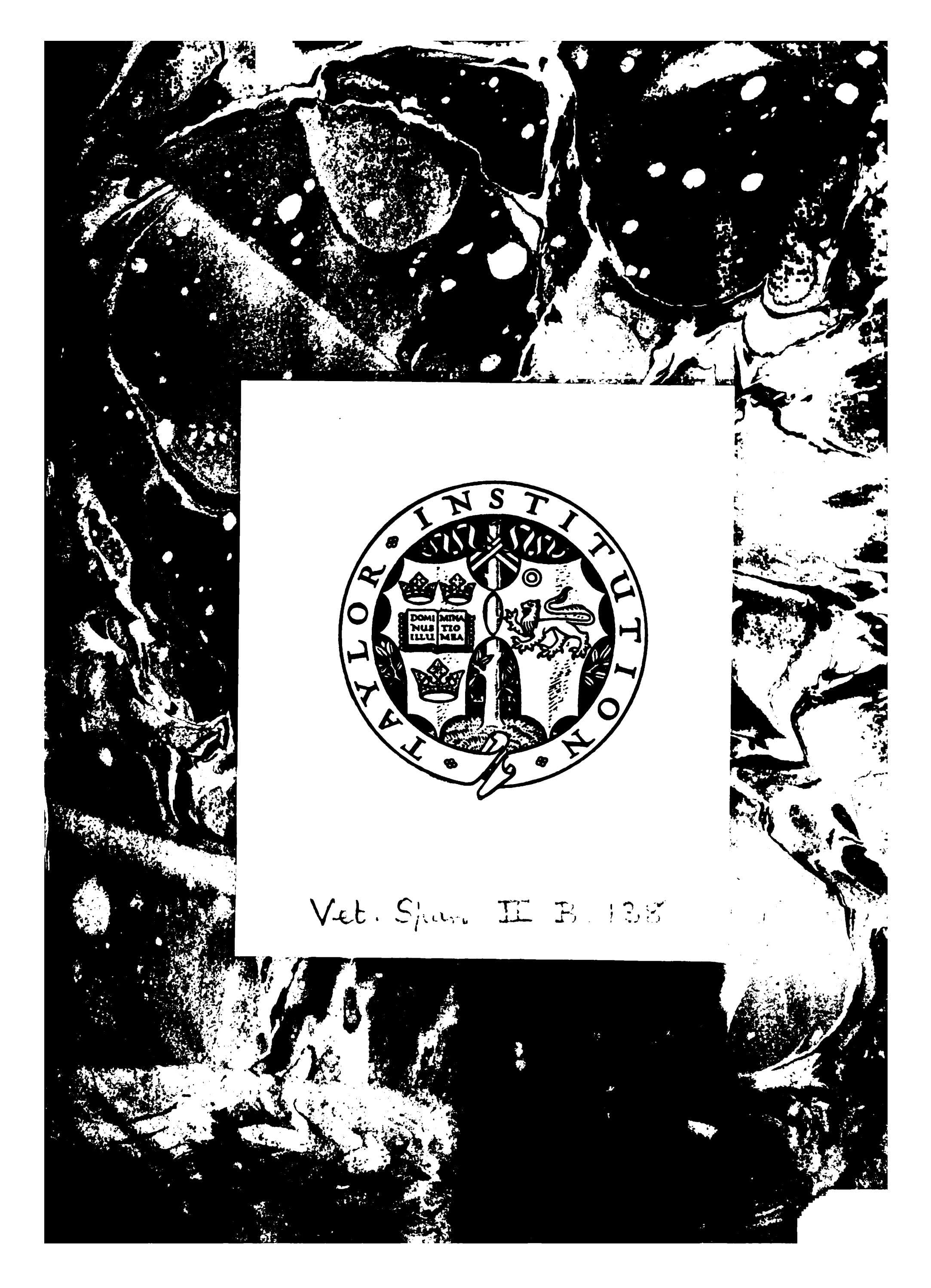

Google


L.5.
EX LIBRIS 1972
VULNEROR
NON
VINCOR
P·A·H·MUSCHAMP


TAYLOR INSTITUTION
DOMINUS ILLUMINATIO MEA

SERIMAN (Zaccaria)

Imaginary Voyage

1972

3 vols (of 4)

+5

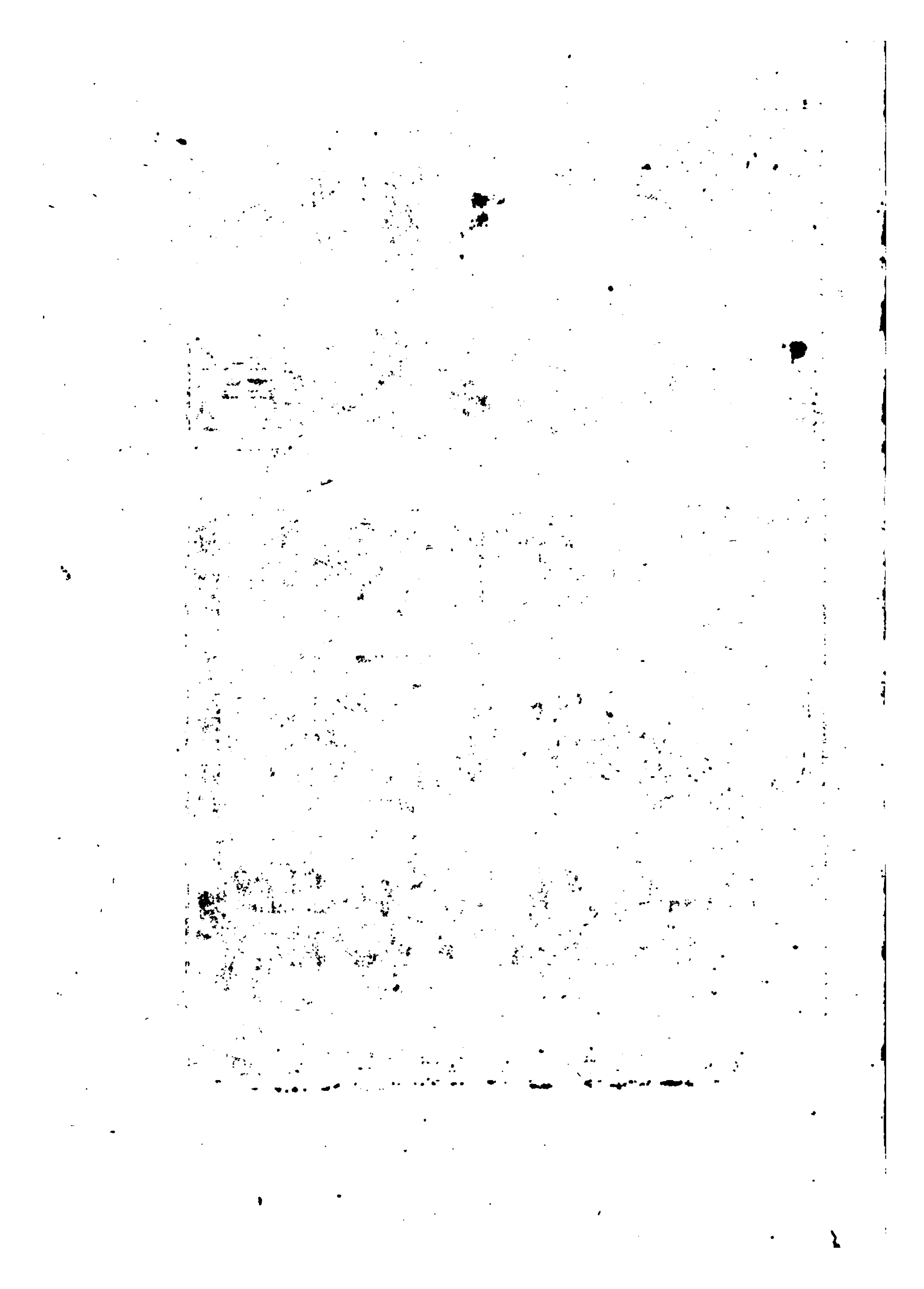
10

Sor demidrense

Vie



¿Quid rides? mutato nomine de te
Fabula narratur.
Jph Patiño, invº. dlº. sculp. M.



VIAGES
DE ENRIQUE
WANTON

A LAS TIERRAS INCOGNITAS AUSTRALES, y al País de las Monas; en donde se expresan las costumbres, carácter, ciencias, y policía de estos extraordinarios habitantes.

TRADUCIDOS DEL IDIOMA INGLES AL ITALIANO, y de este al Español.

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN y Manrique, &c.

TOMO PRIMERO.

Con Láminas que demuestran algunos pasages de la Historia.

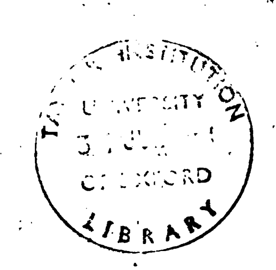
CON PRIVILEGIO.

En Madrid: Por Don Antonio de Sacha. Año de 1781.

Se hallará toda la obra en Casa de Don Bernardo Alberá, Carrera de San Gerónymo.

Oyente, si tu me ayudas
Con tu malicia, y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos, que desnudas.

Queved. *Musa Terpsichor. let. satir.* 13.



PROLOGO.

EL Viage à el País de las Monas, que ofrezco trasladado del Idioma Italiano al Español, es una aguda sátira, que mezclada de morales documentos ridiculíza los vicios, de que todas las naciones abundan. Tuvo desde luego esta obra tal aceptacion en el orbe literario, que inmediatamente fue necesario reimprimirla. Las pocas copias que llegaron à España, merecieron la estimacion de nuestros Literatos de buen gusto; no sin motivo, pues, à la verdad, parece quiso su Autor, yá sea Inglés, como él supone, yá de otra Provincia, como se cree, imitar en cierto modo à nuestros nunca bien alabados Españoles, Quevedo en la sátira, Calderon en los enlaces, Cervantes en las ficciones, Saavedra en las moralidades, y Gracian en las críticas, usando de los primores de todos estos en sus lugares oportunos.

Vertió el Autor las sales de esta obra con destino à ciertos dominios de Italia; pero como la mayor parte de los hombres adolece de una misma enfermedad, pueden quasi todas surtir su efecto en España; solo hai la distincion, de que alli tal vez las pinturas fueron determinados retratos; y aquí es imposible, sino por casualidad, que tengan particular aplicacion; y en esto llevamos la ventaja, porque en tanto la sátira es provechosa, honesta, deleitable, y por consiguiente permitida, en quanto ridiculiza à los sugetos, pero no à tales sugetos. Como se tocan tantas materias, no dudo, haya muchas personas, que encuentren con su copia;

pia; pero en este caso me servirán de defensa unas claúsulas del mismo Autor al capítulo octavo de este primer tomo, donde dice, que si acaso hallan algunas el modelo de sí mismas en esta Historia, culpen à sus vicios, pero no, à quien, publicando la verdad, no piensa en la idéa crítica de dibuxar sus costumbres: Y asi, si él hace esta salva entre los mismos, para quienes escribe, ¿qué se deberá entender, con quien ajustado à una precisa traduccion, solo traslada las extravagancias de aquel País, siendo unicamente por semejanza, las que hablen con el suyo?

Con el mas grande, y nunca demasiado rigor reprehende Terencio en la Comedia intitulada: *Adelphi* à los hijos viciosos, è inobedientes en cabeza de Eschino, por boca de Démea su padre; pero, aunque há tantos años, que escribió este Poëta, ¿à quántos Eschinos, que conocemos, son aplicables el dia de hoi sus versos, y muchos mas? Nada tuvieron de adivinos Persio, Juvenal, y otros espíritus festivos, y satíricos, y notando muchos siglos hace las viciosas ridiculeces de su era, y de su patria, parece, si se leen con reflexion, que solo escribieron para nuestra edad, y País. En todo tiempo, y en todas las naciones se han fulminado las mas rígidas invectivas contra los desarreglos de un mal aconsejado Joven; las avaricias de un ambicioso Anciano; las ficciones de un Aúlico adulador; las corrupciones de un depravado Juez; los enredos de un Abogado reboltoso; los robos de un Escribano desalmado; los engaños de una Vieja astuta; las disoluciones de una Moza desenvuelta; los despropósitos de un afeminado Pisaverde; las extravagan-

gan-

gancias de una Dama zalamera; las erratas de un Médico ignorante; las patrañas de un Alguacil interesado; la hinchazon de un Sabio à la antigua; los disparates de un Doctor à la moderna; el luxo de un Rico de mala conducta; las altanerías de un Pobre sobervio; las pesadeces de un nuevo Litigante; las desconfianzas de un Rústico malicioso; las vanidades de un Caballero ciudadano; los artificios de un Cortesano refinado; y finalmente (para no molestar con otra caterva semejante) las preocupaciones de un ciego vulgo: Y en verdad, que no por esto se dará por ofendido el Joven bien criado, el Viejo virtuoso, el Palaciego ingenuo, el Juez íntegro, el Abogado literato, &c. antes bien, à vista de los desaciertos de aquellos, tendrán mayores brillos las bondades, y buen manejo de cada uno en su especie.

Generalmente es uno mismo el material en la sátira universal arreglada; la diversidad está en el condimento: No es el mas desabrido el presente, en que, figurandose ciertos nuevos descubrimientos, se fingen con racionalidad unos brutos, que crió la naturaleza con acciones tan semejantes à las nuestras. Es forzoso usar voces, que sean conducentes à este fin (que nadie hai tan sencillo, que no conozca, que solo tienen fuerza en la fábula) para dár à las apariencias todos los realces de realidad.

El curioso, que haga cotejo entre la obra, y la traduccion, hallará una, ù otra cosa con alguna variacion, ù omitida, y acaso alguna pagina entera; porque si el Traductor Italiano por contemporizar, separó (segun dice) del original Inglés muchas

chas expresiones, que no podría tolerar el genio de su nacion; à nuestro delicado paladar desazonarían tal vez otras, que él dexó esparcidas. En conseqüencia de lo dicho, me parece, que ni el mas rígido Catón podrá hallar proposicion malsonante, ni determinadamente ofensiva: Protesto, que ésta es mi intencion, y que siempre me encontrarán pronto à reformar toda claúsula, que se me mande borrar por qualquiera de mis superiores, à cuyas altas comprehensiones rendidamente me sujeto.

G. J. V. D. G. Y. M.

EL

EL TRADUCTOR ITALIANO
AL LECTOR.

HAviendo llegado pocos años há à Venecia un Mercader Inglés con motivo de sus asuntos particulares, se hospedó en casa de una persona honrada, y despues de haverse detenido en esta Ciudad algunos meses, se vió en la precision de tener, que marchar impensadamente, para dirigirse à Holanda, adonde le llamaban sus intereses, por causa de la quiebra, que hizo uno de los primeros Mercadéres de Amsterdán. Con la solicitud, y prisa de la partida se olvidó de algunos libros, y manuscritos, que quedaron en poder de su Patron; éste con repetidas cartas avisó à su Amigo, para que le previniese el modo de enviárselos. El buen hombre, que sabía, y seguía escrupulosamente todas las leyes de la hospitalidad, nunca pudo tener respuesta de sus cartas. Con todo eso, no contento con su primer honrado proceder, rogó à algunos Amigos, que procurasen adquirirle noticias en Holanda del dicho Inglés, para poder entregarle, lo que tenia à su cargo. Los corresponsales executaron la comision, mas no les fue posible hallarle; antes bien escribieron, que no solo en Amsterdán, en donde havian hecho increibles diligencias, no se conocía tal hombre, pero ni aún en Londres, de donde el Inglés decía era natural. Entonces creyó con razon la sobredicha persona, que su Huesped, por uno de los muchos motivos, que pueden ocur-

ocurrir en tales casos, havría mudado el nombre, quando se transfirió à Venecia, por lo qual puso sobre seguro todos los papeles, que encontró, y esperó con paciencia el aviso de su Amigo, que probablemente debiá pedirle quenta algun dia de sus libros, y manuscritos. Pasados dos años, imaginó el depositario de ellos, que sin duda, no contenian cosa de cuidado, y que esta fuese la causa, porque no se los pedian. Movióle la curiosidad à buscar un intérprete, por lo qual me rogó los leyese, y le diese noticia de su contenido. Examiné los libros, y los manuscritos, y en aquellos encontré las obras de los mas sublímes ingenios de Inglaterra; y en estos hallé cosas del todo nuevas, y extravagantes. Comuniqué al Amigo mi hallazgó, y como él no es hombre de grande penetracion, solo deseó que entre todos los manuscritos mas singulares, le traduxese aquella obra, que fuese à su inteligencia mas fácil: Se escogió, pues, la presente, en que se trata de un viage al País de las Monas. Ahora, que hé sabido, que él intenta hacer imprimir esta mi traduccion, hé querido advertir al público los accidentes sobrevenidos, para que se sepa el modo, y la ocasion, con que llegó à mis manos el dicho manuscrito.

El Autor es Inglés, por lo que es forzoso entender, que se encuentran en la obra muchas cosas, que no podrían sufrirse de un genio Italiano: Mi obligacion era omitirlas, para que el gusto de la leyenda no estuviese contaminado de máximas, y reflexiones contrarias à su quietud: Hé trabajado bajo estos principios, y asi me lisongéo, de que no encontrará el lector cosa, que pueda ofender à su delicadeza.

Si

Si Yo fuera crítico, podría examinar el fin de esta Historia. Qualquiera, que tenga juicio, considerará, que es una contínua sátira, y no creo, que podrá persuadirse, à que son realidades, las que en ella se leen, no obstante, que el Autor con un aire de sinceridad quiera continuamente dár à entender, que todo aquello, que cuenta es certisimo. Muchos pasages obscuros hé omitido de proposito, porque siendo este un libro de placer, y entretenimiento no hé querido fatigar el discurso à los lectores, precisándoles à una particular aplicacion, y exámen de ellos. Si algunas cosas parecieren hyperbólicas, ò no posibles, advierta el lector, que no todos los hombres son à él semejantes en el pensar, y en el obrar; ni que en todos los Países son los genios lo mismo, que en el suyo.

EL AUTOR AL LECTOR.

LOS accidentes, que há experimentado mi vida en el número de años tan repetidos, que yá me han constituído en una edad decrépita, son tantos, y de tal calidad, que intentaría un imposible, queriendo hacer descripcion de todos, aun quando me hallase esento de aquellas incomodidades, que generalmente acompañan à la vejéz, y me lisongeáse tambien, de que me restaba tanto tiempo, que vivir, quanto yá no debo esperar despues una carrera tan larga. Bien es verdad, que todos los hé conservado en mi memoria, y no me faltan los materiales necesarios para esta obra; pero solo el coordinarlos, me serviría de un peso insoportable, y tal, que no podrian conocerlo, ni apreciarlo, sino aquellos, que tienen experiencia de semejantes fatigas. Con razon puedo ser conocido por un hombre maravilloso, pues los accidentes, à que hé estado expuesto, y que sin interrupcion me han exercitado, todos fueron singulares, y fuera de los términos de la comun creencia. Un contínuo encadenamiento de desgracias, y fortunas me há enseñado, que no hai cosa alguna estable en este mundo; por lo qual determiné dexarme llevar totalmente de quanto me preparáse la fuerza de mi destino.

Lo que hé llegado à comprehender por mas cierto es, que parece han salido desterradas del mundo la verdad, y la razon, y el lugar de estas luces celestiales han ocupado la falsedad, y la extravagancia. Hé visto al mundo, le hé observado, y le hé conocido; generalmente son las costumbres semejantes en lo esencial, solo varían en el modo. Hé aqui en compendio el fruto de mis viages, y descubrimientos: Se podría creer, que los Países, que la naturalèza separó enteramente de nuestro Continente, y en los que Yo hé sido el primer hombre, que pusó el pie, debieran variar, en lo que mira à las costumbres, por encontrarse poblados de habitadores, que siempre hemos tenido por faltos de razon, y entendimiento. Yo mismo lo huviera creído, fundado, en que el vicio, y la falsa idéa son una peste, que introducidos en un Reino ván poco à poco apoderandose de los vecinos, hasta que llega à ser general el daño. Pero mis aventuras me han desengañado, y à costa de mi admiracion hé visto, que en todo lugar (aun sin la sospecha de la comunicacion) la naturaleza viciada inclina à obrar lo peor, y que estamos generalmente engañados en el modo de juzgar. El País de las Monas, que se tuvo hasta ahora por un ente imaginario, es la prueba, que confirma esta verdad; y à fin de que algunos Amigos mios puedan encontrar en la lectura todo aquello, que Yo en este asunto, testigo de vista, hallé con mi sufrimiento, hé querido de entre todos mis descubrimientos comunicarles aquellas cosas, que en dicho País hé visto, y han pasado por mí mismo.

En consequencia, pues, de esta intencion hé

puesto en orden las memorias, que tenia concernientes à los descubrimientos, que hice en compañia de un fiel Amigo en aquel extraordinario País. Ruego por tanto à aquellos Amigos, y conocidos mios, à cuya noticia pueda llegar este suceso, juzguen bien de mis fatigas, sin desear hacer experiencia de la verdad de las cosas, que aqui describo. Muy peligrosa sería la prueba, sin que de ella el curioso sacáse mas fruto, que el que le subministra la misma lectura. Las acciones ridículas, las extravagancias, y la maldad se encuentran sin excepcion en todo el mundo; por lo que el abandonar la patria, el experimentar sumos riesgos, y el exponer la propria vida sobre un fragil leño à la discrecion de los vientos son graves peligros, que no deben despreciarse por solá la curiosidad de ser exploradores de la general locura. El que no se digne de darme crédito, téngame en buen hora por un impostór, ò visionario; que mas contento estaré con tan indiscretos, y no merecidos epítetos, que no, queriendo, que qualquiera de mis Conciudadanos se exponga à tantas incomodidades, y peligros, para que estos sean un nuevo testimonio de mis relaciones. Finalmente escribo como un viagero, y no como literato, pues, aunque Yo tal fuese, en las circunstancias pasadas no huviera podido escribir una historia con elegante estilo, quando semejante obra pide aquel ocio, y aplicacion, que à la verdad, no pueden encontrarse en un aventurero; y ahora en los últimos periodos de mi vida, sería ciertamente digno de risa verme aplicado al estudio de las frases, y bien hablar: Creo con seguridad no hallar entre mis lectores
al-

algunos indiscretos, que me culpen por semejante falta; pero si le huviese, no me dá cuidado; dexaréle murmurar à su satisfaccion, puesto que Yo hé escrito solo por referir, y no por atraher con el adorno de las palabras. No quedarán desagradecidos mis Amigos con el dón, que les presento, y la atencion, que à sus respetos guardo; y entretanto me aplicaré à ir juntando otros materiales, que sirvan de divertirles en una nueva historia.

INDICE
DE LOS CAPITULOS, que contiene este primer Tomo.

VIAGES DE *ENRIQUE WANTON* A EL PAIS DE LAS MONAS.

TOMO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Abandona Enrique su Patria, y se embarca para Bengala.

ENtre las fortunas, que pueden servirme de lisonja, no es la menor, à la verdad, la que logré, naciendo en la Capital de un poderoso, y florido Reino. Mi Padre fue un hombre de no despreciable nacimiento, y aun superiores à este eran sus riquezas; pero por desgracia, su corazon, que facilmente se inclinaba à dár favor à qualquiera, que à el re-

recurria, fue la causa de reducirle à un estado de fortuna muy inferior, al que mi Abuelo le havia dexado. Esta blandura de corazon le hacía mirar à sus Hijos, que podian ser el reparo de su familia, con ojos de una particular ternura; pero un defecto muy substancial destruía en él las consecuencias, que de esta bondad podrian esperarse; este consistía en dexarse llevar demasiado de su capacidad, y luces, y querer dar estado à sus Hijos, sin indagarles los genios, y talentos para aquellos empléos, à que les destinaba. Este intelectual engaño de mi Padre fue el manantial de todas mis desventuras, porque esforzandome siempre à las cosas, que totalmente eran diversas, y contrarias à mi inclinacion, y no subministrandome las necesarias asistencias para la adquisicion de las Ciencias, à que mi genio me inclinaba, me precisó à hacer en el mundo una infeliz figura, dexandome desproveído de aquellos conocimientos, que en él pudieran haverme distinguido. Hé aqui la verdadera causa, por la qual abandoné mi Patria, en donde, aunque se me concedía una vida dirigida à la honradéz, y virtud, no podía lograrla conforme à mis inclinaciones.

Aprendan de la leyenda de mis aventuras aquellos Padres que pusieren los ojos en mis escritos: aprendan, repito, à hacer un uso mas prudente de la autoridad paterna, y à no querer condenar à sus Hijos à una vida llena de amarguras por la caprichosa obstinacion de violentar sus espíritus. Oh! felices Padres aquellos, cuyos Hijos son bien inclinados; pero aun mas felices aquellos Hijos, de quienes indagan los Padres su capacidad, para madurar con proporcionados medios los frutos, que pueden reca-

vár de ellos, siguiendo con su direccion las inclinaciones del natural. Yo, pues, aparecia à sus ojos un Hijo voltario, y desobediente; sucediendo muy de ordinario considérar como obstinados, à los que no siguen las máximas, que nos parecen útiles, y razonables, y despreciar à los que no convienen con nuestra opinion. Quando el hombre tiene en su mano el podér, es dificultosisimo, que no se valga de él, para en cierto modo vengarse de el desprecio, que se figura haver recibido su autoridad; por esto mi Padre me distinguia de mis Hermanos, negandome, no obstante ser Yo el Primogenito, todo aquello, que à los otros concedía, y haciendome carecer de las cosas, que eran indispensables à mis circunstancias. Por largo tiempo sufrí esta cruel distincion (perdonese à un Hijo tal expresion por verdadera) sin quexarme, porque teniendo por naturaleza una índole dulce, é inclinada à la ternura, no era capáz de lamentarme de mis agravios, y aun en medio de quanto padecía, profesaba cierto singular cariño à un Padre, de quien no parecía tener Yo correspondencia. Por otro termino no podia en estas cosas culparse del todo à mi Padre, que obrando à medida de su dictamen, juzgaba fabricar mi fortuna con los proprios medios, que debian de hecho destruirla; de aqui era, que me parecia crueldad, lo que él intitulaba amor, y atencion paterna; y por el contrario, él creía, encontraba en mí un Hijo rebelde, al paso que Yo en mi resistencia no hacía otra cosa, que seguir las voces de la naturaleza. Fuera de esto, las reflexiones, que el entendimiento en mi juventud me propuso acerca de las obligaciones del hombre, me enseñaron à res-

petar à mis Padres con la mas escrupulosa puntualidad, y el honor de mi familia me precisaba à no manifestar à los estraños las extravagancias, que necesariamente tenia, que sufrir. Esperaba con paciencia la proteccion del Cielo; pero cansado finalmente de sufrir, y guiado de mi inclinacion à aprender; tomé la incauta resolucion de abandonar mi Patria, è ignorandolo mis Padres, embarcarme en una nave, que disponia su viage à las Indias. Si por ventura algun Hijo, que se halla en semejante caso, llegáse à leér estas mis Memorias, espero, que à lo menos se compadecerá de mí, à causa de esta partida, à que me veo inmediato; al paso que los peligros, en que mi inconsideracion me há puesto, le podrán servir de régimen, para no seguir mi exemplo. Me encaminé, pues, en busca del Capitan, con quien me fingí un Mercader deseoso de traficar en las Indias Orientales; y ajustado con él el flete de mi Persona, y Mercadurías, bolví à mi casa, en donde recogí aquello poco, que me pertenecía; reducidos despues à dinero estos cortos bienes (hagaseme aquí la justicia de creer, no toqué à cosa alguna, que fuese de mi Padre, ò Hermanos) compré algunas mercancías, cuya venta sabía, era facil, y lucrosa en Bengala, adonde se dirigía la nave. Llegado el dia de la marcha, fui à visitar á una Hermana mia, que era la única, de quien fiaba mis secretos. Comuniquéla la resolucion, que havia tomado, de la que no pudo apartarme ni con sus persuasiones, ni con sus lágrimas. Abrazámonos con una ternura inexplicable, y despues me regaló una considerable cantidad de oro, presagiandome feliz suceso en mi propuesta idéa. Luego, que

llegó

llegó la noche, llevé todos mis muebles à la embarcacion, y antes de partirme, besé el paterno suelo, agüerandole del Cielo los mas afortunados, y ventajosos progresos. Finalmente con los ojos bañados en llanto entré en la nave, que prontamente se hizò à la vela con un viento favorable à la partida.

CAPITULO II.

Consuela Roberto à Enrique, y emprenden su amistad.

VEdme ya expuesto à las violencias del agua, y del aire, dos elementos necesarios, pero peligrosos para el hombre. Inmediatamente tomaron lugar en mi corazon las reflexiones, desnudo yá de toda pasion, y considerando por una parte los peligros que podian ocurrirme, y el incierto éxito de las humanas empresas, y por otra los tiernos sentimientos házia mi Patria, Padres, Hermanos, y adorable Hermana, cuyas lágrimas me havian hecho una impresion vivisima, fixas éstas en mi imaginacion, comenzaba à arrepentirme de una resolucion desesperada, que me iba privando de las mas dulces prendas de la humanidad, para sumergirme en mis aventuras, cuyo encadenamiento sería el punto decisivo, de lo que me quedáse de vida. Entonces conocí por experiencia, que es la inconstancia carácter quasi distintivo del hombre, pues que, incapáz de fixar sus deseos, è ignorando, en que consista la humana felicidad, no le parece bien sino aquello, de que carece, y despues que lo obtiene,

lo

lo abandona, y desprecia, y las mas veces se arrepiente de haverlo deseado. No puedo bien explicar, qué efecto causaron en mi espiritu tales consideraciones; sí diré, que me sumergieron en la mas profunda melancolía; y asi, llegada la hora de la cena para el Capitan, y demás pasageros, rehusé ir à ella, y me retiré à un rincon de mi estancia, en donde solté las riendas al llanto, detestando la crueldad de mi destino, que havia querido, sin dár Yo la causa, hacerme infeliz con tan buen Padre, como el mio; y que despues me havia puesto en términos de alejarme de mi Patria, y domesticas dulzuras, por evitar aquellos males, que experimentaba solo en fuerza de la suerte. Esta misma inconstancia me representaba muy bueno à aquel Padre; que quando con él vivia, me parecia cruel; y todos aquellos motivos, y circunstancias, que en mi casa, quando en ella me hallaba, eran la causa de mi enfado, y de mis quexas; en esta ocasion, Yo los convertía en objetos amables, y que commovian mi ternura.

En efecto, mi Padre, decia entre mí, no há solicitado otra cosa, que mis adelantamientos, con que sin duda fue digno de alabanza, aun quando me destinó à aquella vida, que no se proporcionaba con mi genio. Por el contrario, proseguía igualmente diciendo entre mí mismo, no puede imputarseme à delito, el que llevado de las idéas, que en mi corazon esculpió la naturaleza, constantemente haya rehusado seguir otro camino, que aqueste; en cuya consecuencia solo el hado es el culpable, ò bien, porque no me concédió un genio conforme à las inclinaciones de mi Padre, ò bien, porque negó à éste

el suficiente discernimiento para conocer mi indole, è igualmente entender aquella máxima, que no todos los hombres fueron formados para un mismo ministerio, y que el Criador há querido diversificar asi à sus criaturas, para la harmonía de la humana sociedad, y para aquellos adorables fines, que deben respetarse, y no examinarse por los hombres. Asi, neciamente hablando sobre el destino, que no es otra cosa, que una voz inventada por el hombre, para dár razon, de lo que no entiende, andaba en mis sucesos, acusando à la Divina Providencia, de quien no comprehendiendo los fines, no podia, sino indigna, è inconsideradamente condenar los medios. La pasion acostumbra de ordinario servirse de semejantes expresiones, las que, aunque de ningun modo son plausibles, sí suelen ser tolerables, quando las profiere un hombre del todo poseído de la tristeza, à quien privó de luces la desgracia, y que con tales razones pretende dár aliento à su corazon, como queriendose consolar, con que sus infortunios no se originan de propria, ni agena culpa. Este tal destino, que Yo abultaba para mí tan infausto, era por otro termino un medio, que me debia conducir al descubrimiento de cosas en el Universo ignoradas, y asi mis particulares aventuras de una en otra se iban enderezando à este fin, que tal vez podrá ser útil al comun de los hombres. En este tiempo, en que mis ojos brotaban con mayor abundancia las lágrimas, entró un Joven, que havia de dormir en la misma estancia: Estaba éste dotado de una de aquellas presencias ventajosas, que atrahen las voluntades à la primera vista, sin que despues desmintiese la qualidad de su corazon la buena opinion,

que

que de él havia formado, luego que se me presentó. Era hijo de un rico Mercader (como él mismo me dixo) y viajaba por mandado de su Padre; tenia entonces cerca de veinte, y quatro años de edad, afable, galán, y dotado de un vivo, y penetrante espíritu, cultivado, además de esto, con los estudios, y práctica del Mundo. Luego que me descubrió, me saludó afablemente, y viendome anegado en llanto, con el mas atento estílo me preguntó la causa de mi tristeza. El estado, en que entonces me hallaba, me hizo olvidar de mi ordinaria máxima, de que nadie entendiese los motivos de mi afliccion; y, en efecto, huviera conservado la tal máxima, quando estuviera en el caso, en que, reducido el hombre por las humanas exigencias à estrecharse solo dentro de sí proprio, pierde la memoria de quanto está fuera de él.

Al punto, pues, le conté quanto pasaba en mi corazon. El sábio Joven procuró consolarme con todas las razones, que le sugirió su viveza, con las que ciertamente dió algun reposo à mi ánimo. El hombre, decia, debe considerarse Ciudadano del Mundo, y no es razon encarcele sus proprios afectos en los estrechos terminos de una Ciudad, y de su familia. Nosotros, añadía, que habitamos sobre la tierra, somos todos Hijos de un solo Padre, que es Dios; por esto, todos los hombres son hermanos; y qualquiera Lugar ès propria Patria para aquel, que se considera como es en sí, esto es, hombre. Si haveis abandonado aquellos muros, donde teneis vuestro nacimiento, no por estò os faltará tierra, que os acoja, hombres, que se os aficionen, con quienes estrecheis vinculos de sociedad;

vian-

viandas, que os alimenten, y Sol, que os caliente. La Divina Bondad no há limitado sus beneficencias à sola nuestra Patria; en todas partes las há difundido, y à todos los vivientes ha subministrado con abundancia los dones necesarios para la vida, y mil placeres, que la hagan deleitable: os persuadiréis à esta verdad, luego que hayais visto mas mundo. Entre tanto, si os enfada aquella soledad de afectos, con la qual se encuentran los hombres como en un desierto, quando se miran entre nuevas, y desconocidas personas, Yo os convido con mi amistad, que espero, no os desagrade, en lo que se os ofrezca. Me glorío de esta virtud, y es la que mas amo; de tal modo, que há havido ocasion, en que por un amigo hé sabido abandonar todos mis grandes intereses; y creéd, que por vos no dudaré hacer lo mismo.

Dióme respiracion este discurso, y haciendole repetidas protestas de obligacion, y agradecimiento, juré profesarle una plena, y perfecta amistad. Preguntéle despues su nombre, y entendí, llamarse Roberto; nombre, que me será siempre amable, y venerado, y que hasta el ultimo periodo de mi vida, permanecerá impreso en lo mas profundo del alma. Tuve en muchas ocasiones por cosa maravillosa, el que con motivo de los viages, sean tan freqüentes los encuentros, que facilitan trabar amistad con algunos hombres de mérito; siendo cierto, que permaneciendo en la Patria, raras veces sucede, que se estrechen amistades tan perfectas, como en semejantes casos, presenta la fortuna; pero ahora no lo estraño; lo uno porque la experiencia me ha demostrado, no ser maravilla;

y lo otro por haver conocido, que no es esto efecto del acaso; sino una consequencia quasi necesaria en los viajantes, por quanto la práctica de el Mundo comunmente llena de mérito, y capacidad à estos hombres; y la necesidad de coadyubarse mutuamente en los caminos, los obliga à unirse con la mayor intimidad. Està amistad, que se emprendió por el proprio bien de cada uno, ò enhorabuena digamos, por puro interés, prosigue mientras subsiste la causa de haverla entablado, que es todo el tiempo, que dura el viage, y quando llega el fin de este, se considera un tal Amigo, como modélo de la verdadera amistad, que dexa impresa una fiel memoria suya. Además de esto, quando los hombres llegan à manifestar à los otros hasta sus mas pequeños cuidados; entonces, en cierto modo, se quedan à pecho descubierto, desvaneciendose así las frívolas reservas, que entibian la amistad, y no ocultandose con aquella máscara de simulacion, tan ordinaria en la sociedad, la qual no es despues posible volver à poner en planta. Yo creo, que mi Lector podrá comprehender mi pensamiento, que se reduce à dár à entender, que el hombre en los viages; ò por mejor decir, en las mayores urgencias, vuelve sobre sí; y considerandose simplemente hombre, se separa de todo respeto de grandeza, y formalidad, y de aquellas vanas apariencias, que con tanto tesón suele conservar en la vida civil. Este es un asunto, en que se pudiera largamente discurrir sobre la naturaleza del hombre; pero volvamos à nuestra Historia.

CAPITULO III.

Hacen los dos Amigos distribucion del tiempo para mientras dure su navegacion.

FUimos, pues, à la cama, y Roberto, cuyo corazon estaba esento de unas pasiones, como las que atormentaban al mio, prontamente cogió el sueño. No me fue posible cerrar los ojos en toda la noche, revolviendo siempre en mi ánimo los momentos mas felices de mi vida; y quasi olvidado de las pasadas desgracias, no sabía pensar en otra cosa, que en los bienes que havia gozado. En tanto grado es cierto, que el hombre, sagáz para atormentarse, encuentra argumentos de considerarse infelíz, aun en aquellos objetos, que deberían desterrar la tristeza. Mis infortunios me havian hecho tomar la resolucion de dexar mi Patria; pero en aquella noche el recuerdo de las felicidades, que havia desfrutado, me hacía llorar la larga distancia de aquellos Lugares, y personas, que podian facilitarme otras dichas semejantes. No sabía mi imaginacion separarse de la contemplacion de las buenas qualidades de mi Padre, sus tiernas insinuaciones, el cuidado que puso en educarme, su bellisima intencion en procurarme con eficacia un estado de fortuna permanente; me representaba los afanes de mi Madre, viendome perdido; las diligencias, que practicarían mis Hermanos para hallarme; y finalmente las dudas, que acerca del motivo se originarían entre los Parientes, y los

Amigos. Estas idéas abultadas por mi pasion, dieron motivo à mi desvelo: llegó el alba finalmente, y dexamos la cama. El fiel, y prudente Roberto conoció, que en la noche pasada havia mi fantasía aumentado mis tristezas, por cuyo motivo renovó sus expresiones, que apoyó con la razon; y sacudida en parte la conturbacion de mi mente, quiso que tomáse algun alimento, despues del qual me presentó un vaso de vino de Borgoña, que restauró alguna cosa mis fuerzas. Acabado el desayuno, me asió Roberto de la mano, y me conduxo à la toldilla de la nave, en donde me hizo observar un espectáculo nuevo à mis ojos. No se descubria tierra por parte alguna, ni otra cosa, que cielo, y agua; uno, y otro terminado por un vasto orizonte.

Observad, mi amado Enrique, me dixo entonces Roberto, la inmensidad del mar, y vuelta del cielo, y os parecerá, que en toda esta máquina no se encuentran otros habitadores que nosotros; y en verdad, que está muy poco distante la tierra, que no descubrimos, porque lo débil de nuestra vista, y lo convexo del mar lo impiden: De aqui deducid la grandeza de nuestro globo, pero mucho mas la capacidad del cielo, siendo nuestra tierra en su comparacion mucho menor, que un grano de arena, en parangón de todo el globo terráqueo. Pero no se quedan aqui, añadió, las especulaciones de una mente philosóphica; la qual, no obstante la debilidad de los sentidos, y principalmente la de el de la vista, ha sabido, mediante las relaciones, confrontaciones, y razones geométricas, penetrar hasta donde no se puede llegar con los ojos. En aquel caos in-

inexplicable de infinidad de cosas, ò de posibles se pierde nuestro entendimiento, el qual estrechandose en solas sus proporciones, no puede señalar los límites, que le contienen. ¿Y qué serémos, pues, nosotros, considerados à vista del Universo? Dexolo à vuestra consideracion; no obstante, tiene tanto cuidado el Altisimo de criaturas tan pequeñas, como si nosotros solos fuesemos la obra de sus manos. ¡Qué sentimientos de gratitud para con un Padre tan generoso, y qué humilde idéa de nosotros mismos, no nos sugiere esta justa consideracion! Pensad, à la verdad, mi querido Amigo, que poco es lo que haveis perdido, separandoos de la casa de vuestro Padre, y poniendoos en manos de la Providencia, que sabrá para todo encontrar ministros, por cuyo medio os dispense sus beneficios, como lo supo hacer en vuestra Patria, sirviendose de la mano de vuestro Padre: Este no os daba sino es aquello solo, que Dios queria, que fuese vuestro entre todas sus criaturas; y este mismo Dios, si de él no os alejais con acciones contrarias à su voluntad, y à las leyes eternas, que están impuestas à los hombres, sabrá en un todo continuar con su asistencia, subministrandoos aquellos socorros, que verá convienen à vuestra naturalèza, y necesidades.

El fin de este discurso me hizo conocer la intencion, que llevó Roberto en proponerme la precedente consideracion, y en querer, que mis proprios ojos descubriesen la grandeza del mar, y del cielo. En efecto me hallé mas confortado, y le di gracias por el cuidado amoroso, que se havia tomado de consolar à un Amigo afligido. Aún no es

esto

esto bastante, añadió Roberto; quiero que mientras dure nuestro viage, hagamos un buen uso de el tiempo, y que distribuyamos las horas de modo, que nos aprovechen. Nos aplicarémos en algunas de la noche à examinar las constelaciones celestes, y el periódico gyro de los cielos; observarémos los movimientos de los Planetas, y todo lo acomodarémos al systéma universal. Por el dia trasladarémos al papel estas observaciones; describirémos todos los accidentes del viage, y quando desembarcasemos en alguna Provincia, indagarémos sus costumbres, la qualidad del terreno, sus productos, govierno, artes, y ciencias; y confrontando todas estas cosas con las nuestras, acaso hallarémos, que no es tanta la diferencia, que se halla entre pueblo, y pueblo, à lo menos en quanto à lo esencial, y que una justa balanza equilibra los bienes, y los males, à fin de que los vivientes tengan igual porcion en todos ellos. Estas cosas las escribirémos igualmente para nuestra diversion, que para utilidad, acaso, de los amigos, à quienes comunicarémos nuestros descubrimientos, y reflexiones. Además de esto, emplearémos algun tiempo en la lectura, porque ésta sirve mucho para avivar el espíritu, y mas para reflexionar, y deleitar la mente yá cansada, con las ingeniosas, y útiles fatigas de otros. Acepté con gusto la oferta de mi Amigo, y dexé à su buen juicio la disposicion, de lo que se havia tratado. Estableció, pues, que luego que dexasemos la cama, empleasemos una hora en el rezo, à la que seguiría el desayuno; que sucedería à esto escribir los discursos de las observaciones nocturnas, y despues la conversacion con los

Ami-

Amigos; para recrear el espíritu; que finalizada ésta, leyesemos en las Historias Romana, y Griega, hasta la hora de comer; y lo restante del dia sería empleado en discursos, y reflexiones, acerca de lo que se havia leído, à que se añadiría una hora de leccion, y conferencia sobre la Odiséa de Homero, por tener relacion los sucesos de Ulises, con los accidentes, à que están sujetos los viageros; puesto el Sol gastariamos otra hora en nuestras oraciones, y luego las primeras de la noche estariamos al descubierto en observacion del curso de los cielos.

Seguimos todo este método con una exáctitud escrupulosa sin interrupcion alguna, sino quando estabámos en tierra, y entonces en vez de nuestras ordinarias ocupaciones, haciamos un atento examen de aquellos Pueblos, en que nos hallabamos. Fuéron para mí grandes las ventajas, que saqué de estos exercicios; y puedo decir, que lo poco, que hé aprendido, es todo fruto de esta distribucion. Roberto havia estudiado las ciencias con sábios Maestros, en cuya compañia estuvo doce años, sin separarse jamás de ellos; y asi, de las instrucciones, que oyó continuamente à aquellos grandes hombres, se havia enriquecido con un conjunto de conocimientos, que le podian hacer distinguido en qualquiera Universidad. Fue mayor causa para alejarle de su Patria, el deseo de aprender mas, que los proprios intereses; pero él sabía unir lo uno con lo otro. Si no se huvieran perdido los escritos, que formabamos de nuestras observaciones, ellos solos pudieran dár alguna muestra de su mérito; pero el naufragio, que voi à contar, me robó aquel tesoro, que Yo cuidadosamente huviera conservado. El

cie-

cielo, que nos preparaba, para vér cosas singularíssimas, nos privó de aquellas memorias, cuya pérdida puede resarcir Roberto, quando quisiere.

CAPITULO IV.

Corren borrasca, y los dos en un Esquife llegan à tierra.

YA havia Yo alcanzado aquella entera tranquilidad, que en toda mi vida aún no havia experimentado, y que era conseqüencia del juicioso método establecido por Roberto, pues con la variedad de las ocupaciones, lograba distraher la imaginacion, y separarla de aquellos molestos, y conturbados pensamientos, que entristecen al alma; y yá enteramente me havia puesto en manos de la Providencia, que adoraba con sincéro, y devoto corazon, admirando sus operaciones para con las infinitas criaturas de innumerables especies, que se hallan esparcidas sobre la tierra. Quando llegabamos à qualquiera Pais de aquellos, en donde son las costumbres tan diversas de las nuestras, y en cuyos Pueblos parecen los hombres como de especie diferente de nosotros, yá por el color, y configuracion del cuerpo, yá por el modo de pensar, y pasar la vida; no caía en la culpa de aquella vergonzosa, è injusta maravilla, que comprende à la mayor parte de los hombres, y que es efecto de una ciega, y sobervia ignorancia: De aqui es, que sabía compadecerme de los yerros, que hallaba acerca de las leyes de la humanidad; y sin violencia alababa

aque-

aquellas costumbres, y obras, que via conformes à la razon: huía la necia temeridad de apellidar bárbaro, y extravagante à un Pueblo, ò porque seguía máximas diferentes de las nuestras; ò porque desterrado el luxo, y superfluidades, vivia en una natural simplicidad; ò porque los usos, vestidos, mantenimientos, habitaciones, y otras cosas semejantes me parecian nuevas. Bien puede juzgarse, no se llega à tal término, sin un atento estudio de sí mismo, y de los demás; para adquirir esta indiferencia philosóphica, no se necesita mas, que suspender los juicios, que produce el amor proprio; consistiendo este adelantamiento, en deshacerse de aquellas preocupaciones, que tenazmente se fixan en nuestra alma, y que no tienen otro principio, que una temeraria ambicion, mediante la qual, sólo aprobamos las cosas, que dicen alguna relacion con las nuestras, y desaprobamos las que no la tienen. Conocí ciertamente, que lo general de los hombres no estudia en otra cosa, que en engañarse, y que el primer paso hácia la verdad es destruir la mayor parte de las primeras opiniones.

No debia durar mucho esta tranquilidad del ánimo, porque la Providencia me havia destinado à una rigorosa prueba antes de concederme este dón celestial. Quando me acuerdo de los caminos, por donde Dios me ha conducido antes de ponerme en aquel estado de paz, en que al presente me hallo, ¡ò! quan adorables me parecen sus santas disposiciones! Yá havian pasado quatro meses desde la salida de nuestra Patria, tiempo, parte gastado en el viage, y parte en los Pueblos forasteros, quando llegamos al Cabo de Buena-Esperanza: Creíamos detenernos

allí algunos méses, pero el Capitan, mas sagáz, y experimentado, que nosotros, juzgó deber partir, luego que se hiciesen las necesarias provisiones, no queriendo hallarse en el mar en tiempo del Invierno, pues yá estaba bastante avanzada la estacion. Prontas todas las cosas para la marcha, navegamos algunos dias en el Oceano con viento favorable; pero éste cesó bien presto, siguiendose inmediatamente un viento de Norte, que causó una horrible borrasca; no me detendré en describirla; pues no tengo el génio de ciertos viageros, que creen, consiste todo el valor de sus relaciones en mover la compasion de sus lectores con las desgracias, que han sufrido, ni estoi en estado de particularizar un lance de los de mi vida, que aún el dia de hoi me hiela la sangre en las venas, quando dél me acuerdo. Fué el caso, que por espacio de tres dias estuvimos hechos juguetes del mar, y llevados adonde el viento nos impelía, sin que el Piloto, ni los Marineros pudiesen sostener el govierno de la nave: Al fin, fuimos arrojados con fuerza, y ligereza terrible contra un banco de arena, de modo que se hizo pedazos. Todos los pasageros procuraron salvarse, unos nadando asidos à una tabla, otros en el esquife. Yo no sabía lo que me hacía, y quando estaba quasi determinado à tirarme al mar, me detuvo Roberto, que me habló de esta forma: No se diga, ò Amigo, que vos mismo os procurais la muerte con resolucion desesperada; no serémos nosotros solos, los que en peligro semejante à éste, en que nos hallamos, han sido salvos por mano de Dios, si con humilde resignacion esperamos en su Magestad el éxito de nuestra suerte.

Estémos, pues, dispuestos à quando sea de su voluntad, y no aceleremos nuestra ruina, arrojandonos nosotros mismos en brazos de la muerte. El terror apenas me dexaba libre el entendimiento, para poder reflexionar las insinuaciones de mi Amigo; pero él intrépido me asió por un brazo, y me sugirió todas aquellas razones, que podian hacerme mudar de pensamiento.

Haviamos quedado solos los dos en la nave, sin saber el suceso de nuestros infelices Compañeros, que segun todas las apariencias, quedarían sepultados en el mar. Roberto, que unía à sus muchas virtudes aquella, sin la qual no son mas que vanidad las otras, esto es, la de la Religion, me inspiró el único, y verdadero partido de recurrir al Altisimo en este trabajo, rogandole, dispusiese de nosotros segun nuestro mayor bien, y su eterna voluntad. Me dió despues exemplo, poniendose de rodillas; Yo le seguí, y los dos hicimos al cielo las mas fervorosas súplicas, y los mas sincéros votos, del modo que saben los hombres orar en semejantes casos; iba entre tanto calmando el viento; pero nosotros no dexabamos de encomendarnos al Altisimo. Sea, pues, que por efecto natural debió finalizarse la tempestad; sea, que Dios apiadado de nuestra calamidad, y escuchando nuestras oraciones, quisiese oirlas en poco tiempo cesó absolutamente el dicho viento, y miramos con placer quietas las olas, y sereno el cielo. Roberto entonces me convidó à dár gracias à Dios por el favor, que nos havia concedido, y à pedirle otro mayor, que era poder llegar à tierra, que en realidad la viamos muy próxima. Tomamos, pues, un pequeño esquife, que havia quedado en

el buque, y lo botamos al mar; despues nos armamos para defendernos de las bestias feroces, que pudiesemos encontrar; embarcamos nuestros libros, algunas cosas mas necessarias, y un corto bastimento de boca. Con tal carga nos encaminamos hácia tierra, adonde arribamos una hora antes de ponerse el Sol. Desembarcamos al punto nuestras provisiones sobre la arena, y seguidamente dimos gracias de nuevo al Señor del Universo, por havernos librado con tan especial ayuda de las garras de la muerte. El País estaba cercado de la parte del Oriente de altos, y enmarañados montes; en ellos nos acogímos dentro de una caverna con toda la ropa, que nos havia quedado del naufragio. La cueva era grande, y recibía la luz por un agugero, que tenía por la parte superior; cerramos su boca con ramas, y espinos por miedo de las fieras, y en ella nos restauramos, tomando alimento, y despues de él algun reposo.

CAPITULO V.

Hacen los dos Amigos su habitacion dentro de una gruta.

LA luz, que entró por la sobredicha quiebra en la gruta, nos hizo sacudir el sueño, y echandonos fuera de ella comenzamos à consultar entre nosotros, qué partido deberiamos tomar para mantenernos en aquella situacion, sin arriesgarnos à pasar los montes, en donde ignorabamos los peligros, que podiamos encontrar por razon de los

habitadores del País, ò por las béstias; què nos asaltasen. Bien que no supiesemos à punto fixo qual era el parage en que nos hallabamos, juzgamos por la direccion del viento, que havia movido la tempestad, estabamos en las tierras Australes, en lo que despues, mediante la observacion de las estrellas, nos aseguramos. Sabía muy bien Roberto, que antes de nosotros ningun Européo havia reconocido aquellas tierras, pero no me puso en recelo; fuera de esto, à causa de la altura del Polo Antárctico, no se hallaba muy seguro, (aunque lo calló, por dexarme alentár con la esperanza) de que havría embarcacion, que poniendo la proa à aquellas playas, algun dia pudiese sacarnos de aquel desierto. Nuestro estado era bastante inseliz, porque toda la confianza, en que podiamos fundarnos, se cifraba en las cortas provisiones, que haviamos trahido; debiendo en lo sucesivo mantener la vida con la pesca, que nos subministrase el mar, y la fruta silvestre de aquellos campos, que puesta à secar, nos serviria de provision para las estaciones lloviosas, y frigidas; pero la dificultad mayor consistía en encontrar agua, pues si nos faltaba, nos reduciría infaliblemente à la ultima miseria; y asi, el primer cuidado de Roberto fue proponerme, el ir en busca de algun arroyo, que, segun todas las apariencias, no podia faltarnos entre tantos montes: Nos armamos para esto con quatro pistolas cada uno, y nos colgamos al lado la espada; asi equipados, trepamos con infinito trabajo por aquellos despeñaderos, y al cabo de una exacta diligencia nos conduxo la suerte al descubrimiento de un manantial que brotaba con abundancia un agua cristalina, que gustamos, y aprobamos

mos por de un sabor muy agradable. Alegres con un descubrimiento tanto mas precioso, quanto poco distante de nuestra gruta, nos volvimos à la playa, donde probamos nuestra suerte con la pesca, colgando de una vara un hilo, y de éste un anzuelo; que nosotros toscamente fabricamos. De tiempo inmemorial gozaban en aquella playa perfecta seguridad los peces, y acaso fuimos nosotros los primeros, que en ella les armaron asechanzas; de aqui puede deducirse, que no fue escasa la presa. Inmediatamente sacamos fuego de un pedernal, y cortadas algunas ramas, hicimos una grande hoguera, en la que prontamente se compuso nuestra comida, con notable gusto de entrambos, pues yà nos viamos remediados contra el hambre, y la sed. Comimos, pues, el pescado, que era de un sabor exquisito, à que añadímos algunas frutas, que, aunque silvestres, nos parecieron de muy buen paladar, y ultimamente nos refrigeramos con la bebida del agua de nuestra fuente. Sea, que despues de los males extremos qualquiera pequeñisimo bien aparezca delicioso; sea, que la comida que se adquiere con las proprias fatigas tenga un sainete mas agradable; puedo decir, que en toda mi vida havia comido con mas gusto, que esta vez. Roberto alegre de rostro sazonaba la comida con su agradable, y jocosa conversacion, y Yo, en quanto me lo permitía la mediocridad de mi genio, seguia coadyuvando con mis palabras à la jovialidad de mi Amigo. Haviendonos levantado de la arena, que nos sirvió de sillas, y de mesa, dabamos un largo paséo por la playa, quando Roberto me hizo el siguiente discurso.

Sea-

Seamos nosotros, dixo, ò Enrique, un modélo de los primeros hombres, que habitaron sobre la tierra, à quienes subministraban el sustento la caza, y la pesca, sin que conociesen otra bebida que el agua. Ni la ambicion, ni la rapiña, ni el querer desordenado reinaba en sus ánimos, antes bien solas las voces de la naturaleza formaban sus deseos, y luego, que se miraban satisfechas, y contentas sus necesidades, se hallaba, à la verdad, quieto su espíritu. Nosotros, pues, no nos podemos llamar menos felices que ellos; antes gozamos aquellos bienes, que solicíta la union de los hombres, como es el conocimiento, que es el fruto de las invenciones, y los sudores de un millar de los mas sublimes ingenios, sin las incomodidades, que suelen provenir de la misma sociedad. ¡Felices nosotros, si supiesemos tomar el gusto à una vida tan quieta hasta el fin de nuestros dias! Pero temo no sea posible à nuestra inconstancia contentarnos por largo tiempo con un estado, que se contiene en los estrechisimos límites de la naturaleza, sin desear aquellos bienes, que son efectos de la sagacidad humana, entre los que hemos nacido, y los que una educacion menos sencilla nos há representado como necesarios. Confiesote, amado Enrique, que à todo me acomodaré gustoso, exceptuando el haver de renunciar el felíz placer de poder ser útil al resto de los hombres, lo que miro imposible en el estado, en que me hallo. ¡Yo, pues, haviendo recibido infinitos beneficios del género humano, no lograré recompensar con mis operaciones aquella utilidad, que hé sacado de los otros! Verdad es, que la imposibilidad me absuelve de una culpa, que me serviría de

gra-

gravisima inquietud, si por mi voluntad faltase à las obligaciones de Ciudadano, y de Hombre; pero esta misma imposibilidad me aumenta el deseo de executarlo. ¿Además de esto, qué nos harémos? Tenemos pocos libros, y su lectura, aunque repetida, no nos sugerirá mas que limitadas reflexiones; nos falta papel, y tinta para ir escribiendo nuestras observaciones; las ocupaciones están en breve despachadas; y asi en el resto del dia nos quedarán horas superfluas; à éstas seguirá el ócio, y al ócio la desidia, madre de la tristeza: Conviene pues pensar sériamente en este punto, y formar un método de vida el mas activo, y menos fastidioso, que sea posible.

Quien quisiere reflexionar nuestro suceso despues del padecido naufragio, verá quan justas eran las consideraciones de Roberto, el que sabía, que la felicidad de los hombres consiste, en que una à otra sucedan las ocupaciones, y que despues de la fatiga, se dé lugar al recreo del cuerpo, y del espíritu, sin lo qual se rendirían las fuerzas, y acabaría la vida; y por el contrario si la inaccion, y el divertimiento duran sin intermision, se encuentra el corazon humano en una especie de tédio, que le enfadan aún los mismos placeres. El arte, pues, de interpolar en esta forma las horas del dia fue necesariamente introducido en el Mundo por aquellos Legisladores, que llegaron à comprehender el temple del corazon humano; y observé despues mediante la lectura, que aquella sociedad tuvo mayor duracion, que entendió mejor esta máxima, y supo aptamente aplicarla. Yo bien que no comprehendiese à fondo la proposicion de Roberto, con todo, la alabé,

y como él havia sido mi guia en todas circunstancias, despues de la salida de nuestra Patria, por tanto le rogué, dispusiese aquello, que mejor le pareciese, sometiendome enteramente à sus talentos. En esta situacion, respondió Roberto, encuentro millares de objetos de séria, y deleitable ocupacion, que nos pueden ir conduciendo cada vez mas, à conocer aquellos bienes, que la mano del Omnipotente nos há dispensado, y de aqui se despertarán en nosotros con mas viveza los sentimientos de gratitud, que jamás se excitan suficientemente en nuestras almas. De todos estos objetos, que la naturaleza nos presenta delante de los ojos, quiero, que solo escojamos dos para hacer en ellos el atento examen, que incesantemente nos conducirá à un fin tan bueno. Estará, pues, ò Amigo, à vuestro cuidado, recoger de entre estos peñascos aquellas yervas, que mas nuevas se representen à vuestro conocimiento, las examinarémos las raíces, las flores, que suelen producir, las frutas, las semillas, y en suma reflexionarémos sobre ellas, y su eficácia, siguiendolas, para decirlo asi, desde su primer origen hasta su extincion. Con esto aprenderémos las variedades de estos vegetables, y à fuerza de examen llegarémos tal vez à comprehender el uso, à que la naturaleza las destinó. Aunque este estúdio necesita una trabajosa atencion, tambien subministra un placer no corto, que crecerá al paso de los descubrimientos, que irá haciendo nuestra paciencia philosóphica. Ved quanta extension tenga un estúdio semejante, y si es inmensa la materia, que os propongo: Yo para mí reservo otro tal vez menos útil, aunque mas trabajoso, que es andar buscando por

estos montes aquellos insectos, que no son conocidos en Europa. No se puede creer, quánta luz ha comunicado à la Philosophía natural la atencion, que à los nuestros merecen los insectos: Yo, pues, examinaré sus huevezuelos, que procuraré recoger, los contemplarémos interiormente por medio del microscopio, verémos, qué pasos sigue el feto antes de sazonarse, despues indagarémos los diversos estados de estos insectos hasta su muerte. Asi, pues, respondí, quede establecido entre nosotros; pero tened presente, Roberto, que havré menester continuamente vuestra asistencia, porque muy bien conozcó quán grave sea el encargo, que se me encomienda, y tanto de mayor entidad, quanto Yo soi nuevo en las experiencias, y reconocimientos physicos. Roberto prometió ponerme en camino para este estúdio, como en efecto lo executó: En virtud de esto, pasamos la vida en nuestra caverna por espacio de mas de dos meses, consumidos en los ratos de descanso, y en aquellas horas, que haviamos destinado à nuestro exercicio de lectura, y meditacion; y el resto del tiempo trepando de tronco en tronco por los cerros en busca de yervas, è insectos, ò procurando en las playas defendernos del hambre por medio de la pesca. Si quisiese aqui numerar todos los trabajos, que tuvimos que sufrir en la estacion, en que nos acaeció el naufragio, cansaria la paciencia de mis lectores; propongansé, pues, las incomodidades, ò intemperie, à que estuvimos expuestos en tiempo de Invierno, y figurense, que en el infelíz estado, en que nos hallabamos, teniamos necesidad de infinitos socorros, de que era imposible proveernos; y por aqui podrán formar alguna idéa proporcionada

à nuestra situacion. Omitiré en lo sucesivo las circunstancias de las estaciones, porque de nada sirve hacer estas descripciones, en que no se interesa lo esencial de la Historia; y bastará para todo el remanente de mis sucesos haver puesto en este lugar semejante declaracion.

CAPITULO VI.

Hace Roberto un nuevo descubrimiento del País.

UN dia, en que Roberto me havia encargado me quedáse en la playa para el cuidado de nuestro alimento, mientras él iba en busca de sus insectos; Yo andaba paseandome por la marina, discurriendo cómo sorprehender à mi Amigo, previniendole para comer alguna vianda, que hasta entonces no huviesémos gustado en nuestro desierto. Ví por ventura junto à la arena muchas conchas, y luego se me previno juntar una porcion de ostras, que segun le havia oído decir, eran para él comida regalada; despues de un corto trabajo, llegué à encontrarlas, y en efecto eran de un exquisito sabor, que las nuestras en su comparacion serían una vilisima vianda: En cierta red, que haviamos fabricado, y Yo havia echado al agua, encontré un pez de extraordinario tamaño, por lo que alegre con mi duplicada felicidad, marché cerca de la cueva para tener pronta la comida à mi Amigo, porque quando volviese cansado de sus indagaciones, tuviera el gusto de vér preparada una mesa mas opipara, que lo diario. Hice fuego para

cocer el pez poco antes del medio-dia, computando; que la hora, en que, segun costumbre, debia arribar mi Amigo era puntualmente la oportuna para hallarlo todo dispuesto: Pero llegada ésta, no vino; tuve, à la verdad, paciencia por algun mas tiempo; pero viendo el dilatado, que pasaba, y que él no parecia, recibí tal pena, qual si yá le huviera perdido de todo punto. ¡Con quanto fervor invoqué en aquel suceso à el Cielo, nó haviendo en toda mi vida tenido un dolor à él semejante! Llamaba à gritos à Roberto, y yá se me figuraba despeñado por aquellos precipicios; yá devorado de las fieras; y yá finalmente, perdido por algun otro desprevenido acaso.

Si mi Lector usa la benignidad de imaginarse en mi estado, conocerá suficientemente quáles deberian ser mis pensamientos en tan horrorosa situacion, y qué terribles imágenes se presentarian à mi entendimiento, en tan lúgubres circunstancias. Yo creía sin remedio perdido mi único apoyo, à el que el agradecimiento, el interés, la amistad, y todos los respetos imaginables me unian con indisoluble lazo; y sin el qual no me servia la vida, mas que de un gravisimo peso. Aún en el dia de hoi, en pensando alguna vez, cómo me huviera Yo hallado en el caso, que la Divina Providencia huviese dispuesto de Roberto, segun me dictaban mis temores, siento cubrirse mi corazon de tales angustias, que me es forzoso arrojar de mí imagen tan funesta, que no obstante estár separada de la realidad, me llena de tristeza indecible. Puedese creer, no tuve aliento de tomar un bocado. Me senté sobre la arena, y qualquier movimiento de las hojas me hacía vol-

ver

ver la vista por aquella parte, que sentía el ruido; ilusion que no servia, sino de acrecentar la afliccion de mi espiritu. El esperar, que es tan molesto à quien desea un gran bien, para mí era mortal pena. Júzgue mi estado, quien sepa, lo que son amistad, cuidado de la propria conservacion, y todos los bienes juntos. Sobrevino la noche, y no se via, que llegase Roberto, motivo, de que Yo me sumergiese en una total desesperacion. Mis ojos en vez de cerrarse para el sueño, permanecieron siempre abiertos para el llanto, único alivio en mi excesivo, è inexplicable desconsuelo. Rayó finalmente la Aurora, que huviera estimado trasese el último dia de mi vida, pues yá havia determinado no sobrevivir à Roberto. Mas no quiero dexar de decir que los remordimientos, que siempre acompañan à estas acciones, y los proyectos contrarios à los preceptos de la Religion, de quando en quando se ponian delante de mis desesperados pensamientos; pero en llegando la pasion à ciertos grados, presto desvanece todos los sentimientos juiciosos, y reincide en los primeros delirios; asi se mezclaban mis desesperadas resoluciones, y las reflexiones piadosas, que iluminaban mi alma con las llamaradas de la razon.

La mayor parte de la mañana pasé de este modo, hasta que escuchando rumor cerca de la gruta, y mirando házia aquella parte, ví entrar à Roberto: Fue tan grande mi alegría, que faltó poco, para que me quitáse la vida, yá que el pesar no lo havia hecho: Corrí à abrazarle, como fuera de mí con el júbilo; le estreché à mi pecho con la ternura mas sensible; le besé mil veces, y sin poder

saciarme de acariciarle, atentamente le miraba, temiendo siempre, no fuese su presencia una ilusion de mis sentidos. Luego que pude recuperar las fuerzas para articular la voz, le expliqué la pena, que havia tenido que sufrir por la larga ausencia, que de mí havia hecho; y con un suave resentimiento me lamenté de la dureza de su corazon, que havia sido capáz de dexarme en un estado, que pudo ser el punto decisivo de mi vida, à haverse retardado mas su vuelta.

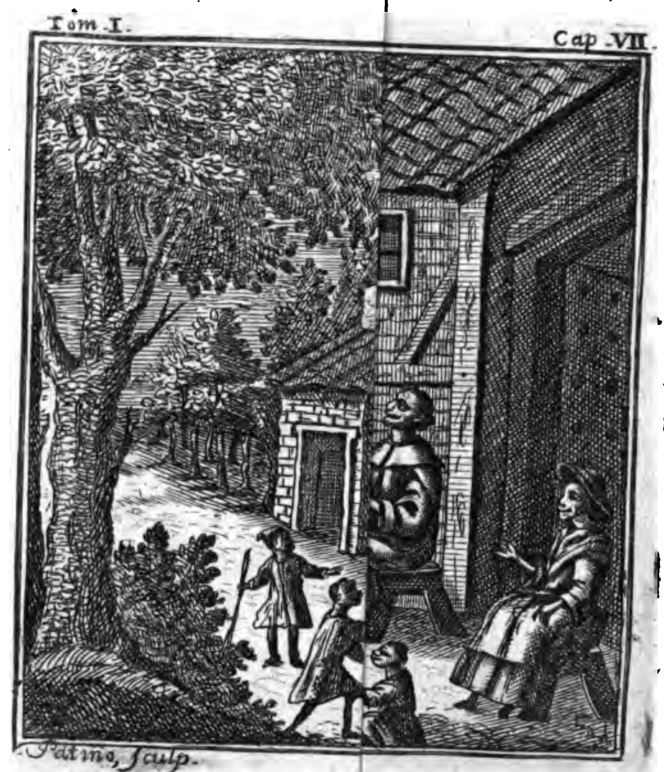
Quando las causas son legítimas, y quasi necesarias, no conviene, respondió Roberto, dolerse de los efectos, ni imputar à delito aquellas acciones, que tienen por consequéncia una cierta utilidad, aunque éstas al mismo tiempo hayan ocasionado algun disturbio. Yo, añadió, no me hé alexado por puro capricho esta noche de nuestro alvergue; antes bien como la curiosidad conduxese mis pasos à mas distancia, de la que necesitaba mi encargo, me hallé en el empeño de irme desviando, puesto que los objetos, que me incitaban à proseguir el camino eran de tal naturaleza, que se hacía forzoso reconocerlos. Estando Yo en lo alto de uno de estos montes, adverti muy brillante la cumbre de un collado; lo iluminaba el Sol, y el efecto era parecido, al que se experimenta en el diamante, quando vuelve los reflexos de los rayos de la luz que le hieren: Aunque me imaginase qual pudiera ser la causa de esto, à la verdad; semejante phenomeno no debia ser despreciado de un Philósopho, y yá me hallaba como en obligacion de irle à buscar à aquel lugar, en que se

des-

descubria este vivo reflexo, mayormente quando el parage no distaba de mí tanto, que en el término solo de una hora no pudiese satisfacer mi curiosidad philosóphica. Me puse, pues, en camino házia aquella parte, y llegando à la colina, observé, que era una masa de cristal de roca, herida de los rayos del Sol. Pero el expectáculo, que mas me sorprendió, fue el descubrimiento de una llanura dilatada, que desde la falda de la montaña se estendía hasta terminar en un orizonte muy distante. Saqué entonces de la faltriquera un anteojo de larga vista, que casualmente havia llevado, y registré, que una cordillera de sierras coronaba aquella larga llanura, y que las que finalizaban à la parte contrapuesta, à la que Yo me hallaba, esto es, al Oriente, parecian por su gran distancia una nube. Mucho me alegré con este hallazgo, y comencé à buscar con la vista alguna habitacion, que me figuré, no podia faltar en una llanura tan dilatada; pero los árboles, que eran altisimos, me quitaban seguramente el gusto de algun descubrimiento; digo seguramente, porque en medio de aquellas elevadisimas plantas se registraba un hueco de grande extension, que me parecia Ciudad, ò Lago. Para mejor investigar la verdad, subí sobre un vecino cerro mas alto, que el antecedente, desde donde en efecto descubrí, que, como lo havia juzgado, era aquel espacio una Ciudad, segun yá claramente lo demostraban los capiteles de sus torres. No contento de esta evidencia, busqué un monte mas elevado, desde donde pudiese descubrir con especialidad las fábricas mas sobresalientes; esto es, aquellas, que por su magnificencia son las primeras, que se distinguen; acabé entonces de vér

por mis proprios ojos, que no havia sido falsa la primera presuncion; por lo qual sentí interiormente una indecible alegría, y gasté mucho tiempo, volviendo à vér aquella nueva deliciosa escena, que espero, sirva de objeto à nuestra aplicacion, y estúdio. Estaba el Sol en términos, que quedaban yá pocas horas de luz: Era à la verdad, empresa arriesgada atreverme à volver, porque no teniendo entero conocimiento del camino, podía perderme entre aquellas sierras en horas tan peligrosas; y tambien por los encuentros, que podián presentarseme, y por los precipicios en que podia dár, de los muchos que hai en aquellas montañas. En virtud de esto consumí el resto del dia en buscar algun asylo, en que pasar la noche, que yá estaba vecina. Retiréme à una cueva, en donde despues de comer algunas yervas silvestres, y de beber de un arroyo una agua no muy limpia, me puse à dormir gustosamente sin otro sentimiento, que el de pensar la situacion de mi amado Enrique con mi falta. Ved aqui, Amigo, el motivo de mi ausencia, à la que me conduxo la necesidad, causada en primer lugar, de la curiosidad, y despues del útil, que puede sacarse del descubrimiento de un nuevo País. Conviene, pues, resolvernos à tentar nuestra suerte, y mañana, si gustais, comenzarémos à emprehender nuestras aventuras, con todas aquellas cautelas, que sugiere la prudencia, y en todo acontecimiento, no nos faltará refugio en nuestra gruta. Yo me consolé con las palabras de Roberto, y aquel dia comimos con entero gusto. Todas las horas restantes para la jornada nos aplicamos à pensar en nuestra futura hazaña, y Roberto me dió mil sábios consejos, necesarios para la

em-


Tom. I.
Cap. VII.
Patino, sculp.

empresa, à que yá nos disponiamos inmediatamente. ¿Quién podrá formar una justa consideracion sobre la facilidad, que tienen las esperanzas para encantar, y sacar fuera de sí al espíritu humano? Estas esperanzas impélen por lo general à los hombres à las grandes, y temerarias empresas, como Yo tengo experimentado en mil lances de mi vida, de los que me huviera librado la prudencia: Pero en vano son las razones, mientras se tiene la mira, de que pueda mudar de semblante la fortuna. No obstante, confiesese la verdad, muchos han fabricado su precipicio, por asentir à las propuestas de sus imaginaciones; otros han labrado su dicha, siguiendolas; pero todos los hombres se lamentan de haver dexado huir el punto de su fortuna, por haver estado muy escrupulosamente aligados à las consideraciones. Disculpe, pues, mi lector nuestra resolucion, y tenga à bien proseguir la lectura de nuestra Historia.

CAPITULO VII.

Encuentran los dos Amigos una Casa de Campo, y lo que en ella les sucedió.

AL siguiente dia despertamos à buena hora, y nos dispusimos para la partida: Armámonos cada uno con quatro pistolas, la espada, y un grueso palo, con que poder sostenernos entre aquellos derrumbaderos, y defendernos de las fieras, que acaso encontrasemos. Roberto llevó consigo su anteojo, y Yo me eché en la faltriquera un libro intitulado: *Ensa-*

yos del Señor de Montaña. Con tales arréos estabamos dispuestos para la marcha; pero antes de abandonar nuestra gruta, cerramos la entrada lo mejor, que nos fue posible, para que no nos quitásen las pocas alhajas, que haviamos librado del naufragio, y que no podiamos llevar con nosotros. Vednos yá, pues, en viage, y prevenidos de una generosa, y abundante provision para poder resistir la incomodidad del camino, hasta tanto que pudiesemos hallar la comida que necesitásemos. Pasadas algunas horas, arribamos al monte, desde donde Roberto havia hecho su primer descubrimiento, y aqui me proporcionó gozar de la vista de una vasta llanura, y una muchedumbre de habitaciones, que se descubrían por medio del anteojo. Satisfecha esta curiosidad, baxámos de la montaña, y nos hallamos en el llano, como una hora despues de medio-dia, recobramos allí las fuerzas con alguna comida; y despues me dixo Roberto, que era necesario buscar por aquella campiña alguna casa de aldeanos, ò la guia de algun pastór para observar el genio de los habitantes, con lo qual podiamos formar el plan de nuestra empresa. Era amenisimo aquel campo, los sembrados considerables, y en sazon, los árboles cargados de fruta, y se encontraban freqüentes arroyos, que lo regaban todo; parecía un jardin, y los objetos que se presentaban à nuestros ojos, formaban una de aquellas delicias, que la pintura suele con freqüencia representar à nuestra vista, pero que jamás, ò muy raras veces nos hace gozar la naturaleza.

Despues de haver solicitado por largo tiempo encontrar alguna habitacion, descubrimos una,

que

que estaba rodeada de frondosas encinas, que la servian como de defensa, ò muralla. Nos encaminamos hácia ella, y luego que llegamos cerca de la puerta, advertimos delante de nosotros dos pardos, y disformes Monazos, uno macho, y otro hembra, sentados sobre un banquillo próximo à la entrada de la casa. ¡Oh Dios! que sorpresa fue esta para nosotros! La hembra tenia al rededor de los lomos rodeada una saya de cierta tela tosca, el cuerpo igualmente cubierto con un vestido de lo mismo, y sobre la cabeza llevaba una especie de sombrero, hecho de hojas de palma; el macho tenia un vestido, que caía desde el cuello à los pies, y estaba con la cabeza descubierta. Luego, que nos vieron, se quedaron suspensos por un rato; se pusieron en pie, y nos examinaron atentamente; y quando Yo creía, que havia de salir una gran cosa de atencion tan séria, prorrumpieron los bestiazas en tan feróz carcajada, que se ofendió no poco mi delicada vanidad: Particularmente la hembra no podia detener la burla, y por cierto, Yo me huviera dado por sentido, à no haverme advertido Roberto con voz baxa, que no era aquella ocasion, ni tiempo de sostener una seriedad, que huvieramos entonces perdido con mas vergüenza, y con inminente peligro de la vida, si nos huviese sugerido el resentimiento una delicadeza nada oportuna. Soseguéme, pues, esperando el fin de tener, que servir de objeto de bufonada à estos dos asquerosos brutos. Dió luego la hembra un grito articulado, à cuyo chillido acudió à la puerta de la casería, que servia de estancia à nuestras bestias, una caterva de Monillos, entre los quales los havia de todas

edades: A este tiempo sí que fue la comedia universal; qual de estos nos miraba, y echaba à reir; qual registraba nuestras pelucas blondas, creyendo, que era el pelo natural; qual nos agarraba las extremidades de los vestidos; y despues entre sí balbucientemente hablaban; pero todos últimamente acompañaban su admiracion con aquellas burlas, que no son proprias sino de los espíritus débiles, quando se les presentan cosas para ellos nunca vistas. Uno de estos pequeñuelos tenia una caña en la mano, y à medida del acostumbrado instinto de su edad nos andaba dando golpes con ella, yá en las piernas, yá en los brazos, à semejanza de lo que hacen los nuestros con las Monas. ¡Qué bueno era entonces vér à dos hombres nacidos en uno de los Países mas cultos de la Europa, que es por cierto una parte del mundo, mas cultivada incomparablemente, que las demás; qué buena vista, repito, dos hombres sirviendo de materia de juguete à unos animales, que por el contrario, en la comun estimacion son los mas viles, y despreciables del Universo! Aprendan con este nuestro exemplo aquellos sobervios genios, de los que no se dignan baxar la cervíz en presencia de aquellos, à quienes el cielo há concedido un estado de vida mas lleno de riquezas, y honores; aprendan estos à conformarse de una vez con el orden en el mundo establecido, que es el nervio, y basa de la sociedad. Otro chicuelo fue corriendo al paraje, donde comían los puercos, y trayendo unas quantas peras medio podridas, nos las tiró para que las comiesemos. Este trato de béstias me hizo temer peores conseqüencias, pues inferia, que ellos entre sí se havian convenido, en que eramos

bru-

brutos; este mismo juicio se hizo Roberto, el qual para mostrarles, que estabamos dotados de razón, les dió à entender por señas; que queria otra comida, repugnando la de las peras; despues les pidió alojamiento para aquella noche con demonstraciones tan claras, que Yo mismo quedé admirado del arte, con què lo havia executado.

Mudóse la escena en un momento, porque la Mona vieja, despues de aquellos pasatiempos, comenzó à temblar, y (como despues supimos) francamente decidió, por ser la mas sabída de la familia, que éramos encantadores, y que convenía atarnos, para que, aunque recuperásemos nuestra propria figura, no fuesemos cápaces de ofenderlos: Pero como les era forzoso pensar el modo de executarlo, se tuvo un congreso de toda la familia; y nosotros entretanto, no pudiendo adivinar cosa alguna de sus idéas, ni de la causa de tan grande mutacion, estabamos discurriendo, qué podria sucedernos. Amigo, me dixo Roberto, conviene tomar el tiempo como venga, no por demasiada fogosidad, nos fabriquémos nosotros mismos el último daño; Dexémos obrar à éstos, sin valernos de nuestras armas, sino en extremo riesgo, y aseguraos, de que el cielo nos asistirá: Sus confabulaciones, segun hé notado, proceden del miedo, que han concebido de nosotros, por haver conocido que estamos dotados de razon; este mismo temor pasará con el tiempo à confianza, y ésta nos conquistará su cariño. Apenas havia Roberto finalizado estas palabras, quando nuestros Monos nos convidaron à entrar al recinto de su habitacion; pero ante todas cosas observamos, que havian echado de allí à los Monitos. Todo se

ha-

hacía por señas; con muchos, y diversos movimientos significamos nuestra gratitud, y entramos en el cortijo, acompañados de los dos viejos, y de muchedumbre de otros jóvenes, y robustos Monazos. Havia dentro puestos al Sol, y al aire diversos montones de grano, y Roberto tomaba en la mano algunos de cada especie, y les explicaba lo mejor que podia el uso, que suele hacerse de ellos. Los Monos, inclinando la cabeza, contestaban à lo que Roberto les iba significando; pero observé, que siempre nos tenian en medio, y estaban haciendo rigorosa guardia, no separando la vista de al rededor de nosotros.

Vino à vernos una Mona mocita, cuyo color era semejante à la tintura de nueces; tenia cortado el pelo hácia la frente en figura circular, y sobre las crines se havia echado ciertos polvos, que hacian un pésimo maridage con el color del rostro; su vestido era azul celeste, bastante curioso, y guarnecido por las costuras con una franja hecha de hojas de árboles de varios colores; la cubría el pecho un velo transparente, y estaba calzada con unas pieles de oveja. Esta, luego que llegó, hizo algunos ademanes, como menear un poco la cabeza, inclinandola sobre la espalda, retirar un pie sin mover el cuerpo, dár una sonrisa con mucho gracejo, y quedarse inmediatamente séria, levantando algun tanto el pecho, como si respirase, despues de estár conmovida de alguna grave pasion. Infirió Roberto de estas, aunque ridículas, por lo comun ordinarias demonstraciones, que no la havian desagradado nuestras personas; y se verá en la continuacion de esta Historia, que su inclina-

cion

cion no nos sirvió de poco alivio en los accidentes, que nos ocurrieron en esta casa. Llegó la hora de la cena, à la que fuimos convidados con la mayor cortesía; pero executaban estas urbanidades, sacando fuerzas de flaqueza, como de ellas mismas lo congeturábamos. Esta cena se componia de unas poleadas, y páxaros, que ellos havian cazado: Los dos cenámos poco, y durante la mesa no omitimos quanto pudiese conducir, à que formasen una ventajosa idéa de nosotros; no dexó de producir efecto, porque conocimos, se havian originado en la familia algunas contiendas à cerca de nuestras personas; pero la vieja à qualquiera cosa, que los otros decian, se encolerizaba fuertemente, y dió una bofetada à la joven, de quien hablamos poco há. Acabada la cena, nos presentaron cierto licor para beber, que nosotros no admitiamos, por quanto no conociamos, qué bebida fuese aquella; pero haviendola probado uno de los convidados, no pudimos rehusarla: bebimos, pues, y no nos pareció de delicado sabor; pero un sueño improviso bien pronto nos turbó la mente, y por tanto fue necesario ceder à la debilidad de los sentidos. Parecerá imposible, que, creyendo éstos, que eramos hechiceros, hablasen entre sí con tanta libertad de los que podian entenderlos. Si el assumpto hu viera sido, como ellos presumian, ciertamente nos hulvieran servido sus palabras, para no dexarnos engañar; y volver contra ellos proprios sus proyectos; pero facilmente se desvanecerá la estrañeza, si se consideran las inumerables contradicciones, que se encuentran en las relaciones de semejante naturaleza, que tanto se hacen lugar en

en el genio de las mugeres, y de los hombres necios; gente, que quando se trata de materia de fantasmas, cierra la puerta à toda reflexion; y asi quanto mas imposibles parecen, y ridiculas à qualquiera, que tiene buen uso de razon, con tanta mayor codicia, y empeño las adoptan los espíritus débiles.

CAPITULO VIII.

Prosiguen los sucesos de la Casa de Campo.

FUe muy largo, y pesado en aquella noche nuestro sueño; despertámos finalmente, y nos hallámos en una cavalleriza, aprisionados con gruesas cadenas; pero el nudo (porque en aquellos Paises no tienen el uso de clavos, y en lugar de ellos se sirven de varios nudos artificiosos) el nudo, repito, con que sujetaron à nuestros pies los hierros, no estaba muy dificil de desatarse, aunque no le pareció conveniente à Roberto servirse por entonces del descubrimiento de aquel artificio para hacer fuga, reservando el uso de él para quando la necesidad lo pidiese. Eran nuestros compañeros en esta cavalleriza un pequeñuelo, y flaco cavallo, dos vacas, un cabrito, y un perro. Luego, que desperté, y me hallé en tan infeliz estado, no pude detener las lágrimas. Mi Amigo estaba pensativo, y taciturno, motivo, para que se aumentáse mi tristeza; por lo qual, advirtiendo éste mi llanto, mostró mas alegre el rostro, y Yo al instante

le

le hice el siguiente discurso: Vednos aquí yá, ò Roberto, reducidos à un estado; à que jamás me pasó por el pensamiento póder llegar. No solo estamos considerados como brutos, è igualada nuestra suerte à la de los que habitan con nosotros en este mismo establo; sino que sin duda nos está aparejado algun género de muerte cruel, como me la hacen temer todas estas prevenciones. Es el morir conseqüencia infalible del nacer; pero acabar à manos de tan viles criaturas, me causa mayor dolor, que la misma muerte. ¿Y qué, si lo que han determinado fuere, hacer que les sirvamos, ò tenernos para su entretenimiento? Ved, qué dura se nos hará una vida tan ignominiosa: ¡Oh, quánto mejor nos huviera estado haver corrido la misma fortuna de nuestros compañeros, que quedaron sepultados en el mar! Se me eriza el cabello con solo proponerseme una idéa de la vida, que nos espera, rodeados de horrorosas béstias, sustentados con despreciables alimentos, aherrojados à una cadena, privados de todo bien, y de consuelo: ¿A quién en tal constitucion le parecerá apetecible el vivir? ¡Oh desdichados Padres, quánto sería vuestro llanto, si pudieseis imaginar, que vuestro Enrique se halla reducido al increible extremo de ser esclavo de una tropa de Monos, para con los quales está reputado por un animal ridículo! ¡Adorada Hermana, que eras en tiempos pasados todo el consuelo de mis aflicciones, si vieras à tu desventurado Hermano atado con una cadena à un establo como un irracional, quál no sería tu dolor! Ah, Roberto, Roberto, ¡qué será de nosotros! Fingió al punto mi Amigo

 por

por no aumentar mi amargura, un semblante sereno, y me dixo: No suspiréis tanto, Enrique, que no es nuestro mal tan grande, como lo abultais. ¿Porque estémos en una cavalleriza; porque nos sujeten ridículas Monas; porque al pie nos rodeen estas cadenas, hemos perdido por esto el ser hombres? No, amigo; pues aún podemos obrar con entendimiento, y no se nos há prohibido vivir unidos, y gozar del placer de la amistad. Verdad es, que es desgraciada nuestra suerte; pero esto no puede durar, y quando nuestros nuevos señores perseveren en condenarnos à este tenor de vida, intentarémos la fuga; y entonces me mostró el artificio, con que estaban anudadas las cadenas. Ved, añadió, como podemos executarlo quando quisieremos; y si intentan cortarnos la huída, nuestras armas de fuego podrán intimidar à los inconsiderados, que tengan el atrevimiento de seguirnos; pero soi de parecer, de que esperémos el fin de esta escena, no obstante los trabajos, que nos cercan: Sabeis que hemos emprendido el viage desde nuestra cueva para descubrir este nuevo País, y para salirnos con nuestro intento debemos exponernos à muchos peligros; y tened entendido, que no somos solos nosotros, à los que há convenido encontrar gravisimas desgracias antes del lógro del fin, que se han propuesto: Todos aquellos, que han viajado para vér países, y pueblos no conocidos, se han expuesto à excesivos riesgos, y las grandes empresas no se terminan sin pasar por dificultosisimos medios: Finalmente no se logra en las aventuras un fin útil, y glorioso, sino por medio de infinitos trabajos; porque en este mundo

es generalmente proporcionado el precio al valor de las cosas, séase éste real, ò quimérico. Además de esto en el estado presente, por mas indigno, que sea para nuestro sér, podemos hallar el deleite, y utilidad, que no pensamos: Nosotros hemos trahido el libro del Señor de Montaña, en cuya leyenda pasarémos algunas horas; y despues tratando con estos Monos, puede ser, que poco à poco lleguémos à dominarlos: No será corto el gusto, quando los examinémos, y hagámos, que admiren nuestra conducta. Ea, pues, Enrique, buen ánimo; poneos enteramente en manos de la Providencia, y servíos, como Yo, de la razon, para lograr buen éxito en las presentes circunstancias.

Este discurso de Roberto hizo calmar alguna tanto mis cavilaciones; inmediatamente él se valió de la tal qual tranquilidad de mi ánimo para confirmarme en la fortaleza; y abriendo el dicho libro comenzó la lectura. Escogió entre los muchos capítulos de esta célebre obra el de la Apología de Raymundo de Sebonda, como lo mas adequado à nuestro suceso, y que nos podía inducir, à que considerásemos à nuestras Monas con esperanzas mas favorables. No duró mucho la leccion, porque la interrumpió la llegada de un Mono, que parecía ser uno de los criados de la casa; entró éste en la cavalleriza con un hazadon en la mano, y vió, que leíamos: Quedó atónito al mirarnos, y este pasmo huviera aumentado mis miedos, porque juzgaría, que naciese, de que aquellos Monos creerían encontrarnos muertos; à no haver notado en él un particular júbilo, al paso que se havia maravillado. Le llamámos, y se llegó à

nosotros agasajandonos ; Yo correspondí à su urbanidad, le apreté la mano, y Roberto con rostro alegre, y con ciertas señas le hizo comprehender, serle agradable su visita, y su compañia. Nos preguntó, llegando la mano à su boca, si queriamos, ò teniamos necesidad de comer; y aunque no era mucha nuestra gana, no obstante, por un efecto de cortesía le respondimos, que nos haria agasajo, porque deseabamos con ansia recibir algun alimento, por venir de sus manos, las que no cesabamos de acariciar. Admirado éste de nuestro proceder, nos puso la mano sobre la cabeza en señal de agasajo, y se marchó. No negaré, que esta visita despertó en nosotros aquellas esperanzas, que teniamos quasi perdidas con motivo de los accidentes, que el dia antes nos havian ocurrido ; y mi Amigo me convidó à dár gracias al Altisimo por havernos prolongado la vida hasta aquel momento, implorando su especial asistencia en lo sucesivo ; lo que executamos juntos con los mas vivos sentimientos del alma. Vino entretanto el Mono con un canasto de fruta, un tazon de quaxada, y dos panes aún calientes, y presentandonos con la mayor generosidad del mundo està provision, comimos de ella con gusto.

De alli à poco tiempo entró el Monázo viejo acompañado del resto de su familia, excepto la vieja, cuya falta no nos causó mucha desazon. La mozuela, que la noche antes havia llevado el bofetón de la rabiosa vieja, se presentó en la cavalleriza con semblante tan alegre, que no puede bien significarse ; aproximóse à nosotros, haciendo tales expresiones cariñosas, que demonstraba haverse enamorado de alguno, y como las hembras no suelen hacer sus

jui-

juicios sobre lo razonable de los objetos; sino por sus caprichos, y genios; no es de estrañar, que ésta formáse una idéa favorable hácia nosotros, y en su consequencia nos tratáse con modos tan corteses. Confieso, que su rostro, su presencia, y todas las qualidades del cuerpo; unidas à sus infinitas ridiculas disposiciones me revolvian el estómago; no obstante, nuestra situacion nos precisaba, à que recibiesemos con agrado sus demonstraciones, obligandonos ademàs de esto el agradecimiento à hacerla entender, no eramos insensibles à sus favores. Dichoso Yo, pues se declaró finalmente por Roberto; bien puede creerseme, que no le tuve embidia; como tambien, que mi Amigo jamás sintió por mi causa motivo alguno de zelos en el largo tiempo de esta amorosa, y extravagante aventura. Bien estoi, en que este mismo systéma profesan en todas las partes del mundo las hembras, que ordinariamente emplean sus afectos, no en quien tiene el verdadero mérito; sino antes bien en favor de aquellos, que saben adular à sus genios; no obstante, no se crea, que por esto quiera Yo injuriar à aquellos afectos acostumbrados à el grado, que en efecto no son otra cosa, que unas voces de la naturaleza, que las dirige enteramente en semejantes circunstancias, sin dexar tiempo al juicio para poder hacer eleccion. Yo escribo una Historia, y cuento lo que ha sucedido; si acaso en ésta hallan algunas el modelo de sí mismas, no culpen à un escritor, que publicando la verdad de sus acaecimientos, no piensa en la idéa crítica de dibuxar sus costumbres.

Fuera de esto, quiso la suerte, que la dicha Mona pusiese su inclinacion en un hombre, que sabía

sacar provecho de qualquiera cosa; que es para lo que Yo ciertamente no tenía talento. El viejo, que vino à vernos, nos hizó muchas demonstraciones de afecto; pero se conocia que estaban llenas de dudas, sin acabar de determinarse à hacer juicio, de si eramos animales racionales, ò brutos. Le honró Roberto, como à señor de aquella casa, y le hizo señas, para que se sentase; pero él, acaso ocupado en las disposiciones domésticas, dió muestras del agradecimiento, y se marchó: Los chiquituelos empezaron à importunarnos; y haviendo Yo agarrado à uno, comenzó à temblar la pobre moza, pareciendola, que Yo queria tomar venganza; pero luego respiró, viendo, que le hacía fiestas; muchas veces me determiné à besarle, pero otras tantas me retiré por el asco, que me daba. Ella hizo ausentarse à los criados, y que fuesen saliendo tambien uno à uno los chicuelos, y despues se sentó junto à Roberto. Este se valió de la ocasion, y señalando las cadenas, la dió à entender el deseo, que teniamos de quedar en libertad; pero ella encogiendose de hombros, nos hizo comprehender, que no estaba en su arbitrio el concedernos este gusto, y despues con sus gestos añadía, que llegaria el tiempo, en que tambien lograriamos esta satisfaccion. Segun todas las apariencias, no tenia ella mucha gana, de que nos viesemos libres; porque la libertad nos sugeriria la fuga, que ella ciertamente no podia querer, en consequencia de la pasion, que profesaba à Roberto, ò en virtud de la opinion, que yá haviamos grangeado por las atenciones de mi Amigo. Desvanecida esta máquina, se aplicó Roberto à hacerla decir los nombres de aquellas fru-

tas, que nos havian regalado, y nosotros los repetiamos muchas veces hasta llegarlos à significar como ella, que nos corregía siempre, que cometiamos algun yerro en su pronunciacion. Ved, pues, yá à una Mona hecha nuestra maestra, amiga, y amante. Dá gusto acordarse de los trabajos pasados, pero es tambien motivo de avergonzarse la memoria de un estado, à que ningun hombre há estado sujeto antes que nosotros, ni será jamás reducido, segun puede bien creerse. Debiera aqui hacer una descripcion del idioma de estos naturales, segun la costumbre de todos los viageros; pero tengo muchas causas para omitir esta afectada explicacion, y la mayor de ellas es, porque no creo, se halle persona en Europa, que desée aprender la lengua de las Monas, que sería un ridiculisimo golpe de erudicion; no dudo, que algunos curiosos, que estudian toda su vida cosas absolutamente inútiles para sí, y para los demás, me acusarán de negligente por no haver emprendido esta fatiga; pero Yo les prometo, para que se sosieguen, subministrarles una Gramática, à propósito para ellos, siempre que tengan la paciencia de esperar, que Yo la componga. Ni juzguen, que digo esto por burlarme, sino crean ciertamente, que los haré, que en pocas lecciones lleguen à ser perfectos Monos.

Preguntó Roberto à la Mona, cómo se llamaba; ella no solo respondió cortesanamente, sino que de mas à mas explicó, qué significaba aquella voz; esto es, que su nombre se derivaba de la Oliva. Aqui es forzoso advertir, que en aquel País machos, y hembras toman sus nombres de alguna planta,

yer-

yerva, fruta, ò flor; y asi es cosa ordinaria encontrarse con muchas calabazas, rabanos, serbas, sauces, y esto es separado de los apellidos, que igualmente son sacados del Reino de los vegetables: Nosotros, pues, en lo suçesivo la llamarémos Oliva, y asi la distinguirémos de las demás Monas; con quienes en el espacio de tantos años hemos tenido la casualidad de tratar. Ella nos enseñó despues los nombres de las béstias de nuestra compañia en el establo, los de todas las partes del cuerpo, y de las demás cosas, que podiamos por señas preguntarla. Mas de dos horas havia pasado Oliva con nosotros, quando se retiró: Prontamente Roberto, y Yo fuimos repitiendolo todo, y à reserva de muy pocas cosas, se nos quedó todo en la memoria. Pasámos lo que quedaba del dia con algun desahogo, viniendo yá uno, yá otro à visitarnos, y quando podiamos haver à las manos alguno de los chiquillos, con nuestras demonstraciones le haciamos hablar, y siempre aprendiamos algo de nuevo. Antes que llegáse la noche, nuestra oficiosa Oliva no faltó à hacernos visita, en la que repetimos la leccion, de lo que ella quedó satisfecha, y añadió à la primera otra nueva. Aquella noche me propuso Roberto, que nos desatásemos las cadenas para ir à tomar un poco de aire al campo: No deseaba Yo menos, que el dár un paséo; por lo que, mutuamente ayudandonos, bien pronto nos las quitamos: Mas quando llegamos à la puerta para salir, el maldito perro empezó à ladrar tan fuertemente, que despertó à la familia. Sentímos luego ruido, pero estuvimos prontos à volvernos à aprisionar con

nuestras cadenas, y nos recostamos sobre un monton de heno, fingiendo, que dormiamos. Acudieron los criados con el viejo, y el perro siempre enfurecido contra nosotros, no dexaba de ladrarnos. Por tanto, se llegaron primero à Roberto, y despues à mí, creyendonos dormidos, y reconocidas las cadenas, se volvieron à sus estancias. Nosotros que vimos desvanecido nuestro proyecto, temiendo algun nuevo accidente, tuvimos por mejor desistir de nuestro primer pensamiento.

CAPITULO IX.

Prosiguen los buenos oficios de Oliva.

MUchos dias pasaron, sin que nos sucediese cosa alguna de nuevo. Proseguiamos tomando diariamente nuestras lecciones de la lengua Mona, y asi en el término de mes y medio llegamos à entender, todo lo que decia nuestra maestra; lo que nos sirvió del mayor consuelo, pues por este medio se nos abría camino para el mútuo comercio con aquella sociedad. Oliva no se cansaba en la continuacion de sus visitas, instruyendonos, y dandonos gusto en todas aquellas cosas, que prevefa, podian ser de nuestro agrado. Roberto comenzó antes que Yo, à formar algunas cláusulas en aquel dificultosisimo idioma, y entonces lo primero que indagó, fue, qué opinion havian formado de nosotros aquellos habitantes; y Oliva nos contó lo siguiente.

Aquella tarde, que llegasteis à nuestra casa, despues de la risa, que vuestras ridiculas figuras

cau-

causaron à todos, sino es à mí, que no hallé en vosotros aquel objeto de escarnio, que los demás: despues de aquella befa, repito, haviendo mis viejos Padres notado en vosotros un discernimiento, qual no es comun en las béstias, inmediatamente se sobrecogieron con un terror pánico; y, teniendoos por encantadores, resolvieron aprisionaros con esos hierros, por haver decidido mi Madre, que es sugeto de gran crédito en la comarca, que se os debia atar, para que se deshiciese el encanto, obligandoos asi à comparecer en vuestra ordinaria figura, y haciendoos deponer las apariencias de unos animales nunca vistos. Condescendió mi Padre à esta sentencia; pero como era cosa bastantemente peligrosa poner en práctica aquel intento, determinaron el emborracharos con aquel licor, que se os presentó. Mientras cenámos, estuvimos en observacion de vuestras acciones, y depuestos los primeros movimientos del miedo, formámos mejor juicio de vuestras personas. ¡Pobres béstias! dixe Yo: Ved aqui, que por ser dóciles, y nosotros dotados de razon, cometemos la vileza de forjar una alevosía, poniendoos el cebo, para que caigais en la trampa. A este tiempo mi Madre, como si huviese dicho una blasfemia, me dió aquel ruidoso bofeton, de que fuisteis testigos de vista. Fue finalmente puesta en práctica la sentencia de la obstinada vieja; pero como al dia siguiente os encontrásemos en la misma figura, para su desprecio, y confusion, todos se rieron de sus temores; pero ella siempre firme en su primera opinion, no quiso verlo, dando por pretexto, que todo esto era de fuerza de los conjuros, y hechizos, los que no podian desva-

necerse hasta pasado un mes. Todos estaban del parecer de mataros, si os huviesemos encontrado desatados, y durante este tiempo, velaba siempre un criado, para que no urdieseis algun encanto. Yo os temí ciertamente en aquella noche, que el perro nos desveló con sus ladridos; y os aseguro, que en aquel momento me puse toda temblando, y estaba arrepentida del bien, que havia executado en favor vuestro: Gracias al cielo, que salió vano aquel temor; y ahora, pues ha pasado ya el mes, todos estamos libres de sustos. Pero sabed, que Yo, exceptuando aquella noche, siempre hé permanecido en la firme creencia, de que era una necedad tener miedo de vosotros; y mucho mas, porque hé visto salir falsas quantas predicciones hace la vieja, que à la verdad, si no fuese mi Madre, à pesar de todo su crédito, diría que era una grandisima tonta.

Yo me havia demonstrado, como llevo dicho, la mas animosa, por lo qual me dexaron la libertad de traheros la comida, y serviros de la misma manera, que lo usamos con las otras bestias. Confieso, que à los principios havia creído, que fueseis de raza de algunos animales mansos, y cobardes, sin persuadirme, à que, de hecho tubieseis uso de razon, hasta que hé visto los rápidos progresos, con que haveis adelantado en nuestra lengua. Sospeché, que no seriais simples animales, quando escuché vuestra curiosidad con tantas preguntas; como, me hicisteis; fue en adelante aumentandose esta presuncion, y quasi del todo acabé de persuadirme, luego que en vuestra memoria descubrí un portento. Todo aquesto pudiera acaso enga-

harme; mas ahora, que hé advertido en vosotros un discurso, y un discernimiento exquisito, tengo sumo gusto en trataros, sin dexar de manifestar, quanto de mí haveis querido inquirir: Justo será, que me concedais la gracia de declararme vuestro sér, de qué Países haveis venido, y con qué causa haveis llegado à los nuestros. Roberto la dixo, como havia unas tierras inmensas, del todo separadas de las suyas, de las quales éramos nosotros dos habitadores; la contó nuestras costumbres, varias prácticas, diferentes goviernos, y generalmente todo aquello, de que era ella capáz. Se admiraba la Mona, y no podia acabar de creer, que las Monas en nuestro Continente fuesen puras béstias. No digais tal cosa, nos advertía, à persona alguna, porque serán vuestras lenguas reputadas por infames, y será ciertamente la muerte el castigo de vuestra imprudencia.

Nosotros la pedimos, nos diese noticias de aquel País, y ella nos respondió asi: Hai entre nosotros diversas Repúblicas, Provincias, y Ciudades, en las quales son los usos muy distintos. Yo soi una Aldeana, y jamás hé estado en la Ciudad, pero no lexos de esta casería, está el Lugar, adonde viene de quando en quando à esparcirse una Señora de la Corte, que me cuenta las costumbres de los Ciudadanos. De ella he aprendido, lo que os hé dicho, y otras muchas cosas, de que podré informaros, quando quisiereis saberlas. Fuera de esto, debe pactarse entre nosotros, que qualquiera noticia, que Yo os dé de estos Países, debais pagarmela, participandome alguna cosa de los vuestros. Justisima es la peticion, respon-

dí,

di, y no los corresponderiamos, si con usuras no pagasemos vuestras cariñosas fatigas. Estas fueron mis primeras palabras en aquel lenguaje, y me costó mucha dificultad el pronunciarlas. Me las alabó mucho nuestra Moña, por lo qual tomé ánimos para hablar francamente en lo sucesivo. Preguntéla, si sabian sus Padres, que aprendiamos su modo de hablar; à lo que me respondió, que no, y que asi nos guardasemos de proferir en su presencia palabra alguna, porque esto no podia producir, sino un pésimo efecto en la mente de la vieja, desde luego declarada contra nosotros, y que por su puntillo estaba empeñada en ponernos de mala fee, en todo quanto podia. ¿Y qué, respondió Roberto, podrán hacer ya con nosotros vuestros Padres? Nosotros nos hallamos de peor condicion, que todas las béstias de este establo; porque à éstas, à lo menos, las llevan al campo; pero nosotros continamente estamos aqui sujetos à las cadenas, como si fuesemos dos béstias feroces. Hacednos el favor, cortés Oliva, de explicarnos, en qué piensan, y à qué es, à lo que nos destinan. Prometió indagarlo con todo cuidado, y referirnos, lo que pudiese penetrar; y despues partió. Roberto hizo sus consideraciones acerca de las Repúblicas, y Ciudades de aquel Continente, y nos resolvimos al gusto de verle; pero era necesario tomar bien nuestras medidas para huir de aquella prision, y cautelarse mas en adelante. Roberto dixo, que era menester, que corriese la fama de nosotros, porque con esto los principales de la Ciudad entrarían en deseo de vér dos Monos del otro mundo, como en efecto nos llamáron des-

pues. Concertámos, en fin, rogar à Oliva, que fuesse esparciendo esta maravilla; pues entretanto, mas diestros yá en el idioma, nos hallaríamos en estado de intentar nuestra suerte, y huir de el poder de los indiscretos Villanos.

CAPITULO X.

De lo que les sucedió con una Mona de la Corte, que vino à verlos al establo.

AL dia siguiente volvió Oliva antes de su hora acostumbrada, tan afligida, y pensativa, que nos recelámos un grave mal. ¿Qué os há sucedido, la dixo Roberto, amada bienhechora nuestra, que os advierto tan triste, y suspensa? ¡Ah! respondió ella, hé descubierto, lo que jamás huviera querido saber: el deseo de complaceros me há hecho venir en conocimiento de la trama, que han urdido mis Padres contra vosotros. Sabed, que si han permitido, que con tanta continuacion os sirva, y se os alimente con la comida mas exquisita, há sido, porque piensan hacer con vosotros un regalo à la Señora, que es nuestra vecina, como de dos bestias muy estrañas; y este mismo dia, preveo, que es el en que os he de perder. Yo demonstré sentimiento de esta novedad, pero interiormente tenía una notable alegría, esperando que en manos de un distinto personage se nos abriría camino para darnos à conocer: Nosotros entendiamos el idioma, y asi con esta ventaja podiamos prometernos algunos adelantamientos. La joven Mona, creyendo co-

como sincéro nuestro disgusto, buscó medios de consolarnos, diciendonos: Alentad, amigos mios, porque Yo soy muy servidora de esta Señora, que tiene mucho gusto de que la vaya à visitar, y aun quisiera siempre tenerme consigo en el tiempo, que viene à divertirse al campo. Quando esteis en su poder, tendré el gusto de repetir las visitas à la casa de dicha Señora, baxo qualquiera pretexto; y en ellas lograréis la satisfaccion de verme con la mayor frequencia, que pueda. Asegurámosla de nuestro eterno agradecimiento, rogandola continuáse en franquearnos su amistad, y en espiar las resultas de esta orden; lo que ella prometió executar con particular cuidado.

Luego que ésta partió, principió Roberto à aconsejarme el modo, con que debiamos portarnos con aquella, que, segun lo referido, havia de ser nuestro dueño. Debemos, decia, ir poco à poco abriendonos camino, para no dár en los peligros, en que con estos rústicos hemos caído. Esta mozuela podrá servirnos de guia; y la prudencia, que hemos adquirido con la experiencia de las passadas desgracias, nos servirá de norma para governarnos mejor en lo por venir. Advertid, Amigo, que os conviene tener mucha paciencia para llegar à conseguir buen éxito en los negocios, y que estámos en un mar muy grande, y borrascoso, en el que es preciso sufrir peligros, y molestias, antes de poder arribar à un puerto seguro. Yo prometí à mi Amigo toda sumision à quanto dispusiese. No, respondió Roberto, no os pretendo obediente, sino compañero; deseo con eficácia, que seais paciente, quando la razon lo dicte, no porque mi capricho lo pretenda;

y por el contrario, quando vuestras razones sean mejores que las mias, no me detendré en abrazarlas, y seguirlas. No se puede desear otra cosa de un Amigo, y director. ¡Felices los que logran por guia, y Maestro un hombre de semejante caracter! No molesta en tal caso la sumision, y obediencia, que se le conserva, porque es el amor, quien la acompaña.

No tardó mucho nuestra Mona en entrar, y decirnos, cómo havia ido su Padre à visitar à la Señora, à quien contó mil maravillas de nosotros, por lo qual ella havia entendido con agradecimiento la oferta; pero havia reservado el aceptarla, hasta venir à vernos. No sé llevar en paciencia, añadió nuestra Oliva, estos pasos: Estas Ciudadanas tratan con nosotros los pobres, como si fuesemos animales de otra especie; pretenden la humillacion, la servidumbre, la dependencia, y todo nos lo pagan con una mirada, una sonrisa, y muchas veces ni aun nos hacen caso. ¿Y qué es esto? Nosotros somos unos desdichados, y qualquiera de ellas una Señora mona, y con todo eso, si la hacemos algun regalo, juzga, que nos favorece mucho, sino rehusa el tomarle; y esto es, no pasando à recibirle, hasta ver, si la agrada. Yo le dixe que tenia razon, porque nosotros en este caso estabamos mas vilipendiados de ellos, pues no solo éramos equiparados à las bestias, sino que, aun para que nos recibiesen por regalo, era forzoso ser antes vistos, y examinados. Poco mas pudimos hablar, porque entró el Dueño de la casa con los criados, que trahian agua caliente, y tohallas. Mandó el viejo à la joven, que marchase, y obedeció

prontamente. Luego dispusieron, que nos desnudasemos, cuyo precepto fue necesario obedecer, y despues con aquella agua quasi hirviendo nos lavaron todo el cuerpo, en cuya operacion tuvimos mucho que sufrir, pero lo tolerámos, sin que se nos oyese un quexido: Nos untaron despues con un pestilente ungüento, que entre ellos estaba reputado por un precioso bálsamo, al que me huve de hacer en adelante con el uso; pero aquel dia no pude comer de asco por su hediondéz, y me atormentó un agudisimo dolor de cabeza. Volvimonos à vestir, y esperabamos nuestra nueva suerte, que considerabamos yá como principio de mejor fortuna. Entonces comprehendimos el motivo, por que, aún despues del mes, que puso por término la vieja, haviamos permanecido aprisionados; y era, que temían, que nos escapasemos; de aqui fue, que para que no intentasemos alguna huida, y para asegurarse de nosotros, siempre nos tenian puestas las cadenas, porque havian formado el designio, de que nuestras personas pudiesen servirles de gran provecho, bien vendiendonos à quien mejor lo pagáse, ò bien regalandonos à algun personaje distinguido.

Dos horas antes de ponerse el Sol del mismo dia, se oyó en el Cortijo un ruido muy grande como de pisadas de caballos; discurrimos, sería la Dama, que se esperaba, y por cierto no nos engañamos. Abrieron de par en par las puertas de la caballeriza, y vimos comparecer una Mona de regular estatura, y mediana edad, acompañada de una tropa de machos, y hembras, que iban en su séquito. Nuestros viejos la venian haciendo la corte

uno à cada lado, pero por el debido respeto seguian dos pasos mas atrás. Venía vestida extravagantemente, segun entonces nos pareció, porque despues con el tiempo encontramos mas razonables aquellos vestidos, que en esta ocasion juzgámos ridículos; asi es cierto, que sola la novedad conmueve à nuestros sentidos, y que llamamos proporcion, à lo que se adequa à las primeras idéas, que se forman de lo bueno, y bien parecido: Quando estas primeras idéas se van poco à poco borrando de nuestra mente, suceden otras, segun las quales tomamos el modélo del gusto, y de lo que llamamos bello. Perdone el lector esta digresion, que si se empeña en ello, le concederé, que aqui no viene al caso. La Dama, pues, (para lo sucesivo debo valerme de los términos del País) estaba adornada con una vestidura de seda bastante buena, de color celeste; pero era particular el corte, porque por delante no la llegaba mas, que à media pierna, y por detrás la arrastraba en forma de cola. Un círculo como de unas tres brazas de diámetro tenia pendiente de la cintura, el que se ensanchaba proporcionalmente hasta los pies, y estrivaba sobre él el dicho vestido de seda, que la cubría, por lo que parecía esta Dama un medio busto, puesto sobre un cono truncado; figura tanto mas horrible, ò bien, si así se quiere entender, tanto mas digna de risa, quanto mas se separaba de la forma del cuerpo humano. Trahía vestidas las piernas de un algodon finisimo; y los zapatos eran de una piel roxa, pintada de varias flores. No se la descubría, sino parte de los brazos, porque la mitad asida hasta

uno

el codo al medio cuerpo superior, parecia, estár cubierta con el círculo, y la otra mitad estaba desnuda; los llevaba rodeados de unos riquisimos brazaletes; y pendía de su garganta un collar de corales de perfecta figura redonda. Tenía en la mano derecha un largo, y grueso baston, guarnecido el puño de esmeraldas, y en la izquierda un abanico muy grande de plumas de varios pájaros. Desde la cabeza hasta el medio del lomo trahía pendiente un pedazo de tela dividido en trozos, que eran juguete del viento, pues los impelía yá sobre los hombros, yá sobre el pecho, por lo que, la era forzoso valerse continuamente de su abanico, para ponerlos en el sitio, que les correspondia. La porcion de sus cabellos, que pertenecía sobre la frente, estaba muy elevada, y unida, conociendose, que el arte, y no la naturaleza era, quien los havia puesto en aquella disposicion; todo lo qual la representaba à nuestros ojos mas disforme, y ridícula. Dos gruesos diamantes la servían de broquelillos; mas noté, que estaban atados à las orejas, pues aún no las havia podido persuadir la vanidad, à que se agugereasen su propria carne, para parecer mas bellas. En efecto, si una Europea se dexáse vér en este País con las orejas horadadas, no dexarían las Monas de hacer mucha burla de una vanidad, que las pone en términos de tal extravagancia. Me acuerdo, que algunas de mis Compatriotas, oyendo contar à un viagero, que las Indianas se traspasan la nariz para colgarse algunas piedras preciosas, no podian dexar de notar con risa semejante uso; y deducían de aquí la barbarie de aquellas Orientales. ¡Oh, que facil es desaprobar, y escarnecer

en otros nuestros mismos defectos, y dár título de bárbaras, à aquellas proprias costumbres, que entre nosotros llamamos civilizacion, y política! Su mas inmediato servidor estaba poco mas ò menos del mismo gusto; mas como de las modas de estos tendrémos ocasion de hablar freqüentemente, dexo por ahora las digresiones, para tratar del punto esencial de mi Historia.

Entró, pues, ésta con aquel aire de grandeza, que suele hacer tanta impresion en los bobos, y que tanto fastidia à los genios racionales: Nos estuvo mirando algun tiempo sin hablar palabra, y entretanto, los de su séquito detenian la risa por respeto à su Señora; pero hacían mil contorsiones, que à nosotros nos enfadaban mas, que la misma risa. Véase aquí el gracioso expectáculo, de que estuvimos sirviendo à estos Monos: Finalmente la Dama con semblante de desprecio, volvió à uno, y otro lado la cabeza, diciendo: ¡Qué asquerosas bestiazas! ¿Y vosotros, replicó, necios Villanos, haveis tenido el atrevimiento de ir à incomodar à una Mona de mis circunstancias, para que venga à vuestra caballeriza à vér dos monstruos de naturaleza, dos hediondos defectuosisimos brutos? Os perdono por la ignorancia; pero debiais, no obstante, advertir, que estos son dos Monos monteses, que están hydrópicos por el dañoso jugo de la tierra, de que se mantienen en los bosques, y que han perdido el pelo por las incomodidades, que pasan en la vida campesina, y brutal. Lo que mejor pudierais hacer, ò buenos viejos, era matarlos, y enterrar sus cadáveres bien lexos de vuestra casa para que no infestasen el aire; porque su vi-

da

da de nada os sirve sino de gravamen, y no podeis esperar otra cosa, que algun agravio de estos salvages, que serán sin duda malignos, y fieros por naturaleza, y siempre que puedan librarse de las cadenas, os pagarán vuestra caridad, dandoos la muerte, y à toda vuestra desdichada familia. Fuese esta maldita Mona despues de semejantes palabras, à las que se siguieron mil improperios de toda su corte, que por adularla, quando les faltase otro motivo, nos insultaron à su satisfaccion. Bien facil es conocer la razon, por qué esta Dama ridícula juzgó, que éramos dos Monos monteses, que nos haviamos puesto hydrópicos con los dañosos alimentos de los bosques, y porque como la naturaleza no ha concedido à estos animales al rededor de los huesos otra cosa, que una piel facil à arrugarse, por tanto, viendonos ella con alguna especie de carnosidad, supuso que esta sería un defecto, y una incomodidad, originada de la razon arriba dicha. Cerróse la caballeriza, y nos dexaron solos; entonces Roberto hizo, que recorriesemos nuestras pistolas, porque havia llegado el tiempo de defendernos con esfuerzo; siendo muy probable, que las palabras de la dicha Dama huviesen hecho impresion en los ánimos de los Villanos. Registrámos, pues las armas, y las hallámos en estado de poder servirnos muy bien; teniamos con nosotros mucha pólvora para volver à cargarlas en caso que fuese forzoso, haver de combatir largo tiempo: De las pistolas, y de la municion necesaria para ellas, no nos havian despojado los Monos, porque no conocian su uso; por lo qual, nos hallabamos en positura, de hacer pagar caras nuestras vidas à los agresores. Nadie vino à visitarnos en el

res-

resto del dia, ni aún nuestra piadosa Oliva; y assi, determinámos velar toda la noche, por no ser sorprehendidos. Para estár mas à punto de una vigorosa defensa, tuvímos por conveniente desatarnos las cadenas, luego que conociesemos próximo el peligro. Esperando, pues, la hora, en que estos rebeldes Villanos viniesen à poner en práctica el consejo de aquella ímpia Dama, (perdone el lector, si por la costumbre de llamarlas asi à éstas, me sirvo de términos impropios) Roberto me habló de la manera, que se sigue:

Amigo, estamos en el estado, en que, como veis vos mismo, se requiere un ánimo grande, porque el asunto del dia es nuestra vida, y nuestra suerte. Mientras creí, que el sufrimiento pudiesse abrirnos camino para mejorar nuestra condicion, siempre fui de parecer, de que nos aprovechásemos de él; pero quando se trata de lo mas esencial, conviene revestirse del valor, y separarnos de todo miramiento, abandonando las pasadas esperanzas. Me lisongéo, de que los dos solos podemos resistir à un exército de Monos, pues no siendo de ellos conocidas las armas de fuego, el uso, que de ellas hagámos, ademàs del daño, que podrá causar à estos pérfidos, imprimirá en sus corazones un terror, que nos será mas ventajoso aún, que el mismo estrago. Huirémos, pues, de sus manos, dexandolos castigados por tantos malos tratamientos, como han executado con nosotros, y volverémos à nuestra gruta, en donde passarémos una vida tranquila, y esenta de injurias, y peligros. ¿Quién sabe, si la Providencia nos prepara el regresso à la patria por medio de algun impensado accidente? La ocasion,

sion, sin dudar, puede proporcionarse mas facilmente habitando las playas, que no viviendo tierra adentro. Por lo que hé ido notando, poco vamos à perder en no vér las Ciudades de este Continente, porque en ellas debe de reinar igualmente el fausto, y la ignorancia, de lo qual, en nuestra aventura hemos visto yá una muestra con el ridículo desprecio de la Dama, y con la falsedad del juicio, que formó de nosotros. Nos huviera sido gustoso visitar estas Provincias, no teniendo, que pasar por tantas desazones; pero à costa de tales penas es necedad el desear con anhelo, ir indagando locuras, de el mismo, ò mayor tamaño, que las de los Européos. Me puse de acuerdo con mi Amigo, él que añadió, que en el ataque debiamos llevar cuidado de no ofender de manera alguna à la persona de Oliva, de quien haviamos recibido continuos, y verdaderos beneficios. Asentí gustoso à vesta proposicion; pero por lo que mira à la vieja, havia determinado hacerla una burla, que la diese à conocer, como deben ser tratados los hombres. Roberto, que entendió mi idéa, me previno, que ella era digna de compasion, puesto, que no somos dueños de nosotros mismos, respecto de las primeras impresiones, que suele causar la estrañeza de los objetos en nuestros espíritus; à lo que debia añadirse su ignorancia, y la vejéz, que la havia puesto en posesion de proferir qualquiera proposicion con la seguridad, de que la adoptaria toda su familia. Los viejos, prosiguió Roberto, están en el pie de decidir en todas aquellas cosas, que se suponga, fundadas sobre las opiniones mas recibidas, y antiguas. Es verdad, que el juicio, que formó la vieja

fue

fue ligeramente fundado, y desmentidolo con el mismo suceso, y con las razones de dos demás; pero no es tan facil, como suponeis, el empeño de hacer mudar su dictamen à un viejo; pues, por mas desproporcionado, que sea, echa en su corazon muy profundas las raíces; fuera de que, desaprobar en los últimos periodos, por decirlo asi, de la vida, todo aquello, que por un largo transcurso de años se hà abrazado como verdadero, y confesar haver estado hasta entonces sumergido en un cáos de errores, no es prueba facil de buscar en un viejo, acostumbrado, à que los jóvenes tributen una contemplativa sumision à su autoridad. En efecto, asentir, à que, el que nació despues de nosotros, ha conocido mejor la verdad, es un asunto de mucha mortificacion, y solo los Philósophos serán capáces de confesion semejante. Por lo qual, se debe perdonar à la vieja un error, que siendo tan comun, no se ha de castigar en ella sola.

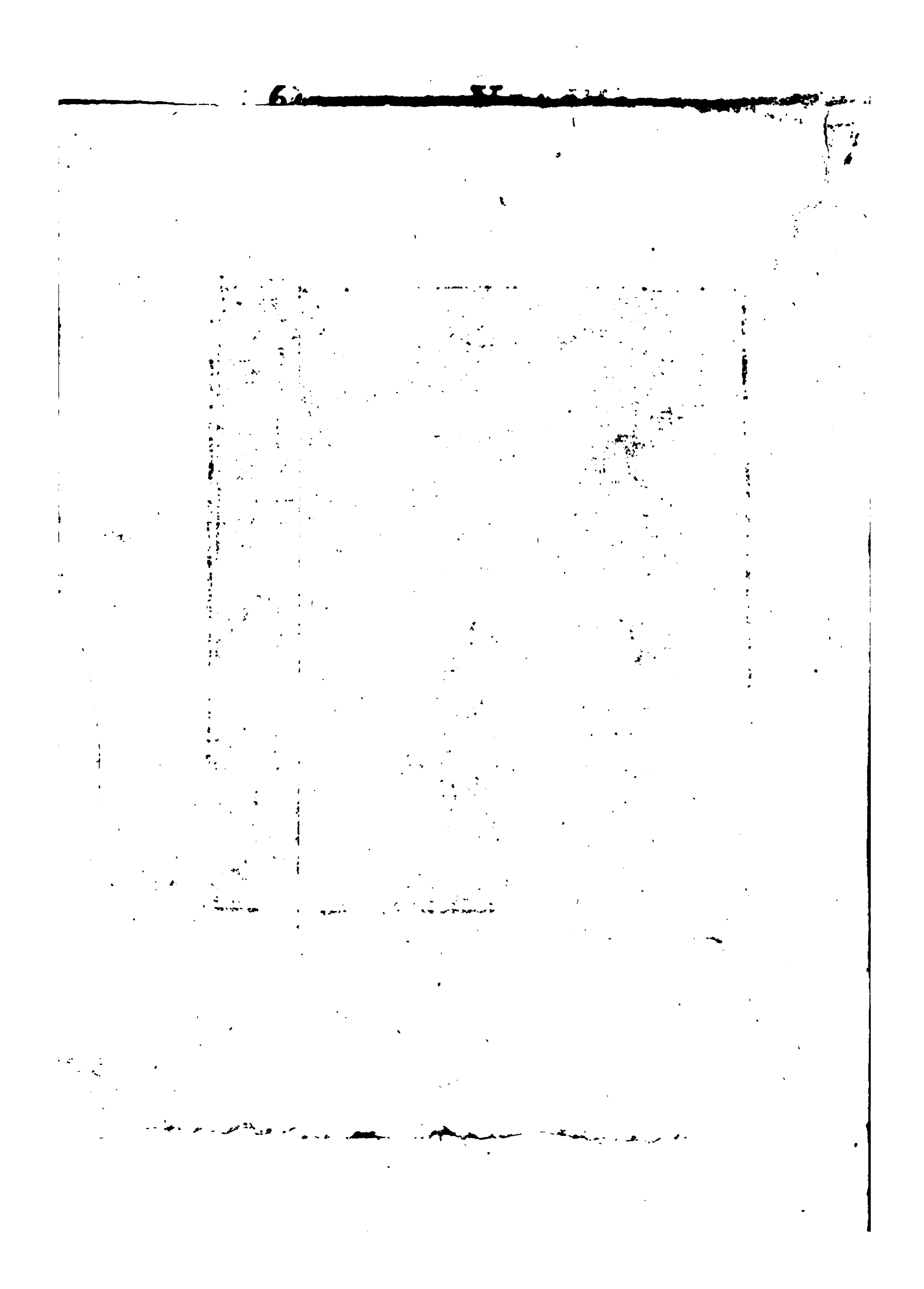
CAPITULO XI.

De otra aventura, que tuvieron en el establo, con la que dieron à conocer su valor.

PAsámos la noche en vela, y siempre recelándonos algun daño. Llegó el dia, y vino Oliva à vernos; y por la mucha tristeza de su rostro pronosticámos, que nos amenazaba alguna grande desgracia. ¿Y bien, dixo Roberto, estáis por vuestra parte determinada à seguir el indigno consejo de aquella necia, que con un tenì tan lleno de fausto, y con

tan


Tom. I.
Cap. XI.
Patiño sculp.



tan inaguantable arrogancia fue introducida ayer por vosotros en esta caballeriza para vernos? ¡Oh, quanto mas afortunada sería aquella loca, si en vez de los ricos vestidos, y joyas, que adornaban su cuerpo, estuviera su espíritu dotado de aquella preciosa luz de razon, que excede à todos los dones de la fortuna! Nos dixisteis en otra ocasion, que ésta era una Señora de circunstancias, educada con la buena crianza, y cultura de la Corte, y la Ciudad; pero si el comercio civil entre vosotros no sirve de mas, que de aumentar la estupidéz en los entendimientos, Yo antepongo, sin disputa, vuestras débiles luces à los presumidos conocimientos de estos vuestros insensatos Ciudadanos ¡Se pudiera haver formado mas injusta decision! Pero decidnos ahora libremente el efecto de esta visita.

Desdichados vosotros, respondió Oliva, si mi Madre huviera callado, que sin duda os havrian muerto; porque la autoridad de la Señora pudo tanto con mi Padre, que infaliblemente, yá no vivierais. ¿Cómo puede ser, respondí Yo, que debamos la vida à nuestra peor enemiga? Es necesario creer, que ella arrepentida de los falsos juicios, que hizo de nosotros, querrá recompensarnos los daños, que nos há causado, con otros tantos beneficios; ò, bien, que yá haya pensado en su interior otra cosa, que la que demonstró en el primer encuentro. No os apresuréis, dixo Oliva, à agradecérselo, porque su ansia de veros muertos es el motivo, de que aún esteis vivos. Luego que marchó la Dama, propuso la vieja, que instantaneamente os matasen; pero respondió mi Padre, que no era de mucha importancia, que se retardáse algunas horas la

execucion, no porque quisiese preservaros de la muerte; sino porque otros negocios le divertian la imaginacion à cosas de mayor entidad. La vieja se obstinó; pero su terquedad irritó à mi Padre, el qual, con el fin unico de castigarla su atrevimiento (bien, que contra su costumbre) no quiso prontamente satisfacerla el deseo, y por consiguiente no executó la propuesta, que la dicha Señora le hizo. Ved, añadió, en virtud de esto, que inevitable es vuestra ruina; por tanto, bañados mis ojos en lagrimas, vengo à hacer la ultima despedida, no teniendo animo para volver à veros; porque en cada momento, de los que estoi con vosotros, se me figura vivamente el instante de aquella tragedia, que seguramente ha de sucederos.

No somos nosotros los hombres primeros, que han sido preservados de las mayores desgracias, por las disensiones, que se han originado entre sus proprios enemigos à cerca del tiempo, ò modo de dár el golpe. Aquel camino, que parece, que infaliblemente debe conducirnos al exterminio, suele por el contrario ser el de salvamento, y se encuentra en el enemigo contra su voluntad aquel socorro, que intentaria en vano subministrar qualquier amigo. A no haverse suscitado esta discordia entre los dos viejos, no huviera tal vez llegado el caso, de que Yo escribiese nuestra Historia; pero aquella mano, que todo lo gobierna, queriendonos sacar de las garras de la muerte, se sirvió, para conservarnos, de aquellos proprios instrumentos, que aparecian destinados para nuestra ruina. De aqui se puede inferir la necedad, con que obran aquellos, que anticipan con sus proprias manos el golpe, que juz-

gan inevitable por las agenas. Qualquiera, que se ponga à examinar atentamente las circunstancias de su vida, no dexarà de hallar algunos momentos, en que le havrá parecido enfadoso aún el mismo vivir, y como que no le pesaría su muerte; pero luego un pequeño viento favorable de fortuna le havrá conducido el alivio à su desfallecido espíritu. Me hé detenido à hacer esta reflexion, por haverme visto freqüentemente en semejantes circunstancias, pues puedo decir con razon, que mi vida siempre ha sido un contínuo período de extremas infelicidades, y repentinas alegrías: Pero sigamos el suceso.

Roberto se revistió de gravedad, y luego la respondió: No permita Dios, que tu Padre intente tal empresa; porque solo el conato le costaría la vida. El ignora, que con un mero movimiento de nuestra mano podrémos abrasarle, y à toda su mal aconsejada familia. El agradecimiento, à que te estoi obligado, ò fidelisima Amiga nuestra, me fuerza à advertirte, que no permitas, que tu Padre se mezcle en tal asunto; porque si asi fuese, le ha de salir muy caro su atentado. Por lo que toca à tu persona, no temas; pues no solo no padecerás el menor detrimento, sino que te defenderémos en todo tiempo, y te darémos los socorros, que ni aún caben en tu imaginacion. Mientras estabamos en estos discursos oímos los gritos de algunos Monos; por lo que interrumpímos nuestro razonamiento, para entender el motivo de aquella gritería, y escuchámos, que el viejo porfiaba con una persona, cuya voz no conociamos; se iba enfervorizando la riña, quando vimos entrar à nuestro dicho Patron apresurada-

mente en la caballeriza; y queriendo cerrar la puerta, para quedar seguro, fue atacado de un robusto, y joven Monázo, que iba detrás de él con un cuchillo en la mano. El miserable viejo se retiró, refugiandose detrás de nosotros. Inmediatamente Roberto amartilló una pistola, y dixo al agresor: Detente; porque de otro modo, descargaré sobre tí un rayo, que te hará cenizas. ¡Oh, monstruo de naturaleza! replicó el Monázo, ¿Qué arrogancia es la tuya para hablar de esa suerte conmigo? Y diciendo esto, se arrojó furioso à él para matarlo. Yo, que, à exemplo de mi Amigo, estaba con una pistola en la mano, viendolo en peligro, le descerrajé un pistoletazo: El tiro fue afortunado, y el Monázo cayó muerto. El estrépito, el olor de la pólvora, y el terror obráron efectos maravillosos; el viejo quedó como muerto, Oliva desmayada, y las bestias, que estaban en el establo, hicieron terribles esfuerzos para romper las cuerdas, con que estaban atadas, y despues huir. El ruido llamó à la caballeriza à todos los de la familia, y viendo al Monázo nadando en su propria sangre, y al viejo, y à su hija como muertos, no sabían, qué pensar. Corred, dixo entonces Roberto, y socorred à vuestro dueño, y à la pobre Oliva, que no están muertos, sino desmayados por el susto; pero sobre todo, si estais bien con vuestra vida, no nos insultéis; porque os castigarémos como à éste que yace abrasado por nuestra mano, en pena de haver intentado quitar la vida à este pobre viejo. Luego, que escucharon estos, que hablabamos; como hasta entonces nos havian todos tenido por animales mudos, excepto Oliva, que era la sola participante

del

del secreto; se olvidáron de sus dueños; y ocupados de un pánico, y repentino terror, se pusieron en una apresuradisima fuga. No sabíamos, qué partido tomar; y ultimamente determinámos desatarnos de nuestras cadenas, para dár favor à los dos del desmayo. Asi fue; Yo agarré al viejo, y le levanté la cabeza; rociandosela con agua, y lo mismo hizo Roberto con Olivá.

A este tiempo llegó la vieja, que, haviendo enviado à sus criados, para saber la causa de aquel estrépito; y no haviendolos visto volver, vino para indagar por sí misma el suceso. Encontrónos en aquella positura; y mirando al cadáver de aquel infelíz todo bañado en sangre; ¡ha! traidores, nos dixo; vosotros me haveis muerto à mi marido, y à mi hija; pero en breve os veré Yo tambien en el mismo estado. Detente, ò vieja, la respondí; haz mejor juicio de nosotros; y acaben tus persecuciones en recompensa del beneficio, que hemos hecho à tu casa, libertando à tu esposo de las manos de este malvado, que intentaba quitarle la vida, si nosotros no le huvieramos dado la muerte con uno de nuestros rayos. La vieja, que no esperaba, que la respondiesemos, pues ni sabía, que entendiamos nosotros su lenguage, ni que hablabamos, comenzó à temblar, y si no se huviera asido de uno de aquellos maderos, que atravesaban para sostener la trabazon del establo; ciertamente huviera dadó en tierra. La amenaza, que nos havia hecho, era una de aquellas llamaradas de la pasion, en cuyo caso acostumbramos hablar à las béstias, y à las cosas insensibles; maldiciendolas, amenazandolas, y algunas veces castigandolas.

El apoyo, que hallaron sus manos, quando se iba cayendo, la sirvió de evitarla alguna grave desgracia; y el esfuerzo, que hizo para sostenerse, la minoró la impresion, que havia introducido en su espíritu el temor, y asi, tuvo bastante fuerza, para pedir favor. Ninguno la escuchó; pero entretanto Oliva, y el viejo volvieron en sí, y aseguraron à la vieja, como haviamos libertado la vida de éste, por cuyo motivo se la quitámos, al que allí estaba muerto.

Estos infelices, que no podian figurarse el artificio de nuestras armas, nos creyeron dos Genios, que haviamos venido à su casa, para socorrer à su familia, y quisieron adorarnos como à Dioses tutelares. Oliva, que havia sido nuestra maestra de lengua, quedó menos sorprendida, que sus padres; pero al mismo tiempo llena de asombro. Nosotros impedímos estas adoraciones, asegurandoles, que éramos criaturas de este mundo, dotadas de cuerpo, y de inteligencia. Fuera de esto, añadió Roberto, no os manifestamos por menudo nuestro sér, porque no sois capaces de comprehender, quanto pudieramos deciros; pero tened entendido, que es tanta nuestra virtud, que, si quisieramos, resistiriamos à todos los Pueblos juntos de estas Provincias, sin que todos fueseis jamás capaces de vencernos. Se explicó Roberto con este hypérbole, para impedir, que en adelante urdiesen alguna trama contra nosotros. Despues añadió: Admirad, Amigos, nuestra tolerancia permitiendo, que nos tuvieseis atados à una cadena tantos meses, siendo asi, que podiamos, como veis, ponernos en libertad, siempre que nos huviera parecido; pero esperabamos al-

guna ocasion, en que darnos à conocer; y nos alegramos fuese ésta, la que se presentáse, en que hemos preservado la vida de este viejo, que era el que tenia determinado darnos la muerte. Vuestra buena fortuna hà querido que retardaseis la execucion, porque de otra forma, ninguno de vosotros estuviera vivo à estas horas. Quedaron ellos tanto mas asombrados, quanto vieron descubiertos sus designios; nos pidieron mil perdones por todo lo pasado; nos tributaron gracias por el auxilio dado al Amo de la casa; y nos juraron una sumision rendida, y una union inviolable en lo sucesivo.

CAPITULO XII.

De los recados, que les envió la Dama, de quien poco antes havian sido despreciados.

VIEndonos yá, pues, hechos dueños de estos Villanos, que por agradecimiento, de lo que haviamos executado en su favor, arrepentidos de los malos tratamientos, que havian practicado con nosotros, nada les quedaba que hacer, para demonstrarnos su reconocimiento, y estimacion. Roberto tuvo el capricho de regular los negocios de aquella casa; à este fin les sugirió los principios de una verdadera economía, y les añadió muchas lecciones de industria. Estaban todos ellos admirados de nuestras operaciones, y capacidad, asegurandonos, que en aquellas tierras jamás se havian oído tan sábios, y ventajosos dictámenes, como los que nosotros les sugeriamos.

mos. Bien presto se esparció nuestra fama; por lo que, aquella Dama, que havia formado tan indigno concepto, y un juicio tan falso, acerca de nuestro sér, se avergonzó de su hecho; y pesarosa tambien de haver rehusado aceptar la oferta, que la hicieron de nuestras personas, se imaginó reparar estos daños, solicitando, que volviese à repetir el viejo el regalo, que de nosotros antes havia propuesto; pero éste la respondió, que éramos yá árbitros, y dueños de él, y de su familia; y asi, que no solamente no tenian accion para concederla la peticion, sino que mas bien sufririan qualquiera desgracia, que hacernos la mas mínima injuria. La Señora se dió por ofendida de esta respuesta; y creyendo, que podría lograr con nosotros por su autoridad, lo que no havia podido conseguir del Villano, nos envió un criado, diciendonos, que ella queria vernos, y que asi absolutamente nos mandaba ir à su Palacio. Roberto, para castigarla su arrogancia, respondió asi.

Yo fuera gustoso à saber, que es, lo que desea de nosotros con tanto anhelo tu dueño, sino tuviese entendido, que no puede menos de serla muy desagradable nuestra visita, pues à la verdad, ò ella juzga aún, que somos asquerosas béstias, y abominables monstruos, y en tal caso no la servirémos mas, que de enfado, y asco; ò nos supone personas dotadas de alma racional; y entonces, haciendola conocer quan inferior es à la nuestra su capacidad, tendrá que avergonzarse de la flaqueza de su entendimiento, y de la falsedad de sus juicios; en uno, y otro caso querémos evitarla el disgusto, y asi no aceptamos el convite:

Y

Y si acaso lo manda, como un gran personage de distincion, dila, que nosotros hemos nacido en un clima, en donde se nos hace conocer à las hembras de su especie, y se las pinta con aquella misma idéa, que ella havia formado de nuestras personas; y por tanto, la calidad de su nacimiento para nosótros no es de consideracion alguna. Dila, finalmente, que si tiene súbditos, de quienes ò por razon, ò por fuerza se hace obedecer; como nosotros no lo somos, nos consideramos esentos de tales leyes, y aún de las generales, que comprehenden à estas Provincias; y que mediante un poder incomprehensible para ella, è insuperable para todos los de su especie, nos lisonjeamos libres de toda subordinacion, y de todo temor: Pero, que si despues su antojo la estimúla à un acto, que ella ciertamente debe creer como vileza, esto es, à venir à vernos, puede asegurarse, de que nosotros, siguiendo las leyes de una escrupulosa hospitalidad, la concederémos los honores, que mas sean de su agrado, y satisfarémos su curiosidad en todos los puntos, sobre que con eficácia guste preguntarnos.

Luego que se fue el criado, me dixo Roberto, que para humillar la altivéz de la Dama Mona, y para hacer concebir una alta idéa de nosotros, havia enviado aquella respuesta; pero, que se contendría de otro modo, quando tuviése la ocasion de hablar con ella. No temais, añadió, que por ver rebatida su pretension con nuestra respuesta, se desdeñe de venir à vernos, porque es comun estílo en las hembras correr en seguimiento, de quien las desprecia, llevandolas su innata vanidad, à hacer la conquista de aquellas cosas, de que tienen mas lexos

la esperanza. Fuera de que, nosotros somos dos phenoménos singulares en estos Países, y asi, la curiosidad es, quien ha de obligar à todos aquellos, que tienen genio de vér las cosas mas particulares, à que deseen conocernos de mas cerca, y à indagar una novedad, della que no pueden tener formada idéa, ni traza en su memoria, ni en sus Historias; si es, que aqui las hai: La misma curiosidad debe necesariamente conducir à esta Dama, que ciertamente tardará poco en venir à vernos.

Todo sucedió puntualmente como Roberto lo havia previsto; y en el mismo dia tuvimos la visita de la Dama. Una hora antes de su venida llegó uno de aquellos miserables criados, que están mantenidos por sus dueños, para que delante de las béstias, que los conducen, les sirvan de correr mas, que ellas, à advertirnos; que su Señora havia congregado à toda la nobleza, que estaba divirtiendose por aquellas casas de campo; y que con tan magestuoso trén se ponía en camino para vernos. Yo le pregunté, qué semblante havia puesto su ama con la primera respuesta; à lo que él me dixo; que como ella no esperaba semejante repulsa, quedó mortificada, y arrepentida del antiguo suceso; que despues echó una fuerte quimera à algunos de sus criados, y sus doncellas, que la havian adulado con motivo, de lo que havia rehusado aceptar el regalo, que la hacían de nosotros; y que luego llamó à una criada, que era su favorita, con la que se aconsejó.

Las dos tenian grandes deseos de hablaros, añadió el criado, pero temían, no despreciaseis su propuesta, y asi, volvieron à llamar al del primer recado, y éste repitió el informe, con vuestra

promesa de recibir à mi Señora con toda urbanidad, y cortesía, siempre que se dignáse de venir à esta casa; por lo que, determinaron convidar à toda la nobleza, para que vosotros à vista de un acompañamiento tan circunstanciado, y que no os havia dado motivo alguno de disgusto, no intentéis vengaros de la afrenta, que de ella recibisteis: De esta manera, y con todo este acompañamiento juzgan, poder ponerse sin temor de ultrage, ni peligro en la presencia de aquellos, à quienes, pocos dias há, despreciaron, y ahora con tantas ansias anhelan volver à vér. Pusose en planta el proyecto, y todos los criados de casa se empleáron en ir llevando recados de convite por el contorno. Asintieron, y se pusieron en movimiento todas las personas mas distinguidas de ambos sexos, viniendo à congregarse al palacio de mi dueño, que las contó mil prodigios de vosotros. Muchos de los convidados havian oído algunas cosas à cerca de vuestras acciones; otros llamaban ilusos, à los que lo creían; pero todos fueron de parecer de venir à saciar con sus proprios ojos esta curiosidad tan conforme à razon, persuadido cada uno, à que la confrontacion le confirmaría en su primer dictamen. Se han convenido igualmente entre sí, en trataros con toda urbanidad; y siempre que encuentren en vosotros aquellas qualidades, que en tal caso juzgan necesarias, determinan ofreceros el conduciros à la Ciudad, y allí no solo hacer, que seais vistos, sino tambien, que goceis de las maravillas, y de todas las grandezas de estas Provincias. Escuchámos con mucho gusto este razonamiento, considerandonos inmediatos à aquel

término, à que tantos meses havía, aspirabamos con increíble ansia, expuestos à los mas bárbaros desaires, y à un continuado peligro.

CAPITULO XIII.

De la visita de la Dama, y otros Cortesanos, y lo que en ella acaeció.

NO pasó mucho tiempo entre esta conversacion con el volante, y la venida de la Dama. Sonó un gran ruido como de pisadas de caballos, y se vió entrar en el cortijo la numerosa comitiva. La Señora fue la primera à desmontarse de su caballo; pero huvo mil ceremonias antes de que llegáse à executarlo: Un criado le tenia un estrivo, otro la brida, y dos la ayudaban à dar el salto; con todo esto, poco faltó, para que diese en tierra. Inmediatamente se llegaron los Caballeros à dar la mano à las demás Damas; y noté, que aquellas de mas elevadas circunstancias eran menos diestras, que las otras; efecto ordinario de una delicada educacion, baxo cuyas máximas separan à la juventud de aquellos exercicios, que acostumbran el cuerpo à la agilidad. Nosotros salímos al encuentro de aquella noble compañia, à la que Roberto hizo el siguiente discurso:

Un portento, que jamás vosotros, ò Señores, y Señoras, haviais oído, dirige vuestros pasos à vér dos criaturas, que han nacido en un mundo totalmente dividido del vuestro, por medio de una vasta, è increíble extension de agua. La naturaleza,

que

que es tan vária en sus operaciones, nos ha producido, como veis, y de aqui es, que en nuestros Países no se encuentran otras criaturas racionales, que las de nuestra especie ; y quando se vén vivientes semejantes à vosotros, se tienen por cierto, que son brutos, ò animales, que carecen de entendimiento ; el mismo efecto debe infaliblemente producir en vosotros, el encontraros con unos vivientes, que no se conforman totalmente en la figura exterior con la vuestra ; y asi juzgais, y muy verosimilmente, que serémos brutos, à quienes havrà negado la naturaleza àquel rayo celestial, que llamamos razon. De este modo, aquella misma maravilla, que os sorprehende, viendonos dotados de todas aquellas luces, que antes creíais, que à vosotros solos havia concedido la naturaleza, es, la que tambien nos admira, quando hemos hallado todas las qualidades, que se encuentran en las criaturas racionales de nuestro mundo, en unos objetos, que hasta ahora haviamos creído incapaces de razon. Depongamos, pues, yá las admiraciones de una, y otra parte ; venzamos aquella oposicion, que mútuamente sentiamos unos hácia otros, y que es efecto de la novedad, y de la opínion demasiado buena, que de nosotros mismos teniamos formada. Si separámos todas nuestras preocupaciones, podrémos agradarnos recíprocamente ; porque vosotros, participandonos todo lo bueno, y magnífico, que en estas Provincias se goza, conquistaréis en nosotros dos sincéros panegyristas, y os quedarémos muy agradecidos ; y nosotros, comunicandoos nuestros conocimientos, y todo lo mejor, que se practica en la Europa, no os servirémos de poco

co provecho, añadiendo à las perfecciones de estos Países las maravillas del nuestro. Podrémos establecer tambien un comercio ventajoso à los espíritus, y à los intereses de la vida entre una, y otra Nacion, quando nos conceda el cielo poder volver à nuestra Patria; de el qual, si nosotros recibieremos de vosotros una no mediana utilidad, me lisongéo, que haveis de sacar vosótros mayor ganancia. La sinceridad recíproca sea quien una nuestras amistades, y desvanezcanse desde este punto las risadas irracionales, y las puériles burlas. En los nobles ánimos no debe reinar el engaño. Mas si acaso para solicitarnos algun daño, ò en la vida, ò en la libertad, se ha coligado la presente union (que por lo demás nos es muy honrosa, y de estimacion) os intimó, que os guardéis de proséguir tales designios, porque somos mucho mas poderosos, que lo que os podeis persuadir; ni os pase por el pensamiento experimentar la verdad de estas palabras, porque os sería prueba de mucha costa, y à nosotros muy sensible la necesidad de ponernos en defensa. Ea, pues, Señores, hagamos corro amigablemente, y haced aquellas preguntas, de lo que con mayor eficácia deseeis satisfaceros; que nosotros con todo gusto aceptamos el honor de vuestra amable conversacion.

La Dama, que conducía aquella compañia, que creyó, la competía de derecho respondernos, dixo asi: Yo me alegro mucho, que no seais béstias, sino Monas del agua, que tambien sabemos por acá, que son muy gruesas. Estos Señores están por mí informados, de que haveis estado atados à

una cadena, de que Yo os ví entonces, y de que rehusé aceptaros en aquel estado; por lo que, seguros, de que sois de buena índole, no han venido para haceros mal. Por vida de Dama de honor os juro, que gustaré saber cómo van vestidas vuestras hembras en los Países ultramarinos, de donde aseguráis, que venís, pero cuidado con no engañarme: Yo os regalaré mucho, y aún os rogaré, que hagais, que venga una para mi entretenimiento. Ella seguia su discurso con una semejante porcion de ridículos despropositos, quando un caballero la interrumpió, previendo muy bien, que aquella tonta no nos daba mucho gusto. Con vuestra licencia, dixo, Madama Nispero (este era su nombre) permitid, que Yo como varon, y el mas viejo de la compañía, dé respuesta al sábio razonamiento de estos Señores, que merece la reflexion, y ponderacion, que acaso no suponeis. Hablad enhorabuena, Señor Haya, respondió ella desdeñosamente, que poco me importa: Luego arqueó las cejas, torció el gesto, abrió su abanico, y se empezó à echar aire. El caballero hizo poco caso del resentimiento de Madama Nispero, y habló asi.

Las cosas maravillosas, ò Señores, que vosotros en vuestras personas, y acciones haveis trahido antes que otro alguno à la Provincia de las Morias, han dado motivo, à que hayamos venido à visitaros: No hai en nosotros otro designio, que este; y si asi no fuese, vengaos de nuestra deslealtad con uno de aquellos omnipotentes rayos, con que haveis sabido aterrar al indigno enemigo del dueño de esta casa. Nos admira, y no es estraño por la novedad, oir, que haya en el mundo otros

Países, distintos de estos, en donde unos Mohos totalmente diversos de nosotros en el aspecto, señorean à los demás animales. No podémos comprehender, de qué modo havéis podido pasar un mar tan grande, y con qué fines arribasteis à nuestra tierra; de la que, es regular, tuvieseis alguna noticia anticipada; sin la qual no podiais haver imaginado transferiros à nuestras playas. Objetos dignos de maravillarse son vuestro poder, vuestro sufrimiento; y la perícia en nuestro idioma: De todas estas cosas hablarémos à su tiempo; como tambien de las costumbres, los artes, y qualidad de vuèstro País: Nos basta ahora, que nos hagais sabedores del modo de vuestra venida, y ocasion de ella; reservandonos para otra conferencia, el explicarnos las infinitas cosas, que tenemos, que preguntaros. Pero antes, que Yo os incomode, rogandoos, me deis respuesta, supongo, que ninguno de esta noble compañía tomará à mal, que, convidandoos Yo à venir à habitar en mi palacio, me solicíte una ventaja, cuyo valor no es facil, comprehendan todos: Seréis en él servidos con aquella atencion, que es debida, y emplearé toda mi eficácia en reparar el daño, que tan generosamente havéis sufrido en la indiscreta prision, que hallasteis entre estos rústicos. Irémos despues à la Ciudad, en donde me obligo à introduciros en todas nuestras asambléas, en las que podréis satisfacer vuestra curiosidad. Tengo, además de esto, esperanza, y aún seguridad, de que halléis acogida en nuestro Soberano, que es muy amante de los forasteros, y gusta de las cosas singulares, y curiosas. Confiad, pues, en mí, y aseguraos, de que deseo estrechar con vosotros el nudo de una perfecta amistad.

Co-

Comenzó luego Roberto à contarles, como el arte de los Européos es tan excelente, que han hallado modo de unir, mediante la navegacion, los Países, que tiene separados la misma naturaleza con la interposicion de dilatadisimos mares; que unas barcas de increíble magnitud caminan impelidas de los vientos por medio de las aguas, y que de ellas suelen servirse los hombres à proporcion de lo que han menester; que de este arte incomparable redundan à los estados infinitas ventajas, particularmente, la de transportar à otros Países los efectos, que abundan en el proprio, y traher de fuera los géneros, de que carece. Siguió explicandoles, que, no obstante la pericia de los Pilotos, y las reglas del arte náutica, aquellas máquinas, llamadas Navíos, muchas veces no pueden contrarrestar à la violencia, y furioso soplo de los vientos, de lo que se sigue la desunion del leño, y la pérdida de las personas. Expuso nuestro naufragio, el milagroso arribo à sus tierras, nuestro retiro en la gruta, nuestra diaria ocupacion en aquel desierto, el descubrimiento de la llanura, nuestra venida à aquella casa, los accidentes en ella ocurridos, las instrucciones, y socorros, que debimos à Oliva, y finalmente el término de nuestra prision. Concluida la relacion de estos sucesos, añadió: Yo, Señor Haya, acepto el convite, que nos haveis hecho con vuestra casa, y asistencia, del mismo modo, y con el gusto, que tendría de serviros en mi tierra, y en mi casa, si os huviera sucedido toda esta série de accidentes, que por nosotros ha pasado. Pero antes de marchar, adonde teneis la generosidad de conducirnos, para mi-

mitidnos volver à nuestra cueva, por si podemos hallar aquellas alhajuelas, que en ella tenemos escondidas. Condescendió nuestro generoso caballero, y aún se ofreció à irnos acompañando hasta la gruta el dia siguiente.

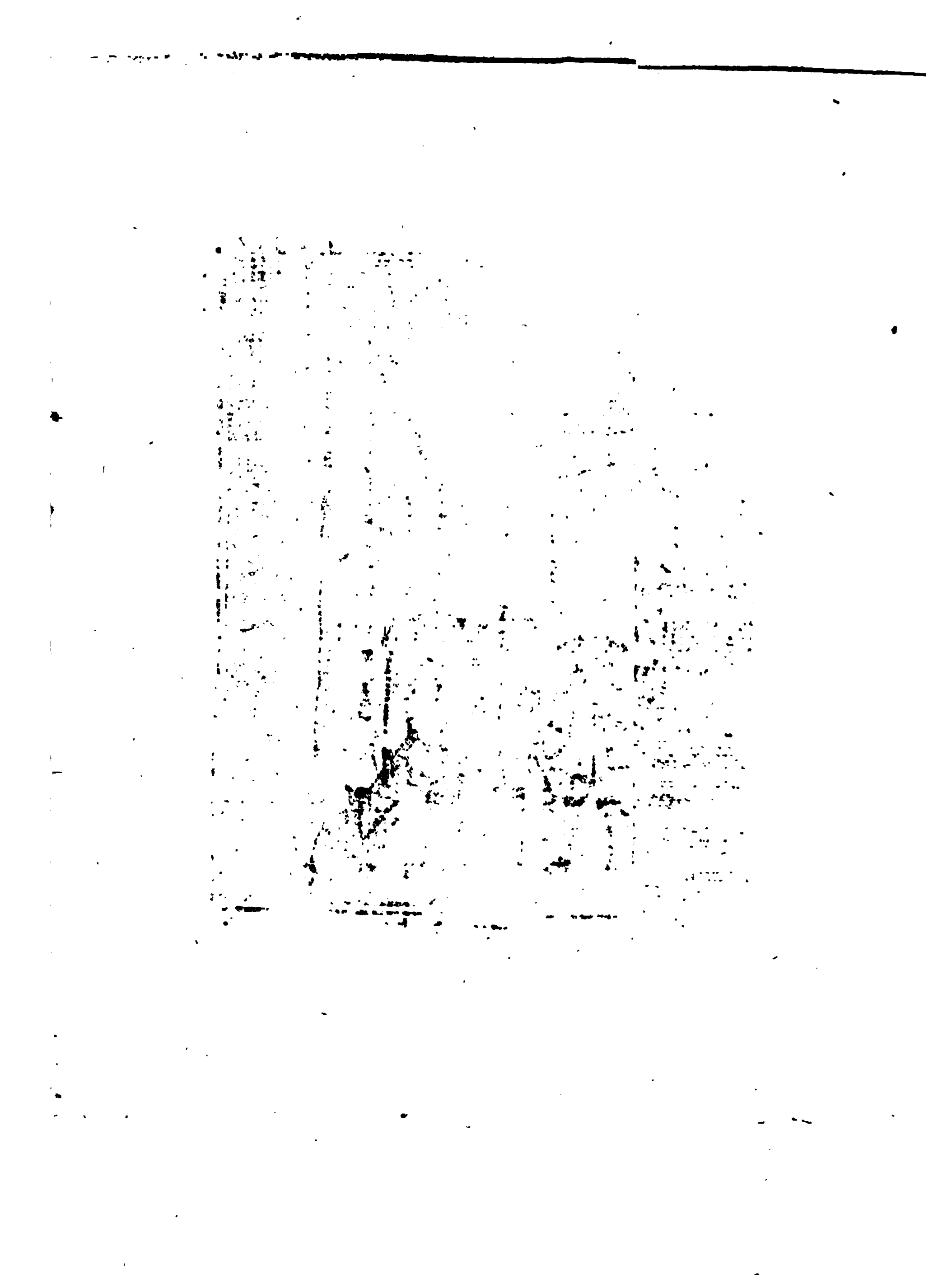
A este tiempo una cierta hembra, cuyos ademánes en nuestros Países desde luego la huvieran caracterizado por un perfecto modélo de vanidad, y poco seso, y cuyos vestidos no respirában otra cosa, que fausto, y ridiculéz, nos dixo: Señores Mónos extravagantes, dadme el gusto de fulminar uno de vuestros rayos contra alguno de los animales, que hai en esta casería, para que pueda Yo decir en la Ciudad, que he presenciado esta maravilla, si me quereis complacer, os quedaré muy agradecida; pero sobre todo, mirad, que sea esto, sin que me espante. Respondíla: Señora, eso es imposible, porque como es regular, que un estallido improviso, y sulfúreo cause algun temor (à lo que debe añadirse la novedad,) no sabemos, qué impresion es la que podrá ocasionaros. Un mozuelo, que desde luego se conocia, que era su obsequiante, nos respondió, que no esperaba, que unos animales desconocidos, como éramos nosotros, hiciesen tal desaire à Madama Zanahoria. El Señor Haya aprobó mi respuesta, como muy juiciosa. Pero aquel insensato se obstinó, en que haviamos de hacer la prueba, llamandonos impostores, y que procurabamos con supuestos pretextos evitar la contestacion. Roberto con su discurso, y acostumbrado modo de darse à comprehender, procuró persuadir al mozuelo, à que no se empeñase en solicitar una experiencia, que era

fuera de tiempo; y con la posible blandura le hizó patente lo injusto de sus resentimientos, y la poca crianza del modo de darlos à entender: Este mentecato, acostumbrado à la adulacion, se agrió mucho mas con la repulsa, à cuyo parecer se unieron en aquella junta, tanto los que havian ido à visitarnos, movidos de la curiosidad, como los que estaban incrédulos de estos efectos.

Roberto entonces pensó en divertirles de aquel pensamiento, por lo qual sacó de su faltriquera el anteojo, y les dixo: Nobilissima comitiva, yá que no me arriesgo à executar la prueba del rayo, dignaos de observar otra maravilla: Con este instrumento podréis descubrir los objetos distantes, aproximandolos à la vista, y asi, veréis vuestra Ciudad, y aún vuestras mismas casas. Pareció esta una habladuría de algun charlatán, que vende por portentosas las cosas mas triviales: Todo el mundo es País: Riase, pues, y burlese de sí mismo, pues él asi lo quiere: Aceptaron todos la oferta, y nos pusimos sobre un puesto eminente. Uno à uno, no huvo quien no quedàse admirado de aquella maravilla; y realizaron hasta las estrellas al dicho instrumento.

Roberto, que quería vengarse de Madama Zanahoria, y del Señor Girasol su amigo, puso todo cuidado, en que quedàsen los ultimos para hacer sus observaciones con el telescopio, y entre tanto me habló à la oreja, advirtiendome lo que havia de executar: Llevaba ella cuidadosamente en brazos un hermoso perrillo, como los que suelen alimentar nuestras Damas con mas cuidado, que à sus hijos, y aman mas, que à sus criados, y que

à qualquiera criatura humana: Quando Roberto la dió el anteojo, ella puso al faldero en el suelo: Yo entonces, descerrajando una de mis pistolas, le aseguré el golpe, y el pobre perro quedó sin vida: El estallido produxo infinitos efectos, pero los mas singulares fueron el de Madama Zanahoria, que cayó de espaldas vergonzosamente, y el de su servidor, que, poseído del miedo, llenó los calzones de aquella materia, que por el hedor se dexa conocer, antes de verse: Asi quedó vengado el ultrage, con que nos havian tratado aquellos dos amantes, à los quales fué forzoso ocultarse mucho tiempo, porque no podían sufrir la burla de sus amigos: Fuera de los dichos, cada uno de los de la comitiva hizo su particular movimiento, y Madama Nispero contraxo desde aquel dia un temblor, de que no la fue posible convalecer. Parece, que quiso el cielo en aquel punto, que tomásemos satisfaccion de aquellos, que nos havian ofendido de todos modos, y con esto advertir à los demás, que nos mirásen con mas respeto. Supimos despues, que la pérdida del perro havia sido muy sensible à Madama Zanahoria; pero era de justicia, que, queriendo ella vér muerto à un bruto, pereciese el que era, de quien havia hecho la propuesta, y que recayese el daño, en quien à otro se lo havia deseado. El Señor Haya alabó mucho nuestra accion, pero nadie pudo descubrir, qué medio havia usado para matar al perro, porque el golpe fue repentino, y asi ninguno tuvo tiempo de vér la pistola, pues el temor en unos, y el pasmo, que quedó en otros, despues de executado el golpe, dió proporcion para poder esconderla. Poco duró luego la conversa-




Tom. I.
Cap. XIV.
Patiño Sculp.

cion ; porque consternados todos se despidieron ; el Señor Haya ratificó su promesa , y nos dixo vendría al dia siguiente para que juntos fuesemos à la gruta , y desde allí pasáramos à su habitacion , donde nos detendriamos algunos dias, y despues nos encaminariamos à la Ciudad , ofreciendonos de nuevo en ella toda su asistencia, y cuidado.

CAPITULO XIV.

Del recibimiento , que tuvieron Enrique , y Roberto en casa del Señor Haya.

LA noche , que antecedió à nuestra partida , fue muy triste para aquella rústica familia , que tanto nos havia maltratado en el tiempo anterior ; que es comun costumbre , aun entre nosotros , no hacer caso del bien , quando podemos gozarlo , y llorarlo , y desearlo eficazmente , quando se ha perdido , ò se vé , que vá à perderse. Los dueños de la casa particularmente se quexaban y de no haverse sabido aprovechar de una dicha , que havian tenido consigo tantos tiempos , y que se les iba de entre las manos , quasi tan presto , como la havian conocido. Llegó la mañana , que aguardabamos con impaciencia , y no faltó el Señor Haya à su palabra , viniendo à acompañarnos , seguido de muchos criados. Nuestra partida costó muchas lágrimas à aquellos pobres Monos , pero particularmente à Oliva , que no hallaba consuelo , viendo , que la desamparabamos. Nosotros le prometímos un agra-

decimiento, perpétuo, y el Señor Haya tambien la aseguró, tendría su proteccion; la que fue en adelante para ella muy ventajosa, porque él à nuestra instancia la colocó poco tiempo despues muy honrosamente.

Partímos, pues, y en el camino nos comunicámos muchas noticias con un placer particular de ambas partes. El Señor Haya nos dixo, que el camino, que tomabamos, le era absolutamente desconocido, y que, segun lo que le parecía, la playa, adonde haviamos arribado despues de nuestro naufragio, estaba sin duda ignorada de los habitadores de aquellas tierras. Llegámos à la gruta bien tarde, por quanto los discursos, que haviamos ido haciendo, retardaron demasiado nuestra marcha. La hambre, y el cansancio no nos mortificaron mucho; pero no obstante, el Señor Haya havia llevado consigo sus provisiones, y quiso, que comiesemos sobre un collado, poco despues del mediodia. Admiraba con gusto este caballero el lugar en donde haviamos sabido vivir tan alegremente, sin el socorro de criaturas racionales, y se le figuraban aquel desierto, y nuestro modo de vida asunto de algun cuento, ò de alguna novela. Nosotros le ibamos demonstrando con la mano los sitios mas ordinarios de nuestra pesca; la fuente, de donde tomabamos el agua para apagar la sed; la playa, en donde, paseandonos, dabamos algun desahogo à nuestro espiritu, comunicandonos los mutuos descubrimientos, ò las reflexiones sobre ellos, el lugar adonde nos sentabamos à tomar algun refrigerio con la comida, y finalmente el retiro, en que pasabamos la noche. Como aún no se havia au-

ausentado el Sol al orizonte opuesto, propuso el Señor Haya, que nos empleasemos en el gusto de la pesca, y que otro fuese à traher el agua de la fuente acostumbrada, à fin de experimentar él tambien aquella noche nuestro modo de vida pasada. Yo, pues, eché mis anzuelos à los peces, y tuve la suerte de pescar algunos. Roberto fue à hacer la provision del agua, y despues haviendo gastado algun tiempo, discurriendo en nuestros descubrimientos acerca de las yervas, y los insectos, le hicimos vér una portentosa experiencia sobre uno de ellos, de la que hablaré en el capítulo siguiente; y con esto se finalizó el dia. Al siguiente no huvo cosa alguna señalada, de que hacer mencion acerca de nuestro viage à la casa del caballero; adonde llegámos por la noche, llevando con nosotros aquellos muebles, que haviamos podido salvar de nuestro pasado naufragio.

Havia muchos criados esperando nuestra llegada con hachas de pez en la portada del palacio: Estos indiscretos, y villanos racionistas se pusieron à reir, luego que llegámos adonde estaban, pero una ojeada de su Amo los contuvo, à que estuviesen como debian. Nos salieron luego al encuentro sus tres hijos, una hija, y su esposa: Los primeros mostraron mucha alegría con nuestra venida, pero su consorte nos hizo un cumplimiento muy sucinto, y poco expresivo, de lo que inferimos, que nuestra presencia no era muy de su agrado. La causa, que tenia para este sinsabor, segun despues pude descubrir, era una detestable avaricia, en todo lo que miraba al interior govierno de la casa; de lo que provenía, que era el verdugo

de

de sus criados, que hablaban muy mal de ella; y aunque las murmuraciones de éstos no sean suficiente argumento para inferir la qualidad de los amos; siendo costumbre de ésta viciosa canalla el no estár jamás contentos; no obstante, hablando de la Señora Espina (asi se llamaba la esposa de nuestro magnánimo bienhechor) no mentian en quanto la desacreditaban. Por otro lado, ésta, quando se trataba de luxo, y de placer, consumiría todo el patrimonio de la familia para presentarse como una Dama de alto carácter en el mundo, y para estár con satisfaccion de sí misma en las ocasiones, que se la ofreciesen. Asi Madama Espina unía, como lo hacen muchas de su calidad, una avaricia vergonzosa à una prodigalidad sin fin, poniendo en práctica la primera, para escasear à su marido, à sus hijos, y à toda la casa lo conveniente, y necesario; y exercitando la segunda en todo lo supérfluo, para hacerse caracterizar por una insensata. La hija estaba modestamente vestida, y su compostura demostraba una exterior gravedad, pero se leía en sus ojos el ardiente deseo de imitar à su madre, aunque era un perfecto exemplo de la locura. Llamabase Lechuga esta Señorita; luego, que nos vió, nos hizo una cortesía muy tiesa, y afectada, y nos dixo: Bien venidos; pero al mismo tiempo torció el gesto, queriendo con las palabras, y movimientos darnos à entender, que la sumision à su padre la obligaba à cumplimentarnos; pero, que nuestras personas la eran desagradables, y asquerosas. Yó me havia acostumbrado yá à semejantes extravagancias, y asi no me dió mucho sentimiento el modo, con que nos trataron estas Monas.......

El

El Señor Haya destinó para ambos una misma habitacion, è intimó à dos criados, que estuviesen obedientes à quanto mandásemos, sin que en adelante reconociesen à otro amo, qué à nosotros: Oyó esta orden Madama Espina, y bastó para que se alterase, viendo que por este medio salian de su jurisdiccion dos personas de la casa; por lo que enfadada, dixo assi à su marido: ¿Con que por estos lucidos sugetos, que haveis introducido en casa, Yo quedaré privada de dos criados? ¿Qué injusticia es esta? ¿Por dos monstruos, que no se sabe, de adonde han venido, y que acaso havrán nacido de la héz del pueblo, se vilipendia de este modo à una Señora de mis circunstancias? Yo entonces me presenté con el modo mas politico, que ella era capáz de entender, y la rogué se sosegase, asegurandola, que nosotros antes sufririamos qualquiera molestia, que servirla de incomodidad, y desazon; y al mismo tiempo Roberto rogó al Señor Haya, que se sirviese disponer las cosas de otro modo, para no dar este disgusto à su consorte. Pero él, que conocía el genio de ésta, y que queria ser sólo el dueño de su casa, respondió, que no acostumbraba tratar de otra forma à sus huespedes; y con una severa mirada impuso silencio à la Señora Espina, que tuvo que tragar el amargo bocado de vér sin efecto su pretension delante de nosotros.

Llegó la hora de la cena, y los hijos del caballero Haya, que à manos llenas nos franqueaban las finezas, nos hicieron sentar cerca de ellos, por no haver en aquel País el estilo, de que los forasteros se pongan inmediatos à las Señoras, por quanto éstas trahen consigo el enfado de tener, que servir-

las, con lo que se disminuye el placer de la mesa: Fue esto para mí de mucho contento, pues jamás he tenido tan extragado el gusto, que haya deseado aproximarme à aquellos objetos, que suponen, que honran, quando son dignos de compasion. Además de que siempre he tenido una insuperable aversion al fausto, y à la arrogancia, y en todo tiempo he procurado alexarme de aquellas personas, para quienes conozco soi poco agradable. La mesa fue servida con muchas viandas, poco mas, ò menos, de la misma composicion, que las nuestras, esto es, en las que se ampliaba la naturaleza de los manjares, y agregando en los condimentos algunos materiales de todo diversos, cuya union por las distintas qualidades, que se combinan, suele ser de dañosisimo nutrimento para nuestros cuerpos. Ningun plato era del gusto de la Señora, porque uno estaba muy insipido, otro muy agrio, aquel con mucha especia, éste con poca, y finalmente en todos se havia portado el cocinero como un bruto. El Señor Haya se volvió hácia Roberto, y le preguntó, riendose, si nuestras Damas entablaban semejante conversacion en la mesa delante de los huespedes, que jamás havian visto. Ella se mortificó mucho con aquella pregunta, y Roberto le respondió sábiamente, que todo el mundo era pais; pero que aquella Dama se havria considerado en los precisos términos de estar sola con su familia; pues fuera de esto no tenia à su mesa mas, que à dos desdichados, que de su mera cortesía, y liberalidad recibian el sustento. La respuesta agradó à Madama Espinay, con lo qual se serenó un poco;

pero

pero de allí à un breve momento llamó al despensero, para preguntarle el valor de aquellas provisiones. Todo la pareció de un precio exorbitante, por lo que decidió sin detenerse en cosa alguna, que aquel pobre criado era un ladron; que, con lo que ponia de mas en la cuenta, quería enriquecerse, y reducir su casa à un miserable estado. Tuvo que callar este infeliz; como igualmente huvo de disimular, el que cuidaba de la bodega, à quien su indiscreta ama imputó, que havia gastado el vino, para venderle, y lucrarse. El Señor Haya puso fin à estas impertinencias, levantandose de la mesa; nos dió las buenas noches, y se retiró con Madama Espina à su quarto. Los hijos nos conduxeron al nuestro, en el que nos encerrámos. La cama era blanda, compuesta de muchos colchones de algodon, y las colchas de finissima seda. La pieza estaba llena de pinturas históricas, y en lo demás adornada quasi como las nuestras. Solo faltaban los espejos, por lo que resolví (suponiendo ignoraban ellos este invento) sorprehenderles al dia siguiente, mostrandoles uno de los que haviamos llevado con nosotros.

CAPITULO XV.

Del descubrimiento de una gruta, y un insecto muy particulares; y pareceres de algunos Doctores Monos.

ANtes de ceñirme à la narrativa de lo que noté, y me sucedió con las Monas Ciudadanas,

 quie-

quiero dar parte à mi lector de dos descubrimientos, que hicimos en nuestro desierto en aquellos tiempos, en que Yo andaba por los montes en busca de yervas desconocidas, para hacer las observaciones, à que estaba destinado por Roberto, y él iba tambien buscando sus insectos.

Hallé, pues, un dia en la cima de un pequeño collado algunas yervas, cuya figura movió à hacer alto à mi curiosidad. Las estuve mirando por algun tiempo, y aunque mas iba haciendo memoria de todas las de nuestro País, encontraba de éstas à aquellas una total diferencia, sin que me pudiese imaginar, para qué uso se producirían estotras. Cogí un pequeño manojo de ellas, y me las llevé à la gruta: Roberto estuvo registrandolas, y aunque él era muy versado en la Botánica, le parecieron totalmente nuevas. Estaban llenas de polvo, por lo que fuimos à la playa para lavarlas. Luego, que las echamos en el agua, vimos à ésta tinturarse, tomando un color amarillo, como el del azafran. No me sorprehendí mucho de este phenómeno, y dixe à Roberto, que discurría que esto proviniese del polvo, que las cubría, que siendo sin duda de aquel color, interpolado con el agua, produciría aquel efecto. Bien puede ser eso, respondió Roberto, pero quando se trata de experiencias, es necesario, no quedarse en las primeras razones, que se presentan à nuestro entendimiento, que muchas veces suelen ser mas arbitrarias, que verdaderas; sino repetir las pruebas, para vér, si el hecho corresponde à la razon ideada; hagamoslo, pues, asi, y renovémos la operacion; porque si es originado del polvo el efecto de tomar el agua

esta tintura; ahora que yá están limpias, aunque se laven de nuevo en la mar, no advertirémos mutacion alguna; pero si la causa está en las mismas yervas, se verá el mismo efecto que antes. El discurso de Roberto era muy puesto en razon, por lo que reiteramos el experimento con las yervas, que yá estaban totalmente limpias del polvo; y haviendo tomado el agua el mismo tinte, deducímos, que tenian la dicha virtud en sí; y como ésta me ha parecido maravillosísima, he querido introducir esta relacion en mis Memorias, para que no se pierda el conocimiento de la referida planta.

La otra maravilla, que me sorprehendió mucho, y que Roberto confesó, que destruía todos los systémas sobre la generacion de los insectos, acaeció acerca de un animal con muchos pies, que no conocido por Roberto, le havia trahido à la gruta, para examinar sus propriedades; le cogió junto à un arroyuelo, que corría culebreando no lexos de nuestra fuente. No puedo describir su figura, porque él pasaba facilisimamente de un estado à otro, yá aumentandose su extension à dos veces tan crecida, como su comun magnitud, yá reduciendose à un quasi indecible tamaño. Mientras estabamos admirando semejante particularidad en el insecto, tuvo Roberto la curiosidad de dividir uno, para vér, como estaba formado su cuerpo en lo interior, por lo qual le cortó transversalmente: No perderé tiempo en contar, como era la composicion de sus miembros, porque en esto no consiste la maravilla. Dexámos, por accidente, sobre una tabla, de que nos serviamos en semejantes

tes casos al dicho animalillo dividido en dos partes; pero, ¡qué pasmo! A la mañana siguiente el tal insecto no estaba muerto, antes se halló duplicado; la parte de la cola havia producido una cabeza con lo demás del cuerpo, que le faltaba; y la parte, à que havia quedado unida la cabeza, se havia perfeccionado en lo restante, quedando el animal entero. Creímos uno, y otro, que soñabamos este descubrimiento, por lo que bien se dexa conocer; renovariamos la experiencia, y la observacion. Roberto, que no era hombre, que se dexaba llevar de vanas apariencias, tomó tres de aquellos insectos; separó al uno transversalmente en quatro partes; à otro dividió por medio desde la cabeza hasta la cola, que dexó entera; y al tercero finalmente abrió por medio desde la cola hasta la cabeza, que dexó tambien entera. Cubrimos todos los pedazos para mayor seguridad, y esperamos al dia siguiente para vér lo que sucedia. Apenas nos levantámos de la cama, no dexámos de ir corriendo à registrar nuestros insectos, y hallámos, que el primero, que quedó separado en quatro partes transversalmente, se havia convertido en quatro insectos enteros, y asi, que de cada pedazo se havia formado uno. Aquel que quedó dividido à lo largo desde la cabeza à la cola, pero sin tocar à ésta, se havia transformado en un monstruo de dos cabezas, y dos cuerpos, que se unian en sola una cola. Finalmente al tercero, à quien haviamos abierto à lo largo desde la cola à la cabeza, dexandole ésta entera, vimos mudado en otro monstruo de dos cuerpos con una cabeza sola.

Roberto no sabía, qué pensar, estaba como fuera de sí, y le parecia, que era una ilusion lo que miraba. Ah! dixo, mi amado Enrique, este descubrimiento, en él que temo, que mis ojos me engañen, hace bien patente, lo débiles, que son los entendimientos humanos, y qué de ligero se creen los hombres, quando juzgan, que han encontrado el verdadero camino, por donde se dirige la naturaleza en sus producciones, esto es, lo que ellos llaman systéma, por el qual à veces combaten entre sí, con tanto tesón, que parece, que yà han penetrado los mas secretos arcános de la creacion. Para dar mayor valor à la verdad de este phenoméno, repetímos, de varias maneras los experimentos, pero siempre fueron uniformes los efectos, y siempre sucedió, que cada pedazo del animal reproducía lo restante, y dentro de pocas horas se encontraba en su perfeccion; aunque con esta diferencia, que las partes próximas à la cola se reintegraban con mayor promtitud, que las que estaban inmediatas à la cabeza, y asi proporcionalmente las demás.

Esta admirable novedad fuè despues motivo de lograr Yo un largo, y sério entretenimiento con algunos Monos sabios del País, haviendo tenido la curiosidad de visitar todas las Universidades de aquellas singulares Provincias, y de conocer todos los doctos que tienen los primeros puestos; como largamente referiré, quando tenga que hablar de las extravagantes opiniones, que reinan en aquel nuevo mundo. Pero puede ser, que quando tenga ocasion de hablar de ellos, acaso se me olviden aquellas explicaciones, que me dieron sobre este

asunto; por lo que, yá que se me presenta la ocasion de este prodigioso insecto, el lector me permitirá una corta digresion, en la qué diré, lo que acerca de este portento pensaban aquellos Monos Phísicos, y la razon, que daban de sus efectos.

Uno, pues, de ellos con aquel aire de seguridad, con que semejantes sugetos se hacen creer del vulgo, dixo; que no era otra la causa de la renovacion del sobredicho animal, que un *desarrollamiento*. Yo, que, por instruccion de mi Amigo, tenia algunos principios de las curiosidades phísicas, resolví, que era forzoso explicar este desenvolverse, haciendome conocer, cómo, y de qué artificio se valía para él la naturaleza; ademàs de que sería cosa dificultosisima explicar, como de la cabeza separada del cuerpo del animal se fuese desarrollando todo lo restante. Señores, añadí, no creo, que sea facil empresa determinar, en qué parte del insecto consiste el principio de la vida, porque del portentoso efecto, que de él resulta, parece, que en todas se encuentra. Luego que dixe estas palabras, se fue levantando con algun trabajo un Monazo viejo, y habló semejantes razones.

Ved aqui, ò sapientisimas lumbreras de la Philosophía, un sincéro, y desinteresado testimonio de un Mono del otro mundo, con el que se confirma mi doctrina, y de mis compañeros, y discípulos. Yo entonces me presumí oir una exacta explicacion, y que me decidiría el problema; por lo qual rogué à aquel Doctor, que me aclaràse el punto, que se controvertía. El Philósopho, despues de muchos preàmbulos del todo superfluos,

dixo,

dixo, que la naturaleza se encontraba toda en todas las partes del universo, y entera en el entero. Quiso darme à conocer, cómo se entendia esta opinion; pero confieso la verdad, que si la palabra *desarrollamiento* no me hacía comprehender cosa de nuevo, la explicacion de este último añadiá obscuridad à obscuridad.

Otro, que allí havia con un vestido ceniciento, me dixo, que era cosa sabida, que la corrupcion de uno causaba la generacion de otro, por lo que, no era maravilla, que de la parte cortada, y corrompida del insecto se produxese un perfecto animal. Refutaron todos los Doctores esta doctrina, diciendo, que no eran ya tolerables estas antiguallas, y que convenia dar razones physicas, y mecánicas. Despues de esta altercacion, uno de los reputados por sabios entre ellos dixo así:

Me parece, Señores, que todos en esta explicacion os llevais poco; y que vosotros, Señores Novadores, no haveis dado mas adelantamientos à la Philosophía, que mudar nombres, introduciendo otros algo mas inteligibles, pero que, en efecto, aun con vuestros tan ponderados descubrimientos, en substancia nada se ha rastreado de la realidad de las cosas. Mi parecer es, que el Philósopho debe descubrir, y admirar, contentandosé con proponer historialmente, quanto sabe producir la naturaleza, sin tener la demencia, de querer dar razon de todos sus efectos; demencia, que os ha hecho proferir todas las extravagancias, que han podido ridiculizaros delante de este forastero, que, à lo que entiendo, no es ignorante en estos principios. Mucho congenió conmigo esta respuesta,

que puso punto en boca à aquellos presuntuosos Doctores.

La continuacion en la lectura, que haviamos hecho Roberto, y Yo en el Señor de Montaña, único libro, que tuvimos en la prision, y alivio de aquellas desgracias, me havia despertado la atencion à las cosas naturales, y particularmente, à las que pertenecen à las acciones de las bestias. Sucedió un caso en la casería de nuestros Villanos pocos dias antes de nuestra partida, que à una atencion philosóphica puede dar motivo de especulacion; por lo que, antes de finalizar este capítulo, no quiero omitir la relacion de él, teniendo presente, que acaso no encontraré otro lugar en estas Memorias, en que poder introducirle.

Haviendo salido à caza un dia los hijos del dueño de aquella rústica habitacion, se dirigieron à un bosque, en donde encontraron la caverna de una cierva, que, haviendose alexado de aquel lugar por alguna necesidad de comer, ò beber, havia dexado alli sus pequeñuelos hijos, de los que uno era macho, y otro hembra. Los Mozos jóvenes agarraron à los cervatillos, y los traxeron à su casa. Estos crecieron juntos, apartados de los demás animales en un pequeño corral, separado de lo restante del terreno, mediante un recinto de juncos. Teníanse entre sí un recíproco amor los dos mellizos, tanto, que ni por un momento sabian estár separados. Sucedió, que la hembra se puso enferma de una hinchazon, que la sobrevino en la quixada derecha; el mal se agravó, y no teniendo ya mas resistencia, se murió. Esto fue ya cerca de la noche, y el ciervo no dió seña alguna de sen-

timiento, pero siempre se le advertía inmediato, como si estuviera ella durmiendo. Al otro dia despues de comer determinó el dueño de la casa desollar la cierva y para aprovechar à lo menos la piel, por lo que, dadas las ordenes convenientes à sus hijos, y ellos provistos de los instrumentos necesarios para esta obra, fueron al dicho corral. Nosotros, que alli viviamos sin forzosas ocupaciones, determinámos seguirlos, no tanto por observar, si los Monos hacian aquella operacion de la misma manera, que se executa entre nosotros, quanto por interrumpir, siquiera una hora, nuestro methodico modo de pasar el tiempo. Acompañámos à nuestros Monos, y entramos con ellos en el referido corral. El ciervo miraba à su hermana, pero no mostraba semblante de tristeza. Quando nos vió entrar dió un bramido, como pidiendonos favor, ò antes avisandonos, para que no interrumpiesemos el sueño de su compañera, que, segun lo que aparecia, el estaba en que dormia. Nuestros Villanos se llegaron à la muerta, y en brevisimo tiempo cumplieron el mandato de su padre. El ciervo estaba inmoble, mirando la operacion, pero, luego que vió desollada à su compañera, dió tres, ò quatro bramidos terribles, irguiendo el cuello, y pateando la tierra; despues se echó sobre la yerva, y lanzó algunos suspiros, baxó la cabeza, y de alli à poco tiempo espiró.

Quedamos Roberto, y Yo enternecidos con aquel accidente, del que sacamos muchos motivos de reflexionar. Si me huviera impuesto el cargo de Philosopho, y de expeculador, describiria con este motivo todas las observaciones, que mutuamen-

te nos comunicámos, pero, siendo forzoso volver à tomar el hilo, que se ha interrumpido, de nuestra Historia, dexo al lector el exámen de un hecho tan singular, y del que, aseguro en realidad, he sido testigo de vista.

CAPITULO XVI.

Describese el palacio del Señor Haya, y el tocador de Madama Espina.

DEscansámos, pues, con toda comodidad en el palacio del Señor Haya. La nueva cabecera tiene la propriedad de hacer despertar temprano, al que en ella duerme, por lo que me levanté, antes que otro alguno de la familia huviese dexado su quarto. Salí por el palacio para registrar la arquitectura, y examinar el adorno del jardin, y las flores, que en él se cultivaban. El palacio constaba de diversas partes, que las mas erán inútiles; havia abundancia de columnas, en donde el peso, que sostenían, no necesitaba de la decima parte de aquel apoyo. Aquellos puestos, que debian estár fabricados con un material fuerte, y pesado, estaban con el mas ligero; y por el contrario, en muchos lugares se miraba empleado aquel en lugar de éste; todo repugnante à lo que requería la fábrica. Finalmente el conjunto era extravagante, y se vía, que el artífice havia cuidado muy poco de la proporcion, y nada de la realidad, que es la esencia de todos los artes. La mayor hermosura del palacio consistía, en mil superfluos adornos, que

sirven de perfecto gusto à los ojos del vulgo; pero que son fastidiosos à los inteligentes.

Me acuerdo, que hice con Roberto, hablando de la Arquitectura de estos Monos, una comparacion de ella con nuestras novelas; porque asi como en éstas lo admirable destruye à lo verosimil, y verdadero, y tanto mas agradan à los ociosos, è ignorantes, que las leen, quanto mas llenas están de monstruosidades, y quimeras; semejantemente una tal Arquitectura toma su valor de lo falso, y extravagante, y se hace del agrado de los ignorantes Arquitectos à proporcion de los errores, que en ella se cometen. No se crea, que Yo quiera en esto aludir à nuestros Arquitectos, pero libreme Dios, de que ellos tomen el exemplo de nuestros Monos; pues en el regreso, que he hecho à Europa, he visto ya un principio de este falso gusto, que me alegrára mucho, que del todo se destruyera, antes que echáse mas hondas raíces. Algunos encontré tambien de nuestros Monos, que lo desaprobaban, y entre todos un cierto Philósopho, que podia compararse en su tenor de vida à los Griegos Cínicos, el que para quitar de los artes, y especialmente de la Arquitectura este indigno abuso, quería reducir esta parte de la Mathemática à una simplicidad magestuosa, y primordial. El gritaba por todos los ángulos de la Ciudad, que en donde no se encuentra lo verdadero en la Arquitectura, no era admisible ornato alguno; y que, teniendo la materia su específica qualidad, convenía atenerse escrupulosamente à su índole, para no separarse de lo verdadero. El Cínico explicaba su doctrina con un enthusiasmo, que se aproximaba mucho à furor;

y aunque fuesen sus discursos geométricos, y puestos en razon, con todo, la novedad del sugeto que los profería, la sumision, que se tiene à las obras de los antiguos; y, finalmente, el enfático modo, con que daba à entender su pensamiento, le hacian caracterizar por un solemnísimo majadero. Tuve muchas ocasiones de conferir con él, y no encontré, que reprobar otra cosa en su systéma, que la eficacia, mas que poética, con que le explicaba. Era una comedia vér, como el Cínico constante en las oposiciones de los inteligentes, firme contra las persecuciones de los Maestros del arte, y paciente, con los que le escuchaban gustosos, todos los dias hacía algun progreso. Obtuvo, al fin, algunas ventajas; porque hechos ya los oìdos de el público à una doctrina, que à primera vista parecia enemiga de un arte tan noble, y quasi rea de estado, por querer destruir en la opinion de los Ciudadanos la reputacion de las fábricas mas sumtuosas, y acreditadas, le fue preciso hacerse cabeza de secta, y alistar baxo sus vanderas à muchos sugetos eminentes en grado, y con fama de sabios.

Tal era, pues, la estructura del palacio del Señor Haya. El jardin no era del mejor gusto. En estos se debe imitar con arte à la naturaleza; pero de tal conformidad, que aquel quede oculto, y parezca produccion natural, lo que es efecto de un delicado artificio. En el jardin, de que vamos hablando, todo era al contrario, porque no se advertía la naturaleza fomentada, y ayudada, sino forzada, y ceñida para aquellos efectos, que son del todo contrarios à su instituto. Registrabase, por exemplo, un arbol cortado en figura de una Mo-

na,

na, una cifra compuesta de pequeños boxes, à los que impedían, que creciesen, para que conservasen aquella extraordinaria figura, y finalmente, todas las cosas estaban dispuestas, y obligadas à seguir unas sendas opuestas, à lo que las suele destinar la naturaleza. Havia mucho número de flores, pero colocadas con tal orden, y violenta proporcion, que el artificio, que en ellas afectadisimamente se echaba de vér, quitaba todo aquel gusto, que suelen experimentar los ojos, acostumbrados à mirar las cosas en su disposicion natural; y que se halla, quando se fixa la vista en un prado esmaltado de flores en tiempo de primavera; espectáculo tanto mas hermoso, quanto tiene de menos artificio. El tener encerrados los peces dentro de los límites de un largo estanque es antiquisima costumbre de los pueblos mas dados al luxo. Próximo al jardin hallé uno de estos recintos de agua, en el que se mantenian muchos peces, que cada uno, segun el cómputo, que me hizo uno de los Jardineros, costaba à su dueño doble precio, del que le costaría, si tuviese, que comprarle. El Señor Haya conocia esta verdad; pero la mal entendida idéa de cierta forzosa grandeza le mantenía en la continuacion de este abuso, y le hacía, que soportáse voluntariamente la sinrazon de gastos duplicados.

Ya à este tiempo por la puerta principal del palacio salia Roberto, acompañado de los tres hijos del Señor Haya, discurriendo con ellos acerca de las costumbres de Europa. Estos, hablando en verdad, tenian crianza; pero, segun notè, el mayor cuidado de su educacion consistia en el adorno

de una exterior cultura: Hacían las cortesías con mucho garbo; mesuraban las palabras, y en sus rostros siempre aparecía una risa atractiva; sabían los nombres de las mejores Damas del País; tenían prontas las especies de las conexiones, y genealogías de las principales familias; hablaban de guerras, contaban mil galanterías en materias amorosas; jugaban muy bien, quando se ofrecía alguna partida; danzaban perfectamente; y en un cierto instrumento, parecido à nuestros violines, tocaban de memoria dos, ò tres bailecillos. Con tan bellos dotes no podian menos de parecer muy bien à los ojos de las Damas, y en efecto eran bien recibidos en todas las concurrencias. Pero por otro término, quando se trataban discursos sólidos, pocas veces les oí proferir un juicio de peso, pues, por lo regular, fundaban sus opiniones en las comunes preocupaciones del País, ò en la autoridad de aquellos, que pasaban por iluminados, ò doctos.

No obstante, que fuese cosa maravillosa encontrar tantas qualidades, aunque exteriores, en una sola familia; Yo tuve el atrevimiento de decir un dia al Señor Haya, me admiraba, que siendo él un sugeto de tanta cordura, y buen gusto, no huviese dirigido à sus hijos por la carrera de ocupaciones mas dignas de criaturas racionales. Verdad es, me respondió, ò Amigo, eso que me deciis; pero si huviese querido educar à mis hijos segun vuestras máximas, me huviera atrahido el menosprecio de todo el mundo, que me notaría de persona extravagante, y enemigo de la bella sociedad. Además de que, si estuvieran excluidos del

co-

comercio de lo que se llama mundo civil, tampoco pudieran esperar adelantamiento alguno en la Corte. El mundo, añadió Roberto, es de esta condicion: hace poco aprecio de lo fundamental, y solido, dexandose únicamente llevar de lo superficial, y aparente; por eso el Señor Haya pensó bien, quando conduxo à sus hijos por el camino de la fortuna; el exemplo de su padre, y el uso de la vida podrán hacerlos Philósophos, quando la naturaleza los prepare para este efecto; y si no tuviesen las disposiciones, que se requieren, de nada sirve todo el estudio, toda la instruccion, y todas las máximas.

Al tiempo que estábamos de conversacion con los Monos jóvenes, llegó el Señor Haya à cumplimentarnos, preguntando, si haviamos pasado bien la noche. Despues de nuestra respuesta, y de otras semejantes formalidades, introducidas para martyrio de los espíritus sensatos, pero que son el asunto ordinario de los discursos de los necios, nos brindó el dicho Señor, à que entrásemos en el quarto de Madama, que ya se havia levantado. Ni su vista, ni su compañía tenian, à la verdad, atractivos para que dexasemos la agradable conversacion de sus hijos; no obstante, la política nos obligó à admitir aquel convite, que para las personas del *gran Mundo* huviera sido apreciado como muy honroso, y apetecible. Luego, que llegámos à la habitacion de Madama Espina, nos salió al encuentro con un rostro muy risueño, y con expresiones del mayor agrado; de forma, que no parecía la misma, que la noche antes havia hecho tan poco caso de nosotros. En vez de los acostumbrados

 ador-

adornos, se nos presentó de aquel modo, que se ponen nuestras Damas, quando se sientan al tocador. Quedé pasmado, viendo su mutacion; y el Señor Haya, que estaba leyendome el pensamiento, me sacó de la duda, diciendo à Madama Espina: Ved aqui, Señora, aquellos dos portentosos personages, que, no obstante tener tal poder con sus rayos, han tolerado con paciencia tanto tiempo una esclavitud, de que no quisieron librarse, hasta que se les vino la ocasion à las manos de preservar la vida à aquel, que los estaba oprimiendo. Con estas palabras conocí la causa de tan maravilloso efecto: El temor de no experimentar nuestra ira en su familia; y sobre todo la vanagloria de tener por huéspedes dos sugetos tan singulares, dieron motivo, à que asi cambiase de semblante. El Señor Haya, despues de havernos presentado à su esposa, se separó de nosotros, para entender en sus negocios. Madama, luego que quedamos solos, nos llevó à su gabinete, en donde la aguardaban muchas doncellas para disponer el acostumbrado adorno de la cabeza. Una de ellas estaba en pie enfrente de su ama, y era el juez que profería la inapelable sentencia sobre las acciones de las demás; porque como no conocian en aquellos pueblos el uso de los espejos, era forzoso, que huviese delante alguna criada, docta en la materia, que supliese esta falta. Havia puestos sobre una pequeña mesa mil instrumentos de la vanidad, que cada qual tenia su particular oficio.

Llegaron temblando las doncellas à la cabeza de su ama para dar principio à aquella grande obra, y pusieron en ella las manos con tal seriedad, de-

li-

licadeza, y estudio, que no gasta tanto ciertamente un Abogado, quando examina las razones, que deben decidir la justicia de su parte. Un solo cabello, que no obedeciese al peine, era el mas grave delito para aquella infelíz criada, que no sabía acomodarle; este era el caso, en que la observadora insinuaba el yerro à su ama, y ésta, montando en cólera, amenazaba à la delinqüente con los mas crueles tratamientos; corrian inmediatamente à darla favor, como amigas, las manos de las compañeras, y à fuerza de la manteca, y de los demás instrumentos estaban trabajando, hasta enmendar aquel desórden, y someter à la debida obediencia à aquel rebelde pelo. El repartimiento del cabello, el orden de los bucles, y la qualidad de los polvos éra materia de una eterna, y bien pensada consulta: Finalmente se terminó toda esta célebre operacion, y Madama Espina se levantó del tocador mucho mas horrible, que estaba antes de peinarse. Llamó à su hija, para que se pusiera tambien en el potro del luxo. Yo la supliqué me diese su licencia, ofreciendo volver inmediatamente. Fui à mi quarto, tomé el espejo, y corriendo, me presenté otra vez à Madama Espina, para sorprehenderla con una maravilla, que probablemente jamás havria visto. Púsela delante el espejo, y estuvo inmoble, mirando su propria figura; despues me dixo asi: No puede negarse, ò forastero, que no es natural esta pintura; ¿Pero quién es la hembra tan horrorosa, cuyo retrato estoi viendo? Llegóse la hija para vér ella tambien aquel tenido por retrato; pero luego, que se aproximó à su madre, y que ésta vió ponerse junto

to à la primera la figura de su hija, se sorprehendió en extremo, y presumiendo al punto lo que aquello podría ser, no se atrevió à hablar mas palabra, faltando poco, para que se la cayese el espejo al suelo. ¡Oh, espejo portentoso, dixo entonces Roberto en nuestro idioma natural; tú solo has podido sacar una confesion tan sincéra de la mas vana de las hembras! Publicóse despues con sentimiento mio el chasco por una de las criadas de la casa, que fué despedida de allí à poco; ésta del mismo modo que sucede con las nuestras, apenas salió de servir à Madama Espina, contaba por extenso los defectos de su ama, y entre otras cosas esta aventura; mediante lo qual, se divulgó por todo el Pueblo.

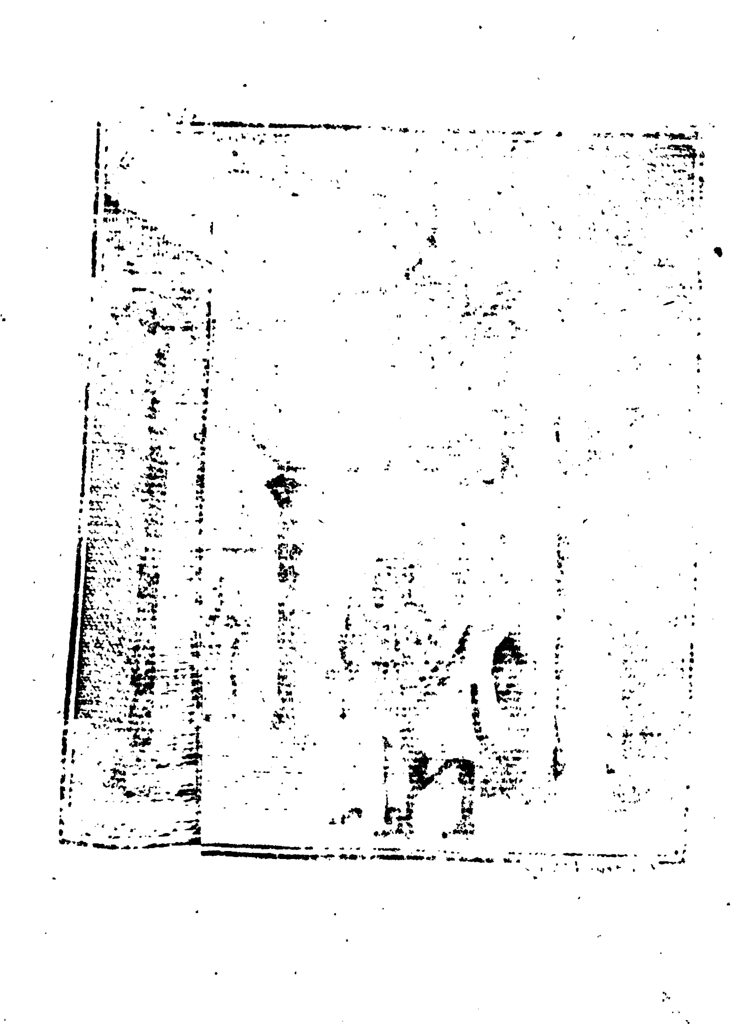
CAPITULO XVII.

De las instrucciones, que daba Madama Espina à su hija.

A Exemplo de la madre, no fue menos delicado el peinado de la hija; desazonó repetidas veces à las doncellas, y se acabó la obra sin quedar ella contenta. Yo, decia, quando me cáse, no he de tener la paciencia de mi madre, y quien quiera comer mi pan, ha de servir mucho mejor, que vosotras. Harás muy bien, hija mia, respondió la madre, porque es necesario hacerse respetar de esta canalla, que no piensan en otra cosa, que en asesinar à sus amos. Nosotras, añadió, que descendemos de tiempo inmemorial de una sangre, que trahe su origen de las venas de antiguos Heroes,

es-


Tom. I.
Cap. XVII.
Patino, sculp.



estando por lo regular envilecidas, humillandonos à éstas, que despues de lograr la conveniencia, de que se las tolere, tienen el atrevimiento de no guardarnos toda aquella sumision, que nos es debida. Otras mil extravagancias dixeron estas dos necias en presencia de sus criadas, que de miedo no se atrevían à alzar los ojos; pero es regular, que en su interior estuviesen llenando de maldiciones à su ama. Despues, mandó Madama Espina à su hija, que fuese à vestirse con toda decencia para recibir las visitas, que fueran llegando. Ella obedeció, y nos dexó con la madre; que tuvo la curiosidad, de que la contásemos los sucesos de Madama Níspero, y Madama Zanahoria, y rió à vanderas desplegadas con las sobredichas aventuras: Mostró particular gusto en saber, que havian sido burladas, y dixo mucho mal de ellas. Entretanto llegó la hija.

Entró la Señorita à presencia de su madre con todos los adornos, que la moda havia introducido en aquel extraordinario País, y que, haviendose inventado para procurar hacer mas bien parecidas à las Señoras, producian acaso todo el contrario efecto. Si quisiera hacerme cargo de describir todas las vagatelas, que el uso ha propuesto como respetables, y que el luxo ha hecho seguir como cosas necesarias, consumiria mucho tiempo, y gastaría mucho papel en escribirlas. Imagínese mi lector un conjunto de extravagancias, y todas estas figuras colocadas en un sugeto por sí mismo ridículo; pues ni aun con esto, podrá formar una justa idéa del agregado de galas, que llevaba esta Señora. Parecerá hypérbole asegurar, que tenia ésta sobre sí tanta porcion de telas, quanta sería

su-

suficiente, para que se vistiesen otras doce Monas; ò que el dinero empleado en adornar esta horrorosisima figura sería capàz de alimentar una familia entera por espacio de un año. Pero la mas grande extravagancia consistía, en que la mayor parte de las telas estaba empleada en aquellos parajes, en donde parece, que la naturaleza menos lo necesita, porque de la cintura abaxo la adornaban la mitad mas, que en lo restante del cuerpo. La principal hermosura en aquel País consiste en el buen color del rostro, y del cabello; pero no obstante, que estos dotes de naturaleza son deseados con toda eficacia por aquellas Monas, que solicitan parecer bien, han sabido hallar el arte de hacer maravillosos los defectos; en cuya conseqüencia, reparten sobre sus rostros ciertas manchas negras, que à ser naturales, fueran para ellas el asunto de mayor desazon, y à toda costa procurarían ocultarlas; esparcen tambien sobre sus cabezas ciertos polvos blancos muy menudos, con los que, encubriendose lo negro del cabello, que es indicio de los verdores de la mocedad, hacen, que parezca encanecido aun el de la mas joven. Asi, contrarias en sus mismos deseos, buscan en la deformidad los aumentos de su buen parecer, y como haciendo burla de los defectos, à que se han de vér sujetas algun dia, si logran la fortuna, de que se prolonguen sus años hasta la edad mas abanzada, quieren las haga mucha gracia aquello, que, quando lo tuvieran por medio de un efecto natural, lo considerarían como una infelicidad muy grave. Vease, de qué manera en aquel desatinado País se turba, solo por capricho, el orden de las

co-

cosas, y se burla lo verdadero con lo aparente.

Luego que llegó Madamita, creyó la madre, que atraheria à sí nuestra estimacion, dandola una séria leccion de las obligaciones, con que debia cumplir una Mona como ella; y poco mas ò menos la dixo de esta forma: Quando llegues, hija mia, à ser visible en el mundo por medio del vínculo del matrimonio, haz cuenta, que para tí enteramente se mudó la escena, pues empiezas à hacer el papel de un personage muy diferente, del que hasta aqui has representado. En esta novedad, y en la incertidumbre de tus acciones no hallarás otra guia, ni refugio, que la memoria de las instrucciones, que te haya comunicado tu madre. Al primer paso encontrarás mil jóvenes ilustres, que te harán declaracion de lo que te estiman, que en el lenguage de la nobleza significa, amar; se dedicarán à servirte, y el tiempo te demonstrará el sentido, que tienen estos servicios. La moda te obligará à hacer eleccion de alguno de estos servidores; pero, cuidado en este caso de no dexarte llevar precisamente de tus inclinaciones; pues si asi lo executáras, te vieras perdída para siempre, y de tí se diría en la Ciudad, lo que se habla de otras muchas locas, con lo que llegarian à saberse otros tantos accidentes, quantos despues darían materia à los discursos de las conversaciones públicas. No permita el cielo, que Yo tenga la desgracia de ser madre de una Dama imprudente; por lo que, en el manejo de estas cosas no ha de mirarse la accion, sino el modo de executarla. Te convendrá, pues, elegir, ò al mas rico, ò al mas noble, ò al mas poderoso de los preten-

tendientes, y con esto te grangearás un respetable lugar entre tus iguales, y servirá, de que todo el mundo te rinda sus obsequios. Ten entendido asimismo, que en aceptando à qualquiera, no pienses en entregarle tu corazon, porque asi te verías perdída, y sin remedio; éste viva solo contigo, porque quando te parezca puedas tomar otro mejor partido, si te lo depara la suerte. Vé aqui el primer punto de mis advertencias.

En tu casa te deberás recoger unicamente à las horas de comer, y dormir, porque una Dama de rumbo no ha de tener hora, en que pueda parar en su propria casa. La visita, el paséo, los juegos, los teatros, las tertúlias son ocupaciones, que necesitan demasiado tiempo, para que sobre alguno, en que nos avillanémos en compañía de nuestras criadas. Marchítense enhorabuena entre las paredes domésticas aquellas, à quienes cupo la infelíz suerte de un espíritu abatido, y melancólico, ò sino, las que por su edad se miran precisadas, à mas no puder, à retirarse por no verse afrentadas, y burladas universalmente en los concursos mas lucídos.

Una Señora debe jugar, por lo que, hija mia, mira con seriedád este punto, que es acaso el mas ésencial de nuestró modo de vivir. ¿Y, à la verdad, cómo podrian durar las tertúlias, si quando se vá acabando la conversacion por falta de materia, en que discurrir, no ocurriese la especie de ponerse à jugar, único remedio à un mal tan excesivo? Tú, pues, pon cuidado para salir maestra en el juego, pues es asunto tan indispensable à una Dama; la prueba de esta verdad la encontrarás en Madama Nuez; ella está instruida en todos los

conocimientos de estas Provincias; tiene su trato con gente literata, y se informa de todos los artes; pero como no tiene gusto en el juego, ni habilidad para aprenderle, no vá à las concurrencias, y está mal vista en todas las conversaciones públicas: Por el contrario, su hermana no abre la boca, sino para una necedad, si hemos de dár credito à los rígidos censóres de las Damas; pero con todo eso, como sabe manejar muy bien los naipes, es generalmente seguido de todas su exemplo: Ella desfruta todos los placeres de la vida civil, mientras Madama Nuez con su virtud afectada pasa las noches enteras metida entre quatro paredes, rodeada de sus hijos (¡qué bella compañía!) y ocupada en leer algunas antiguallas.

Proseguia dando la madre sus instrucciones, hasta que conoció en el semblante, que no las aprobaba Roberto, y vuelta hácia él, le dixo: ¿Y bien, Señor, no viven acaso del mismo modo en vuestro País las Señoras de altas circunstancias? Es cierto, respondió Roberto, que muchas de las nuestras siguen ese método de vida, que haveis insinuado, como el mas plausible, à vuestra dignisima hija; pero, perdonad mi sinceridad, estas tales no son las mas alabadas. ¡Ah! ya os entiendo, Señor Roberto; vos sois uno de aquellos espíritus melancólicos, que caracterizan de malo, todo lo que no se hace, segun lo que les agrada; pero à pesar de los rígidos sentimientos, que vos, y vuestros semejantes sosteneis, queriendo desterrar del mundo la buena vida; las que estamos dotadas de un ingenio sobresaliente, hemos sabido quedar superiores à vuestras injustas censuras. Roberto tomó

à buen partido el callar; y Madama, que por ventura quería dar muestras de su buena crianza con las dichas máximas, y advirtió, que las desaprobabamos, no quiso proseguir en sus documentos. Es verdad, que las palabras de Roberto nos privaron del gusto de informarnos de la educacion, con que se crian los nobles de el País; pero esta pérdida no fue mas, que por entonces, atento, à que en mil ocasiones hemos experimentado lo restante de tan detestable doctrina.

CÀPITULO XVIII.

De la aventura con el Doctor Cilantro.

NO es mi intento abusar de la espera, y tolerancia de mis lectores en la descripcion de las menudencias, que nos sucedieron en esta casa, instandome la Historia, para que quanto antes vaya describiendo los usos de la Ciudad, en donde, como en un espacioso teatro, se miran con mayor realce las extravagancias. Sí diré solamente, que en este palacio encontré en el Señor Haya, y sus hijos unas luces regulares, cultivadas al estílo de la gente ilustre, esto es, con unos superficiales conocimientos, y en las hembras no con otra cosa, que con la depravacion del gusto, y una contínua falsedad en los juicios. Paso, pues, à contar el motivo de nuestro viage à la Ciudad, adonde no estaba hecha la intencion, de que volviera aquella familia tan presto, si un accidente improviso no huviese obligado al Señor Haya à acelerar su regreso.

Fue

Fue el caso, que Jacinto, el mayor de los hijos, cayó malo con una calentura, que el afecto del padre, y la delicadeza del sugeto hicieron aparecer como peligrosa. De nada sirvieron las protestas de Roberto, que aseguraba à los padres del enfermo, que el mal era de poca conseqüencia; ni quisieron aceptar la oferta, que les hizo de curarle en pocos dias. No dieron crédito à su habilidad, en lo que Yo tuve un interior placer, conociendo bien, qué peligrosa podia ser à nuestra fortuna esta experiencia. Es muy comun juzgar las cosas por el éxito de ellas, por lo que, asi como puede darse, que la suerte haga, que salgan felices las operaciones de un Médico ignorante, como es, lo que mas freqüentemente sucede, asi tambien la misma fortuna, por lo general enemiga del verdadero mérito, podrá hacer comparecer como matadora aquella mano, que obra docta, amorosa, y prudentemente. Resolvieron enviar à la Ciudad en busca de uno de los mas acreditados Médicos, no haviendo querido conceder la madre, que se oyese la opinion de cierto Médico del Lugar, al que (aunque solia servirse de él en caso de necesidad para los criados, quando alguno se ponia malo) no queria, que se llamáse para las ocurrencias de las personas principales de su casa. El viage desde la Ciudad à la Aldéa, en que nos hallabamos, no era mas que de tres horas, por lo qual en aquel mismo dia llegó el Médico, que fue abrazado de toda la familia, como un Angel venido del Cielo.

Yo estaba en la alcoba del enfermo al lado de su cama à la hora, que llegó el Hypócrates de las Monas. Luego que me vió, prorrumpió en un hor-

rible chillido, cayendo espantado en tierra, por no haver tenido la precaucion de advertir à su Señoría sapientisima los raros huespedes, que se alvergaban en aquella casa. Reíase el enfermo à carcajadas, y todos hacian lo mismo, sino el Señor Haya, que deseoso con ansia de la salud de su hijo, temía, que acaso el accidente sucedido al docto personage pudiese retardar la cura. Las doncellas corrieron por espíritus para hacer volver en sí al pobre Médico; los criados le levantaron del suelo, y cada qual empleó quanto estaba de su parte para el alivio del venerable Monázo. Finalmente à fuerza de confortativos le hicieron recobrarse; y luego empezaron à contarle, como haviamos arribado de lexísimas tierras, y le dixeron mil alabanzas en favor nuestro. Avergonzóse el Doctor de su debilidad, y para dar à entender su instruccion, dixo, que sabía muy bien, que havia Países, en que vivian otras Monas de diverso aspecto, y que su caida no fue por haverse asustado, sino por un repentino desvanecimiento. El queria encubrir asi su flaqueza; pero bien conocieron todos, que era aquella una excusa, pues aquel grito dió señales manifiestas de su temor.

Nos saludó despues atentamente, y llegandose à la cama de Jacinto, le preguntó, cómo havia pasado la noche, è informado, de que havia dormido razonablemente, quiso saber, si el cuerpo estaba obediente à sus regulares operaciones, y se le respondió, que caminaba bien el enfermo en este asunto. Agarróle el brazo, tomóle el pulso, y despues de haver estado pensando con una seriedad magestuosa, decidió, que el mal necesitaba algun cuida-

do.

do. El Señor Haya, y sus hermanos solicitaron saber las causas, y qualidades de la enfermedad, à lo que correspondió el Médico, exponiendo su doctrina con un largo discurso, aplaudido de toda la familia. No pude entenderle una palabra, por que se sirvió de unos términos, que Yo jamás havia oído. Volvíme al Señor Haya, rogandole, se dignáse explicarme alguna cosa, pero él me respondió sinceramente, que tampoco lo havia comprehendido. Yo estaba pasmado de las admiraciones, que havian hecho, de lo que no entendian, y tuve, en fin, el atrevimiento de preguntar al Doctor acerca del significado de aquellos terminotes; pero éste, que era un astuto embustero, solo me dió por respuesta una sonrisa compasiva, con la que quiso dar à entender, à los que alli estaban, que despreciaba mi temeraria pregunta, como proferida por una persona ignorante, è incapáz de los arcános de la Medicina. Llegado el caso de haver de mandar los medicamentos, pidió recado de escribir, y puso con unos caractéres diabólicos ciertas palabras bárbaras, y en abreviatura, que no pudo leer persona alguna de la casa. Preguntaronle, qué era, lo que recetaba, y respondió, como lo que ordenaba era un purgante.

Roberto no pudo detener la risa, con la que se irritó el Médico en sumo grado. ¿Qué motivo teneis, dixo éste, para reíros, y hacer burla de mi ciencia? Yo, respondió, Señor Doctor, no pretendo ofenderos, pero no puedo dexar de reirme, quando oígo, que à un enfermo, cuyas operaciones caminan metódicamente, mandais tomar una purga, que forzosamente debe causar en su cuerpo una conmocion, que quanto menos se conoce ne-

ce-

cesaria, puede ser tanto mas nociva. Puso tan dificultoso el semblante el Médico, que daba miedo. Comenzó luego à explicar desde los principios la Medicina, y con un discurso larguísimo, y fuera de propósito resolvió finalmente, que no havia en su arte otro remedio seguro, sino el purgante.

Yo os concederé, replicó Roberto, que éste surta el efecto, para que le aplicais, que es para que se evacue el cuerpo; pero creía Yo, que se tratáse en este caso, de averiguar, si tenia necesidad el enfermo de esta evacuacion: Esto no havrá de conocerse, sino determinando, qual sea la ocasion de su mal, y entonces combinandola con el ordinario temperamento del paciente, hacer juicio de si à uno, y otro podrá ser provechoso el medicamento, que se propone: Porque Yo permito, por exemplo, que tal simple, y tal droga tenga una qualidad intrínseca ardiente, ò refrigerante, y que sabiamente se apliquen en el caso, que el doliente se halle con enfermedad, que requiera por sí semejantes remedios; pero en verdad, Señor mio, que si à un enfermo de complexion fogosa mandais tomar un medicamento cálido, le haréis el beneficio, de que jamás vuelva à sentir otro mal: Asi, pues, no se ha de tratar unicamente de saber la virtud de una yerva, de una droga, ò cosa semejante; no se ha de conocer solamente la enfermedad, del que en su urgencia os pide socorro; sino que es necesario al mismo tiempo, que comprehendais la actividad del remedio, hecha comparacion con la necesidad, que tiene de él el doliente, y que sepais aplicarle à proporcion, segun los grados del mal. Yo en realidad no niego la eficacia de los remedios; tampoco creo im-

imposible, aunque sí dificultosísimo, el verdadero conocimiento de las causas, que alteran la salud de los vivientes; pero aseguro, que el punto mas árduo es saber aplicar aquellos à estos con oportunidad, para que produzcan el efecto, que se solicíta.

Ahora vengamos al caso presente. ¿Por qué causa quereis hacer evacuar à un cuerpo, que no se siente cargado? ¿Por qué le proponeis un medicamento, que forzosamente ha de producir una alteracion, que no sabeis, en que vendrá à parar? Yo dixera, que en esta especie de mal se debería mas bien coadyuvar à la naturaleza, que irritarla. No sabemos aqui, qué origen será el de la calentura, de que vamos hablando; por lo qual siempre será peligrosa la experiencia de buscarle, donde acaso no está, y con remedios fuera de propósito agravar una enfermedad, de la que, dexando solo obrar à la naturaleza, brevemente se verá libre nuestro joven, segun de todas las apariencias se colige. Mas todo lo referido juzguese lo he dicho unicamente movido de puro zelo por el calenturiento, y para mi mayor inteligencia.

El Médico estaba muy sofocado, y creo, que esto proviniese, de que se vía concluido; y quería, no obstante, responder à las razones de Roberto; pero à este tiempo nos llamaron à comer. El lugar preeminente cedieron todos à la sabiduría, y Yo logré el honor de colocarme inmediato à este oráculo de la Medicina. El Doctor observaba un gran silencio, y tenia un aspecto tan sério, y melancólico, que parecía, estaba abstrahido en profundísimas contemplaciones. Madama Espina le pregun-

guntó acerca de la qualidad de todos los manjares, y él respondió alabando la dieta, y los alimentos simples, fundando su razon, en que las comidas alteradas con las diversas qualidades de sus composiciones, no podian menos de ser nocivas à nuestros cuerpos. No huvo, quien no aprobase su doctrina. Yo, para aprender con mayor fundamento la verdad de su opinion, determiné seguir su exemplo, imaginandome, que quien tanto la ensalzaba para los otros, la practicaría con mayor puntualidad consigo mismo; pero conocí prontamente, que no bastaba mi estómago para poder imitarle; porque fue tan voráz en el tragar, y particularmente de las viandas alteradas, que si me huviese empeñado en seguirle, sin duda huviera rebentado.

Acabóse la comida; y de sobremesa se entabló la conversacion de algunos discursos phísicos. Nosotros contamos muchas maravillas de nuestro País; pero Roberto, deseando divertir con mas particularidad à los oyentes, los informó de su singular descubrimiento acerca del insecto de muchos pies, de que ya queda hecha mencion. Luego, que oyó el Médico, que de cada parte del animalejo, que se dividió en diversos trozos, despues de pocas horas se completaba un todo perfecto, se le propuso, que se le havia venido la ocasion à las manos para tomar venganza de Roberto, por haverle concluido con motivo de la purga; en virtud de lo qual con mil bufonadas se puso à reir de la relacion de este suceso. Yo le dixe, que no me parecia muy buena crianza desmentir con befa un hecho en presencia de dos, que eran testigos de vista de él. Vo-

so-

sotros estabais durmiendo, me respondió, y soñasteis eso, porque ello es un imposible. ¿Y por qué es imposible? añadí Yo. Porque, replicó él, jamás se ha visto, ni oído cosa semejante. ¿Con quién pensais, que estais hablando? añadí Yo entonces, no pudiendo sufrir mas; no somos nosotros tan necios, como os parece; ni menos, ciegos sequaces de vuestras decisiones, como estais generalmente acostumbrado à encontrar. Vuestras palabras, segun veo, pretenden hacernos creer, que todo lo sabeis, y que no executa la naturaleza cosa alguna, de que no tengais noticia. ¿Con que no puede ser una cosa, solo porque vos no lo entendeis? ¿Qué, teneis vos comprehendidos todos los secretos, y modos, de que se vale la naturaleza para la generacion de los vivientes? Segun lo que hablais, à lo menos lo pretendeis; pero entre el intentar, y el conseguir hai tanta diferencia, como entre el cuerpo, y la sombra. Yo os haré un argumento tan cierto como concluyente. El phenómeno del insecto es cierto; porque está experimentado, y porque puede repetirse esta experiencia, quando se quiera; vos no lo entendeis; luego confesais vuestra ignorancia; vos por no entenderlo lo negais; luego vos mismo os caracterizais de un ignorante sobervio; y ultimamente vos os mofais de él, luego à vuestra ignorancia, y sobervia se deberá añadir vuestra desvergüenza.

El Médico se resintió mucho con mis palabras; y poco faltó, para que perdiese el respeto al lugar, en que se hallaba; pero el Señor Haya, que hasta este punto havia estado callando, dixo de esta suerte. No soy Yo de los mas fáciles à dar asenso à

 unos

unos efectos tan portentosos, no viendolos por mí mismo; pero con todo eso, nunca llegaría mi atrevimiento à hacer burla, de lo que me contasen, por maravilloso, que fuera, oyendolo en boca de dos personas, cuya sinceridad no tuviese por sospechosa. Tenedlo, pues, por cierto, Señor Doctor; y si el afirmarlo Yo juntamente con estos dos forasteros no puede inducir vuestro ánimo à persuadiros à la verdad, de lo que se há referido, usad à lo menos de mas prudencia para no oponeros, y dad à estos Señores una idéa mejor de nuestros sabios. El Señor Cilantro (que este era puntualmente su nombre) tuvo, que poner fin à la disputa, y que sufrir la mortificacion duplicada de vér confundida su sobervia con la deposicion de un testigo tan honorifico para nosotros; y de oír la justa reprehension, que merecía su atrevimiento, y falta de política. No obstante, este triunfo nos costó caro en muchas ocasiones, porque aunados los Médicos, nos declaráron una contínua guerra, y nos dió motivo à sufrir muchas calumnias.

He hecho la observacion, de que no hai peor enemigo en el mundo, que el que se adquiere qualquiera con ocasion de desprecio en materia de entendimiento; y asi los Literatos, ò concluidos, ò escarnecidos jamás la perdonan. Hablo de aquellos Literatos, que solo adornados de palabras, y acostumbrados à disputar con obstinacion, están al mismo tiempo absolutamente vacíos de aquellos conocimientos, que deberían ser su verdadero adorno. Los verdaderos Philósophos caminan esentos de semejantes preocupaciones, y contentos con ir bus-

can-

cando la verdad, no tienen la descabellada pretension de creer haverla ya encontrado totalmente. A las injurias de los Médicos no respondiamos con injurias, sino solo con la risa; y con aquel noble menosprecio, que es proprio de un juicio recto, nunca haciamos caso de sus acometimientos. Pero con todo eso, ésta nuestra médica persecucion causó notables daños à sus profesores en aquel País, pues con sola una máxima, que esparcímos, y con muchos exemplos, y declaraciones insinuamos en los corazones de aquellos patriotas, la falsa Medicina perdió mucho de aquel lustre, y crédito, de que havia estado en posesion por tiempo inmemorial. La máxima fue: Que mejor era pelear con un enemigo, que con dos: Luego, viniendo à su aplicacion, mostrabamos, que el Médico, por lo regular, es un enemigo mas dañoso, que el mismo mal, porque, ò por impericia en él, ò por un involuntario engaño, impide con sus medicamentos la cura de un accidente, del que la misma naturaleza en poco tiempo nos libraría. Luego que fue bien comprehendida esta máxima en el mundo mono, muchos fueron, los que desterráron de su casa à los Médicos, y puedo asegurar, que en aquellas familias, entre las que se tomó esta providencia, se gozaba perfectisima salud; lo que no sucedía en aquellas, que aun continuaban en enriquecer à los Médicos, y Boticarios. Digna de alabanza debe juzgarse la satisfaccion, que de ellos tomamos; pues descubriendo sus imposturas, restituímos la salud à este País, que es el bien mas principal è interesante.

El Doctor Cilantro, temeroso, de que no le

tratasemos peor, pidió su licencia para volverse à la Ciudad, acaso suponiendo su indefectible asistencia para algun enfermo, con la mira, si le detenian por fuerza, de poder dar mayor aumento à su crédito, y acrecentamiento à su bolsa. Pero el Señor Haya, que le consideraba ya superfluo para su hijo, y que ponia su entera confianza en Roberto, que le havia ofrecido ponerle bueno, le concedió friamente la licencia, que le pedia para marchar. Fuése, pues, aquel científico personage, que pudo computar desde aquel dia la época de la decadencia de una estimacion, que ciertamente no merecia. Ved aqui, por donde nos hicímos Médicos. Roberto mandó suspender el purgante, que el excélentisimo Cilantro havia dispuesto; y en su lugar substituyó solo caldo, y agua. No nos apartámos de la cabezera de Jacinto, con una atencion cariñosa, y necesaria, porque nos importaba. La fortuna, y buen régimen coronaron nuestras fatigas; y por el buen éxito, como generalmente sucede en todas las cosas, la familia nos dió aplausos, y Jacinto nos quedó eternamente agradecido, confesando, que absolutamente nos era deudor de su vida, no obstante, que el mal no huviese sido de mucha consideracion.

Ya se havia dispuesto nuestro regreso à la Ciudad al punto, que cayó malo Jacinto, por lo qual no pareció conveniente retratar la orden. Nosotros teniamos vivisimos deseos de conocer objetos de mayor consideracion, que una casa de pobres boyeros, y un solo palacio de nobles. En las Ciudades à cada paso se encuentran ocasiones de vér, de admirar, y de reir. Ya se iba aproximando el

tiem-

tiempo, de que gozasemos de este nuevo teatro, por lo que, puede imaginarse qual sería nuestro gozo. Roberto, antes que partiesemos, me separó para hablarme de la manera siguiente:

En el desierto para que pudiesemos estar entretenidos, teniamos hecha distribucion de nuestras ocupaciones; y ahora en la Ciudad se hace más forzosa esta division, por la infinidad de objetos, que han de presentarsenos: No será malo, me parece, que Yo tome à mi cargo la aplicacion al conocimiento de su gobierno civil; la indagacion del systéma, y mas recónditos secretos de su Gabinete; y la consideracion de sus fuerzas, sus riquezas, y sus leyes: Iré observando, y escribiendo todas estas noticias, y à excepcion de estos puntos, que para mí reservo, los demás asuntos habrán de ser de vuestra inspeccion. Nuestros recíprocos descubrimientos podrán servirnos de gusto mutuamente; porque leyendo vos mis memorias, y recorriendo Yo las vuestras, pasarémos asi el rato, que nos parezca, quando qualquiera de nosotros desée saberlo por sí solo. Acepté la propuesta; por lo que mis lectores no esperen, que Yo trate en aquellas materias, que para sí reservó Roberto, sino que algo se toque por incidencia. En mi relacion solo encontrarán aquellas cosas, que Yo he descubierto, visto, y considerado; y si quisieren tener una completa idéa de estos Países, podrán aplicarse à leer la Historia, que por su parte ha compuesto mi Amigo.

CA-

CAPITULO XIX.

De la opinion, que formaron de Roberto, y Enrique las Monas de la Corte.

LLegó la suspirada mañana de nuestra partida de la Aldéa, à la que precedieron las acostumbradas visitas de formalidad, que se practican por los vecinos en tales casos. Asi, que estuvo pronto el carruage, nos pusimos en camino, y al fin de tres horas arribámos à la Ciudad, que es la Metrópoli de aquellas Provincias. Tendrá este pueblo como dos leguas, y media de circuito; las fábricas públicas, y particulares son muy suntuosas, pero de un mal gusto por lo general, y semejantes à proporcion à la del Señor Haya, en orden à la arquitectura; las calles largas, anchas, y algunas magníficas; finalmente, me pareció en todo muy semejante à nuestras Ciudades de Europa. Hacer prolixa descripcion de toda ella, sería prolongar mucho mi Historia, que por la multiplicidad de las materias no dexará de ser bastante dilatada.

Luego que se esparció la novedad de nuestra llegada, se apresuráron mas los conocidos, y amigos del Señor Haya, para venir à hacer la visita de bien-venida. Esta prisa, que en semejantes casos no suele ser tanto efecto de cariño, como un conformarse con la moda, que está introducida; era en aquella ocasion mucho mayor por la curiosidad, que los trahia à registrar con sus proprios ojos una novedad, de la que havian oído maravillarse

à

à todos. Nosotros éramos el objeto de esta curiosidad, en lo que exercité notablemente mi sufrimiento, no solo por verme hecho expectáculo de tantos personages, sino tambien por haver de repetir una, y otra vez las mismas cosas à todos, los que venian de nuevo; porque cada uno deseoso de indagar de nosotros mismos, lo que los demás les contaban, nos hacian mil preguntas, que poco mas ò menos siempre eran lo mismo unas, que otras. Imaginese mi lector en el estado de la enfermedad mas larga, que haya tenido en su vida, y podrá traher à la memoria, que una de las mayores incomodidades en aquel lance le provenía de las contínuas preguntas, que para saber comó lo pasaba, le iban haciendo una à una todas las personas, que entraban à visitarle en la cama; es forzoso en tal caso ir satisfaciendo à todos; pero es tan enfadoso, que Yo me acuerdo, que he perdído muchas veces la paciencia en semejantes lances. Así sucedió aquel dia, bien que jamás mostré disgusto alguno, mucho mas, viendo, que Roberto bastante apartado de mí, y con mayor tolerancia estaba desatando dudas, explicando diversos asuntos, argumentando, y persuadiendo. Convinieron todos aquellos Monos, en que éramos dos criaturas dignas de su estimacion, y aseguráron al Señor Haya la satisfaccion, que havian tenido en hablarnos. No sé, si serían en todos sinceros estos sentimientos, pero en muchos de ellos es cierto, que experimenté despues una amistad inmutable.

Las Señoras no dexaron de hacer tambien sus visitas à Madama Espina, y à su hija. Repetidas veces tuve, que entrar en el quarto de estas Damas

para

para pasar revista delante de unas personas, que, segun todas sus palabras, me parecian insensatas, y que continuamente estaban delirando en los juicios, que formaban de nuestras personas. Qual de ellas nos consideraba como dos bestias; qual, despues de un inutil, y largo exámen, nos caracterizaba por dos Genios malignos, venidos de los infiernos para perturbar al mundo; y qual finalmente nos juzgaba dos espíritus benéficos, y celestiales, que haviamos descendido para universal provecho de la especie mona. Estos pareceres entre sí tan distantes causaron en mi mente diversas impresiones; conocí, que ordinariamente se piensa, adaptando los objetos à la debilidad de nuestro entendimiento, y à proporcion del genio, que nos inclina à hacer el juicio. No fue esta sola la reflexion, à que me conduxo tal diversidad de sentimientos, pues esto me diera unicamente à conocer la corta extension del entendimiento de los demás; por quanto el hombre se consuela, comparandose él mismo à los otros, y comprehendiendo en este parangón, que las incongruentes idéas, y falsos juicios de aquellos hacen parecer brillantes sus proprios conocimientos; pero el fruto, que de aqui se deriva solo es el de la vanidad; quise Yo sacar mayor provecho, y asi, à proporcion de los discursos, que formaban acerca de nosotros, fundé una regular esperanza; y adiviné inmediatamente, lo que nos havia de suceder.

El mundo se compone de tres especies de personas, hablando de aquellas, con quienes nos es forzoso tratar; esto ès, amigas, enemigas, è indiferentes; el número de las últimas es quasi infini-

to;

to; pero el de las otras dos es muy corto: Esta division se funda en la razon, y en la experiencia; y todo el que tenga práctica del mundo convendrá conmigo en esta verdad, sin que sea necesario el dilatarme en argumentos, que convenzan à mi lector de una cosa, que à primera vista puede conocer por sí mismo sin disputa. Otra máxima necesito hacer presente, y es, que todos generalmente amamos, juzgamos, excusamos, condenamos, defendemos, y protegemos à los demás segun las primeras impresiones, à no ser que alguna gravisima razon nos separe de una adherencia, que nos parece, que se deriva de la naturaleza misma, y es efecto de cierto instinto, cuya causa se busca en vano, aunque queremos, que aparezca como una justa eleccion, conociendo el mérito, y la virtud. Por no hacer dilatada la digresion en mi Historia, no explico por menor, que la mayor parte de las incongruencias en la sociedad humana proviene de este instinto, con que nos dexamos llevar de lo sensible, y nos separamos de aquel exámen, que pudiera hacernos conocer el mérito, ò demérito del sugeto, à quien encamina, ò de quien aparta à nuestra inclinacion.

Preví, pues, que entre aquellas Damas havia algunas, que en adelante havian de fomentar nuestros intereses, siendo nuestras amigas, y protectoras, y éstas eran del número, de las que nos consideraban como espíritus celestiales, que haviamos descendido para provecho universal de aquellos pueblos. La máxima, de que la primera impresion es quien todo lo dirige despues por lo general en las personas de razon, me consoló mucho acerca de

estas, que prontamente comprehendí con el carácter de poderosas protectoras en lo sucesivo: Conservaron, en efecto, este título hasta nuestra partida de aquel Continente; porque à aquella causa oculta, y natural, que las hizo à primera vista declararse por nosotros, se agregaron todas aquellas razones, que aun en una total indiferencia las huvieran determinado à favorecernos. Esperé tambien, que estas mismas razones, que no eran otras, que nuestra moderada conducta, de que podría resultar un no despreciable beneficio à aquellas Provincias, llegarían à hacer, que reformasen su opinion, las que tan malignamente havian pensado acerca de nosotros: Desde luego consideré à éstas como enemigas nuestras, y por tanto empleé despues todo mi conato en hacerlas deponer aquella preocupacion, que nos hacía tanta injusticia: En efecto, mis esfuerzos no se frustraron del todo, porque pude convencer à muchas; bien que quedaron otras obstinadamente en su engaño. No me admiré de ello, porque en todo el mundo he encontrado ciertos espíritus tercos, que, atropellando à la razon, se apasionan, ò aborrecen à aquellos objetos, que el instinto, la inclinacion, ò una cierta simpatía (perdoneseme un vocablo, que nada significa) hacen comparecer muy distintos, de lo que son en sí. Las Damas, que nos tuvieron por bestias, fueron las indiferentes, y éstas con el tiempo se declararon por nosotros, y nos fueron tanto mas amigas, quanto por sola la razon se havian determinado à estimarnos.

CA-

estas, que prontamente comprehendí con el carácter



CAPITULO XX.

De lo que pasó en la tienda del café.

TOdo aquel dia se gastó en referir unas mismas cosas, presentandonos à los que vinieron de visita à la casa del Señor Haya, estando expuestos à la compasion de muchos, à la risa de algunos, y conciliandonos la estimacion de los restantes. A la noche nuestro liberal huesped volvió à asegurarnos sus beneficencias, jurandonos por vida suya, que emplearía toda su atencion, en que el tiempo, que permaneciesemos en su patria, estuviesemos con completo gusto, y de tal manera complacidos, que pudiesemos olvidarnos de las delicias de la Europa. Para que las obras correspondiesen à las palabras, mandó à su hijo segundo, que se llamaba Narciso, que nos llevàse à otro dia por todos los puestos mas divertidos de la Ciudad, advirtiendole nos procuràse la amistad de aquellos sugetos mas visibles, reservando para sí el generoso oficio de preparar à favor nuestro los ánimos de los mas grandes Señores de la Corte.

A la mañana siguiente salimos de casa acompañados de nuestro Conductor, y despues de pasar por entre la multitud de burlas de la insolentísima plebe, que en todas partes es una misma, y à la, que no pudo contener la autoridad del caballero joven, entrámos en una à manera de tienda, en donde estaba congregada una muchedumbre de personas de varios estados. El oficioso tratante nos

salió al encuentro, mordiendose los labios para contener la risa. Hizonos un cumplimiento bastante ridículo, que consistía en expresiones hyperbólicas, y humillaciones, que parecían contorsiones de una criatura asaltada de dolores, y retortijones de tripas, y nos arrimó despues unas sillas para que nos sentásemos. Todos los que allí estaban se quedaron en sumo silencio, y con una descortesía provocativa se nos pusieron à mirar de hito en hito: Como no estabamos acostumbrados à tan desagradable pasage, por modestia, y por vergüenza tuvimos, que baxar los ojos. De esta primera experiencia de la indiscrecion de aquellos Monos, pasámos à otra, que fue, el principiar à hablarse à la oreja, dandonos una ojeada entre palabra y palabra, con lo que ya demonstraban admiracion, y ya desprecio, segun la diferencia de sus genios, y de la impresion, que les havia causado nuestra vista, ò segun los varios puntos del escrutinio, que iban haciendo de nosotros. La compañía del Señor Narciso nos libertó de tener, que responder à muchas preguntas; y acaso tambien de algun insulto; porque él aseguró à todos, que eramos sugetos de distincion, y amigos muy estrechos de su casa. Esta proposicion originó nuevas conversaciones secretas, pero ninguno se atrevió à aproximarse à nosotros, tal vez temiendo, que entendiesemos su lenguage.

Como nos llevó la atencion la diferencia de personages, que haviamos encontrado en aquella tienda, y tuvimos, que pasar por la vergüenza de vernos hechos objetos de la conversacion, y de la maravilla de todos, no me quedó tiempo para poder examinar, qué mercadurías eran las que se

des-

despachaban en aquella casa; pero inmediatamente llegó el tendero, y me dió una taza de un licor negro, que venia echando vaho: Antes de admitirla dí una ojeada al rededor, y no descubrí en todo aquel recinto otra cosa, que semejantes vasijas, que eran, las que componían el capital de nuestro Mercader. Vedme, pues, ya en precision por no hacerme reparable de llegarme à la boca una bebida, que no conocía, y que solo el olor me levantaba el estómago: Púseme à beberla, y con su amargura, y el color, que conservaba, sudé mucho, y me incomodé más: Apurada finalmente la taza, pregunté à mi conductor, que, de qué era aquel zumo; sonrióse graciosamente el Señor Narciso, y me explicó, de lo que se componía, con lo que Yo quedé enterado, de que havia bebido agua teñida con polvos de carbon; bien que fuese de carbon de una semilla particular. Son muy aficionados à esta bebida aquellos naturales. Supe despues, que estas tiendas sirven tambien de dar algun esparcimiento à los espíritus en las horas, que necesitan buscar el recreo, porque en ellas se encuentra siempre mucha concurrencia de personas, que con la variedad de sus discursos entretienen à los que los escuchan. En estos lugares se enlazan algunas amistades, se tratan negocios de entidad, y suceden al mismo paso muchisimas extravagancias. Fui conociendo estas verdades con la práctica, y freqüencia, que despues entablé en semejantes casas; porque aquella mañana fue muy poco lo que pude comprehender. Para que mi lector se figure una idéa de mi sencilléz en aquel tiempo, quiero referirle la opinion, que formaba entonces de algunos, de los que se hallaban en la dicha tienda;

y esto podrá servir al mismo tiempo, para darle à conocer el singular carácter de ciertos Monos.

Mientras Yo bebia aquel amargo, y negro licor, entablaron la conversacion dos de los que allí estaban sobre el asunto de una guerra vivisima, que se havia por entonces encendido entre dos de sus Príncipes: Uno sostenía las razones por uno de ellos, y otro las del partido contrario. Me maravillé de sus noticias, è inmediatamente concebí un singular respeto à estos dos personages, que disputaban; fue el motivo, que haviendolos oído contar muy por menor la fuerza de las dos potencias beligerantes; lo quantioso de sus riquezas; los mas ocultos manejos de sus Cortes; las últimas órdenes, que se havian despachado à los Generales; al punto me creí, que los tales eran sin duda de los mas íntimos de los gabinetes de aquellos Príncipes, de quienes con tanta franqueza hablaban: Volvíme al Señor Narciso, y le pregunté, si por ventura eran aquellos dos Ministros de Estado, ò Privados de los Soberanos, cuyos secretos sabían tan puntualmente. Ni el uno, ni el otro, me respondió; estos no son mas, que dos mentecatos, que se empeñan en aborrecer à quien no conocen, y aman al que no hace caso de ellos, ni sabe siquiera, si existen sobre la tierra. Pero lo mas admirable en ellos (que quasi sería increible, si diariamente no nos lo enseñára la experiencia) es, que se apasionan por uno de todo corazon, y de allí à nada son ya sus enemigos, para sostener otra disputa. Yo he visto à muchos de ellos estár llenos de pena, porque la noticia de los sucesos no era à medida de sus inclinaciones. Y advertid, que todo

eso,

eso; que están diciendo son las mas extravagantes quimeras de soñados desatinos. Se creé semejante gente con entera facultad de forjar imposturas; y llega su disparatar à tanto grado, que despues de ser ellos mismos los inventores de las mentiras, que van sembrando poco à poco, llegan à creér por reales, y verdaderos aquellos hechos, que tienen origen solo en sus desvaratadas imaginaciones. Pero à lo menos, repliqué Yo, es necesario, que esta gente esté bien instruída; porque los oígo citar Reinos, Ciudades, Territorios, Rios, y mil particularidades de todo vuestro Continente: Además de esto están versados en genealogías; tratan de los fines políticos, y parece, que tienen una exacta noticia del poder de vuestros Príncipes. No entienden, replicó Narciso, una palabra de todo eso, si hablan de Greographía, todo lo confunden; no tienen ni por imaginacion idéa de las cosas, de que solo saben el nombre; y lo mismo les sucede en los demás asuntos. ¿Pues cómo, dixe Yo, pretenden alucinar con tales imposturas à todo el mundo, y aun à sí mismos? Ello es asi, respondió nuestro Conductor, y lo experimentaréis, en llegando à tener alguna mas práctica de estos fanáticos.

Roberto me hizo seña, de que callàse, y luego que llegámos à casa, me amonestó, y dixo que no me admiràse otra vez de las locuras, que igualmente que en aquel País se encontraban en todas las partes del mundo. Conocí con el tiempo, que me aconsejaba con verdad; pero siempre, que se me presentaron semejantes ocasiones, no dexé de maravillarme de tales extravagancias, que son por cierto y incontrastable prueba del poco entendimien-

to,

to, de los que tienen la desgracia de incurrir en ellas: He visto practicamente, quan à menudo se hallan en el mundo los despropósitos, y esta misma experiencia me ha confirmado en mi opinion.

Mientras estábamos en nuestro discurso, vimos venir por la calle à un joven, que con desenfado se fue entrando por la tienda. Este era uno de los que, parece, ponen todo su estudio, en que aquellos, que los vén, los tengan por insensatos, creyendo ellos, que sus propriedades, y modo de manejarse son de unos genios desembarazados; vicio, que por lo general se encuentra en la nobleza de aquel País, y con el que logran perfectamente el efecto, que es regular, esto es, el desprecio de todas las gentes de juicio. Trahía en la mano derecha una caña, que volteaba entre los dedos, y con ella daba golpecitos ya à unos, ya à otros en las piernas, como haría un niño jugando con un palito; tenia la otra mano puesta en la cintura; se paseaba muy derecho con la cabeza muy erguida; y con una voz desentonadísima cantaba, aturdiendonos, una tonadilla que no sabía. Paseó este joven la tienda, luciendo su figura, sin dignarse de dar à persona alguna los buenos dias, teniendo entendido, como los demás de su especie, que con el trato de buena crianza, y cortesía se exponía, à que le perdiesen los demás el respeto. Llegó hasta nosotros, siguiendo siempre su destemplada música, y mirando las telarañas del techo; quando por casualidad baxó la vista, la puso en nosotros, y al punto, ò sorprehendido, ò de miedo, ò, no sé por qué otro efecto, interrumpió su cancion; quedó algun tiempo inmoble como una

estátua, y despues echó à huir precipitadamente.

Este ridículo pasage, executado por un Mono, que parecía, que intentaba poner sugecion à todos con aquel aire afectado de superioridad, movió la risa universal de la asambléa. Entonces los circunstantes trabáron conversacion con nosotros, y procurámos satisfacer à sus preguntas, con aquella prontitud, que es comun, quando se solicíta captar la benevolencia, y buen concepto de alguno. En efecto les agradó nuestro proceder; y noté, que para demostrarlo, empezaron à murmurar sin término de aquel joven sobervio, y de poco seso; hablaron de sus talentos, de sus bienes, de sus parentescos, y de sus acciones de un modo bien digno de compasion; y desenterráron hasta la memoria de su bisabuelo, que, segun decian, havia sido Boyero; como si la falta de nobleza de éste tuviese connexion alguna con las ridiculeces del bisnieto.

No pararon las murmuraciones hasta la venida de otro joven, que llegó à hablar à nuestro Conductor: Yo le tuve por un bailarin, ò cosa semejante, à vista de los movimientos, con que agitaba todo su cuerpo. Le juró al Señor Narciso, que no tenia su gusto completo, sino quando estaba en su compañia; y que daría la sangre de sus venas por él, si se ofreciera; añadiendo otras hyperbólicas expresiones. Ya entonces le gradué por uno de sus mayores amigos, y lo confirmé, quando ví, que el Señor Narciso nos presentaba à él: Inmediatamente nos ofreció su amistad hasta la muerte; y siendo asi, que jamás nos havia visto, comenzó à alabar nuestra virtud, nuestro País, y nuestro nacimiento. Yo estaba aturdido oyéndole

hablar de esta manera. Sentóse despues junto à Narciso, y llamó su atencion para contarle unas novedades de grande importancia: Yo al punto apliqué el oído, llevado de la natural curiosidad, y con el deseo de ir formando idéa de aquel pueblo. El principió diciendo, que el dia antes havia presenciado una partida de juego muy grande en casa de Madama Manzana; que se havia ya alterado la moda de los festones con otro nuevo estílo: Que un Sastre havia introducido un corte de calzones mas pulido, que el que hasta entonces estuvo en uso; por irrefragable prueba de esto, que decía, nos enseñó los suyos, y para hacernos vér mejor su linda hechura, se levantó hasta la cintura las faldillas. Aprobámoslo todo, y el Señor Narciso para libertarse de este maza, se despidió al punto; repitió él sus expresiones con la misma taravilla, que antes, y con gran trabajo nos separámos de aquel importuno, saliéndonos de la tienda à toda prisa. Roberto preguntó à nuestro Amigo, quien era aquel simple; à lo que le respondió, que no le conocía mas, que por haverle visto una sola vez en casa de una parienta suya, en donde se havia introducido, sin que aun ella supiese sus circunstancias.

Se iba haciendo tarde, y asi determinamos volvernos al palacio del Señor Haya. La comida fue como siempre magnífica. Se propuso de sobre-mesa, que nos conduxesen despues de comer al paséo, de éste al teatro, y luego à la tertúlia; pero Roberto, ya por mostrar la estimacion, que hacía de la familia, ya por el verdadero amor, que profesaba à Jacinto, dió à entender, quería quedar-

darse aquel dia en casa para hacerle compañia. Mucho agradó à todos una propuesta tan atenta, y por tanto se difirieron hasta el siguiente las sobredichas diversiones, quedando de acuerdo, que nos acompañáse tambien à ellas Jacinto, pues ya se havia puesto bueno.

CAPITULO XXI.

De la equivocacion de Enrique acerca de los Peluqueros del País.

APenas con indecible gusto de todos se hallaba ya restablecido enteramente de su ligera desazon nuestro generoso amigo Jacinto, quando tomó à su cargo con todo empeño el acompañarnos, para que examinasemos las maravillas de aquella Metrópoli, y para introducirnos con todos los sugetos mas visibles de la Ciudad. Al salir del palacio, nos rogó, tuviesemos à bien, que ante todas cosas se dirigiesen nuestros primeros pasos à la casa de un célebre compositor de cabezas porque estaba cansado de esperarle: Es necesario, dixo, acomodarse à la práctica, y sería cosa, que disonára mucho comparecer en el gran mundo sin aquellos requisitos, que él tiene por indispensables; por lo qual, Amigos, havréis de tener la tolerancia de asistir à un exercicio penoso, pero que se ha hecho forzoso en la vida civíl. Roberto le respondió, que nuestro gusto se cifraba en executar, lo que fuera su voluntad, y que su compañia en todas partes nos sería siempre de mucha

estimacion. Yo, que criado en el mostrador de un Mercader no tenia práctica alguna del mundo, no entendí à Jacinto una palabra de todo su discurso; y quedandoseme solamente impreso el nombre de compositor de cabezas, permanecí algun tiempo sorprehendido, y sobresaltado. Despues con aquella sencilléz, que provenía de mi ignorancia, y con la inquietud, que sugiere un verdadero cariño, le dixe estas palabras:

¿Qué infortunio, Jacinto mio, os ha sobrevenido? ¿Qué nueva desventura os ha puesto en necesidad de un Mono, que os componga la cabeza? ¿Teneis alguna contusion? ¿Estais herido? ¿Es de nacimiento el mal, ò adquirido? ¿Es reciente el daño, ò es antiguo? Estas preguntas, que fueron intempestivas para todos, y que provenian de un buen corazon, hicieron de tal modo reir à los dos hermanos, y à Roberto, que huve de quedar avergonzado. Jacinto entonces me respondió: Yo, gracias al Cielo, no tengo mal alguno; vos no haveis entendido bien mi conversacion; pero el hecho os desengañará, sin que tenga Yo necesidad de explicaros, lo que dentro de poco será facil, que comprehendais por vos mismo enteramente. Entonces os reiréis de vuestra sencilléz, que tanto me ha obligado, pues vuestro tímido recelo ha declarado, quanto os interesais en mi bien estár, y me haveis dado, quando mas descuidado estaba, una eficáz prueba de vuestra voluntad. No hai duda, que se descubren francamente las intenciones, y el interior de qualquiera en los lances impensados, por no tener lugar la cautela; y obliga con más intimidad à los corazones una candidéz ignorante, que todas

las

las sutiles, y estudiosas máquinas de los aduladores.

No obstante que las palabras de Jacinto pudiesen disminuir mucho la mortificacion, que pasé, haciendome ridículo con mi necedad; el desengaño, que recibí, no dexó de entristecerme. No hai mas sensible nota, que la que recáe sobre yerros del entendimiento, sin que quede otro recurso, quando esto sucede, que el de hilar mas delgado en otro lance; pero suele suceder muchas veces à los necios por reparar el primer defecto incurrir en otros por el extremo contrario, y asi perfeccionan el hacerse enteramente extravagantes. Esto es puntualmente lo que me huviera sucedido, si huviese dado à entender, quanto se me ocurrió en este caso.

Determinado, pues, à corregir mi error, juzgué, que esto, que Yo materialmente havia entendido, debia comprehenderse alegoricamente, y asi decia entre mí: ¡Qué necio he estado! Bien claro se dexa entender que este compositor de cabezas es un sublíme Philósopho, que con las máximas de rectitud, y prudencia corrige los defectos de los entendimientos. De estos censores bastante necesidad tienen todos; porque es cosa muy facil apartarse de la senda de la razon, escuchando las voces del amor proprio; la qual es forzoso volver à tomar de quando en quando, no sea, que echando hondas raíces los errores en nuestra alma, se haga despues imposible, ò à lo menos dificultosísima la correccion. Sin duda esto es, que Jacinto como ha estado fuera de la Ciudad se ha privado por este tiempo de tan ventajosa asistencia, y quiere resarcirlo; de aqui sacaba motivos entre mí de admirar la conducta de

aquel

aquel sabio joven, que solicitaba, que enderezáse sus primeros pasos el Maestro de vivir honestamente. Hecho cargo de que esto era asi, iba preparandome para hacer una figura menos ridícula delante de aquel Monázo, que me le ideaba Yo de un carácter muy severo, y de una grande atencion en examinar los defectos del entendimiento, y del corazon. Fuimos, pues, caminando, sin que ni los dos hermanos, ni mi Amigo recavasen de mí una sola palabra; aunque intentaban desechar de mi imaginacion qualquiera pensamiento fastidioso, y de mortificacion, que me pudiese haver acarreado el pasado accidente: Tan metido iba Yo en mi fantasía, y premeditando como hacerme lugar con aquel Philósopho imaginado, para resarcir asi el crédito, que me parecía havia perdido con mi ignorancia.

Quando mas solícito estaba Yo, estudiando cumplimientos, y mesurando el rostro para comparecer decorosamente en esta visita, me hallé junto à una tienda, de donde salió un mozuelo, delgado como un espárrago, y suelto como una ardilla: Llegó à nosotros, y besando los vestidos de los dos hermanos, les dió la bien-venida, y convidó à entrar en su tienda. La formalidad, las cortesías, y las expresiones de este Mono eran todas dignas de risa, siendo con la mayor extravagancia quanto hacía, y decía. Vinose despues à mí, y agarrando una porcion de mi pelo (ya haviamos dexado las pelucas), alabó su color, y sutileza. Siempre juzgué, que à éste, como à todos, sorprehendiese nuestra primera vista; pero él no hizo reflexion alguna en nuestras personas, y solo se detuvo en exami-

minar, lo que menos de particular teniamos.

A este tiempo, volviendose hácia mí atentamente Jacinto, me dixo: Mirad el compositor de cabezas, que vos entendisteis por un Cirujano. Quan grande fuese mi admiracion puede imaginarlo quien, separado de las preocupaciones del uso, sabe muy bien, qué ridiculéz tan formidable es apropriar nombres sublimes à unos objetos vilísimos. Puedo asegurar, que fue tal mi estrañeza, que no pude dexar de volverme à Roberto, y en nuestro natural idioma hablarle asi: ¿Cómo, decidme, podrá componerme la cabeza éste, que demuestra, que no tiene para sí aun una onza de compostura? Rióse Roberto, y con esto movió la curiosidad de Narciso, por lo que fue necesario explicarle al oído todo el asunto. Renovóse la funcion; y Yo, que todavia no havia podido llegar à entender cosa alguna, estaba como aturdido.

Entrámos en la tienda, que era angosta, y lo que era peor, toda estaba tan cubierta de polvo, que no era facil sentarse sin desasearse el vestido. Yo andaba registrando, qué mercadurías se venderían allí, ò quáles serían los instrumentos de un arte, cuyo objeto no acababa de comprehender; pero por mas diligencia, y atencion que puse, no pude hallar otra cosa, que tres, ò quatro cabezas de palo, un barreño lleno de agua, un monton de pelos de Mona, y finalmente algunos hierros, uno de los quales, que tenia figura de tenazas, estaba puesto à la lumbre. Jacinto se acomodó en una silla, y luego aquel mi imaginado Philósopho tomó el hierro, que estaba abrasando, y se le aplicó à la cabeza. Yo ya estuve para gritar: Tente bestia; pero aun-

aunque me dió grande sobresalto lo que podría suceder en una operacion, cuyos principios me parecieron muy peligrosos, me hizo callar la experiencia anterior; que me havia enseñado, que el hablar sin consideracion es origen regularmente de tener que avergonzarse, y de padecer algun daño, por la poca cautela de dexarse llevar de el proprio dictamen. El compositor de cabezas comenzó à freirle los cabellos; despues con el peine los dirigía, y ensortijaba, y ultimamente se los cubrió todos de trigo hecho polvo. Una niebla se levantó entonces con los dichos polvos por toda la tienda, que juzgué, que me ahogaba, porque era tan densa, que impedia la respiracion. Acabada la grande obra, se levantó Jacinto de la silla, y fue corriendo à mirarse en el agua, que estaba en la referida vasija, y quedó satisfecho del Señor Maestro, alabandole su trabajo. Ya otra vez he dicho, que entre las Monas no se conocia aún la invencion de los espejos, por lo que, no pudiendo usar de este artificio, se servian del agua, que en algun modo reflexa la imagen, que à ella se presenta.

Finalizada la compostura de Jacinto, se puso Narciso en el lugar de su hermano, y éste se llegó à mí sonriendose, y diciendome: Ved aqui ya mi cabeza compuesta: Mas bien, le respondí; podeis decir: Ved aqui los cabellos compuestos; hablaraisme en estos términos, si queriais, que os entendiese: Mas no me admiro de vos, que, siguiendo el uso comun, creiais, que os escuchaba alguno de vuestros Conciudadanos; me pasmo, sí, de estos artífices, que, dedicados à tan inutil, y vano exercicio, tienen atrevimiento de apropiarse un nom-


Tom. I.
Cap. XXII
Patiño, sculp.

nombre, que solamente puede convenir à los Cirujanos, ò à los Philósophos. Mucha razon tuvierais, respondió Roberto, para hablar de este modo, quando huvierais arribado de un País, en que no huviese tales artes; bien que estais en algun modo disculpado à causa de la vida obscura, y retirada, que hàveis tenido en nuestra Patria, por lo qual ignorais, que en todas las partes del mundo se ha introducido el abuso de enmascarar el luxo, y el vicio con nombre de conveniencia, y de virtud. Estábamos hablando con voz baxa, de modo que no pudiese entendernos aquel operario, y asi él seguia empleando su habilidad en Narciso, que estaba con curiosidad de saber aquel discurso, que no oía, pero que de la risa de Jacinto, y de Roberto argüia, que era digno de su atencion. En esto Roberto nos pidió licencia por un corto tiempo para ir à satisfacer cierta necesidad corporal. Yo me quedé con Jacinto observando al artífice, el qual miraba, y contemplaba cada bucle, que iba formando, con la misma atencion, con que un Pintor registra, y examina la igualdad de sus mas delicados pinceles.

CAPITULO XXII.

Prosiguen los lances de la peluquería; y de la peligrosa aventura, en que se vió Roberto.

LUego que se finalizó la peinadura de Narciso, se vino à mi aquel artífice, convidándome, à que me dexáse servir; Yo le respondí, que no tenia

necesidad de su arte, por quanto no estaba acostumbrado à tanta delicadeza; pero le dí gracias por su ofrecimiento, aunque no se fundaba en otra cosa, que en la esperanza de la ganancia. El me replicó, que no dando principio à las cosas, jamás se llegaba al caso de usarlas; por lo que era conveniente, que Yo comenzáse à entrar en la moda, de que no podia exceptuarme, si havia de vivir en el mundo civil, y comparecer con decencia entre aquellos caballeros, de quienes me via acompañado. Además, añadió, que Yo os sabré tomar el aire del rostro, con lo que conseguiréis vér corregida en parte la fealdad de vuestra cara, de forma, que en lo sucesivo no tengais una presencia tan espantosa. Aunque nada me agradó este último cumplimiento, tuve que disimular por dos razones; la una, porque defendiendo las facciones Européas, infaliblemente havia de ofender las de los Monos; la otra, y mas principal fue, porque con las personas de cierto carácter es mejor callar, que resentirse; pues el silencio puede mortificarlas, y confundirlas; y el darse por sentidos no sirve mas, que de honrarlas, mostrando, que se quiere competir con unos sugetos, de quienes no debe buscarse otra cosa, que respeto, y sumision. Narciso con cortesía me queria persuadir, à que siguiese su exemplo; pero Yo sinceramente le respondí, que no llegaba mi locura à tal término, que me dexáse tostar los sesos por dar al pelo unos dobleces, que la naturaleza no le havia concedido. La reflexion era justisima; pero el muy bruto del artífice entendió, que Yo havia proferido la mas necia, y extravagante máxima.

En

En esta disputa estabamos, que iba siendo de mi agrado, porque como la bondad de mis Amigos no se ofendia de mis razones, Yo hablaba con libertad, lo que se me ofrecia en el asunto, y havia alcanzado tal ascendente, y ventaja, que aun en aquello, que antes me contradecían, me hacian ya la justicia de concederme la razon, que no podían desapasionadamente negarme; quando entró en la tienda con gesto de menosprecio un joven de aquellos, que entre nosotros llamamos *malas cabezas*; saludó entre dientes à los hermanos, y despues con poquisima crianza entabló una conversacion, en que poder motejarme: Preguntó al dueño de la casa, qué novedades se decian; y éste respondió, que nada sabía de nuevo: Pues por la Ciudad, dixo él, corren voces, de que los monstruos están en grande altura con la Nobleza, y las Damas. Pronunció estas últimas palabras, guiñando un ojo hácia mí; y con una risa irónica.

Se encendieron en cólera mis Amigos; y el asunto no huviera tenido buenas conseqüencias, si el amo de la tienda no huviese tomado el partido de pedir con grande cortesía al desatento mozuelo ciertos dineros, que mucho tiempo havia, le estaba debiendo de la paga de su anterior trabajo. Hizo, que se admiraba de la demanda, y respondióle: Me maravillo, que un canalla como tú tenga la temeridad de hacer pasar el papel de poco puntual à un sugeto de mis circunstancias delante de dos caballeros tan recomendables, y de un forastero, que, creyendo tus imposturas, puede formar una opinion, que me haga poco favor, y llevar à su patria una relacion nada honrosa à la no-

bleza de estos Países. Observese, que éste tomó en cierto modo por defensores à aquellos, que poco antes havia ofendido. El Peluquero levantó el grito, y le dixo, que à los sugetos mas los distinguen las acciones, que el nacimiento; que no se debia responder con malas palabras à quien pedia el justo precio de su sudor; y que pensáse en pagarle, porque si no, iría à dar cuenta à quien conviniese. Bastó esta palabra para librarnos de aquel importuno; porque fingiendose enfadado, partió alborotadamente de la tienda, amenazandole, y jurando vengarse de su osadía. Luego me preguntó Jacinto, si me havia parecido bien la delicadeza de aquel joven en el punto de defender su crédito; respondíle con ironía, que muy bien; aunque no sin admiracion de oírle mantener con tanto tesón el honor, que en la realidad, y obras no tenia.

Quando estuvímos en casa le conté à Roberto este suceso; y él me dixo: ¿Qué os maravilla la conducta de ese joven? Sabed, que la mayo[illegible]te de los hombres entre nosotros (y lo mismo [illegible]derá entre los Monos) pone mas cuidado en comparecer con honra, que en seguir el verdadero punto del honor; de aqui nace la comun distincion del término de honor, y del de reputacion; lo primero no es otra cosa, que el exacto cumplimiento de las mas esenciales obligaciones; y lo segundo consiste en el crédito, y opinion, que los demás forman de nuestro proceder, y de la observancia de nuestras obligaciones: Asi es, que un hombre suele estár tenido en grande reputacion, sin tener el mas mínimo honor; y por el contrario, alguno que será honradisimo en todos sus procederes, puede tener la

des-

desgracia de no ser reputado, por lo que es en realidad. Ved pues la razon, porque aquel joven tanto se ofendió sobre el punto de honra, que no tiene, temiendo perder su reputacion, pues conocería para sí muy bien sus defectos, aunque no cuidáse de enmendarlos en la realidad: Sabría por experiencia, y por un cierto consentimiento interno, que el mayor mal, que podia sucederle, y que redundaría en perjuicio de sus intereses, sería el que se derivàse de la pérdida de la estimacion comun, por tanto quiso defender su fama, no solo en la apariencia (bien, que en substancia no era otra cosa) sino tambien en la delicadeza, con que cumplía sus obligaciones, segun le dictaban sus circunstancias, nacimiento, y trato de la vida civil: Por esto veréis siempre à los hombres encolerizarse y llegar à exponerse hasta lo sumo, aunque corra riesgo la misma vida, solo por defender la fama, y el crédito, que los distingue entre todas las gentes; al paso que à sangre fria, y tal vez con gusto; se complacen en violar las mas sagradas leyes de la humanidad, y del decoro. Haced reflexion en estas razones, y veréis, que es, lo que al pie de la letra sucede, por lo que no teneis que estrañar de aqui adelante los lances de esta naturaleza, ni tampoco dexaros llevar del engaño de estas apariencias, y ficciones.

Mientras con los dos hermanos estaba en la tienda confiriendo sobre las acciones de aquel joven, se oyó repentinamente un grande rumor, que parecia dimanar de algun grave, è impensado accidente. Salimos à la calle, movidos de la curiosidad ordinaria en semejantes ocasiones, y el ruido iba

au-

aumentandose, por lo que nos dirigímos hácia adonde se advertía; y entonçes oímos repetir unas voces, que decian: *Dale, mátale.* Caminaba una tropa de Artesanos al parage, hácia donde se escuchaban aquellos ecos con las armas en la mano. Nosotros tirámos de las espadas, y en el camino pregunté à uno, que llegó junto à mí, el motivo de aquel alboroto: Dicen, me respondió, que está el Demonio en aquella calle, y el pueblo vá corriendo à ahuyentarle. Si Yo no huviese adivinado el motivo de aquella equivocacion, me huviera divertido mucho con la inconsiderada necedad del populacho; pero comprehendiendo por aquel razonamiento, lo que podria ser en realidad, entré en un grave temor, à causa de haverse poco antes separado de nosotros mi Amigo Roberto. Acelerámos el paso, y en efecto no salió errado mi pronóstico, por que fue el caso, que haviendose él alexado à una callejuela oculta para satisfacer una urgencia corporal, quando se creyó solo, y por tanto, libre de aquella sugecion, que en tales lances acarrea la vergüenza, fue descubierto desde una ventana por una mozuela, que ignorando nuestra llegada à aquellos Países se espantó à la vista de un animal parecido en parte à la especie de los Monos. Esta novedad produxo en ella tal miedo, que prorrumpió en terribles gritos: Acudió la familia, y preguntóla, que tenía; respondió, que havia visto al Diablo en la calle. Al punto creció el temor en todos los vecinos, y aunandose, marcháron armados para echar de alli à tan peligroso enemigo. La fortuna de Roberto fue, que el terror pánico de aquellos mentecatos no les daba lugar à acercarse para ha-

hacerle daño; unos à otros se incitaban; pero ninguno quería aproximarse.

La contínua gritería, y reiteradas voces de estos fueron congregando mas Monos; y por fortuna nosotros nos dexàmos llevar de aquella conmocion popular, y llegámos à tiempo de poder sacar à nuestro Amigo libre de los golpes de algun temerario, que no huviese tenido miedo del Diablo. Con la espada en la mano, y con la autoridad de nuestros nobles compañeros nos hicimos calle, hasta juntarnos con Roberto, que nos dió parte de todo el suceso. No tanto las razones como los respetos de los dos hermanos calmáron el tumulto; y nos volvímos juntos à la tienda. No havia sido ligero el peligro, en que mi Amigo se havia visto; pero como su presencia de espíritu era superior à todo riesgo, estuvo despues con nosotros riendose de la ligereza del vulgo, tan facil en creer sobrenaturales aquellas cosas, que nunca ha visto; y hablando tambien de las bastas idéas, que se forman de los objetos incorpóreos. Pero no es solo este Pueblo el propenso à adoptar tan vergonzosos despropósitos: ¡ Ojalá, que en nuestra Europa llegáse algun dia el comun de los hombres à saber hacer distincion entre la idéa de la materia, y de los espíritus! En este asunto se han fatigado los Philósophos para confundir infinitos errores, que existen en la mente del vulgo. ¿ Pero qué fruto han sacado? La general repugnancia y el comun desprecio.

CAPITULO XXIII.

De la audiencia, que dió el Príncipe à Enrique, y à Roberto.

AL tiempo, que ibamos à salir de la tienda, llegó el Señor Haya acompañado de una multitud de personages del primer orden: Venia à avisarnos de que su Príncipe queria vernos: La comitiva se componia de lo mas florido de la Corte; porque no bien comprehendieron la voluntad de su Soberano los Palaciegos, quando se apresuraron à porfia para encontrarnos, y todos con las mas agradables expresiones iban al rededor de nosotros, procurando complacernos con sus atentos procederes, y estilos políticos.

Considerese à aquel Roberto, que poco antes reputado por un Demonio, se vió en riesgo de perder la vida à manos de lo mas vil del insolente populacho, escoltado ya de la mas ilustre nobleza de la Corte, y reverenciado en todas las calles, por donde nos dirigiamos, de aquella misma plebe, que en repetidas ocasiones nos havia dado muchas, y bien molestas pruebas de su desprecio. Reíase Roberto de esta graciosa, è impensada metamórphosis, y luego que estuvimos juntos, me dió una larga, y provechosa leccion acerca de las mudanzas de la fortuna. Yo, à la verdad, no tenia tantas experiencias, que huviera podido dexar à proporcion de las ocasiones, de ensobervecerme con los sucesos felices, y abatirme con los contrarios aci-

ci-

cidentes; y asi el mas seguro método de hacer el corazon à todas pruebas es el renovar en qualquiera acaecimiento las prudentes reflexiones.

Llegámos à Palacio, y no solo nos hallamos rodeados de los Cortesanos, sino tambien de una infinidad de pueblo; subímos una magnífica escalera, precedidos de la Guardia, que con gran trabajo iba franqueándonos el paso por entre un nublado de curiosos. El Señor Haya à nuestro lado iba refirendonos, que despues, que salímos de casa, havia sido llamado à la Corte, y que haviendo comparecido ante su Príncipe, éste le havia dado à entender aunque con su natural benignidad algun resentimiento, porque hasta entonces no nos havia proporcionado la honra de besarle la mano; que tambien por haver oído cosas tan maravillosas de nosotros, se dignaba concedernos su excelsa proteccion, y que quedaba esperandonos sin mas tardanza. Entretenidos con esta conversacion, nos hallámos en un suntuoso salón, y de éste pasámos à unas dilatadisimas galerías, y magestuosas salas, todas adornadas de alhajas de exquisito gusto, y de valor excesivo; y luego que estuvimos inmediatos al gabinete, en que se hallaba el Príncipe, se le avisó de nuestra llegada.

A esta sazon salió à recibirnos su primer Ministro: Este personage estaba dotado de una antigua, y madura experiencia; tenia un entendimiento despejado, pronto, penetrante, y adornado de todo aquello, que puede llamarse ciencia profunda, y bellas letras. Con afabilisimo rostro se llegó à nosotros, explicandose en semejantes términos: El Príncipe mi Amo ha llevado à bien vuestro arrivo

à estos Dominios; tiene la determinacion; de que experimentéis su piedad, siendo vuestro bien-hechor, y en señal de su benevolencia os concede el singular honor de daros à besar su mano. Roberto respondió, que jamás havia podido concebir mayor, ni mas noble deseo, que aquel; que la bondad del Príncipe nos franqueaba, aun antes de tener la osadía de imaginarlo; y que la noticia de tan sublime gracia podia envanecer à qualquiera, que no fuese como nosotros, que conociamos muy bien, que favor tan singular era solo dimanado de su inexplicable beneficencia. Acabadas estas palabras, levantaron una cortina, y se nos mandó pasar adelante.

Entrámos, pues, en la cámara, y vimos baxo un riquisimo dosél à un venerable anciano, que nos habló con el mas atento estílo. Roberto llegó primero, y rendidamente le besó la mano; Yo executé despues la misma ceremonia: El Príncipe correspondió, dandonos con semblante benigno la bienvenida à sus Estados. Luego que cumplímos las primeras acostumbradas formalidades, traxeron dos banquillos rasos, en que mandaron, que nos sentásemos. Callaron todos, y se nos propuso por primera pregunta, si estabamos contentos en aquellos Países; à lo que respondió concisamente Roberto que no podia piadoso el Cielo havernos preparado mejor fortuna, despues de tantas desgracias, como nos havian exercitado. Preguntósenos despues, si era nuestro ánimo permanecer ya por toda la vida en aquella tierra. Nosotros, dixo prontamente mi Compañero, estamos resignados en la voluntad del Cielo, que privandonos de la espe-

ran-

ranza de volver à nuestra patria, y de morir en su seno, nada podia disponer mas favorable, que traliernos à unos Dominios, cuyo Soberano, y primera nobleza son la mas verdadera imagen de la hospitalidad, y esplendidéz; pero como es à todos connatural el amor à la patria, confesamos, que no obstante la honra sin igual, que recibimos, nos es imposible despojarnos de él; por lo que si el Cielo quisiere algun dia abrirnos camino para poder restituirnos à nuestra tierra, no tendriamos libertad para escoger entre el partir, y el quedarnos, siendo solo la necesidad quien nos obligáse à semejante resolucion. Pareció muy bien esta respuesta al Príncipe, y alabó nuestro amor à la patria, y nuestro sincéro modo de explicarnos, y por último nos mandó asistir diariamente à la Corte. Nosotros, Señor, añadió Roberto, nos procurarémos ese honor, obedeciendoos, y todos los dias vendrémos à Palacio à recibir vuestros preceptos, y ponerlos en execucion. Levantámonos de nuestros asientos para despedirnos del Príncipe, que ya havia hecho señal para que nos retirasemos, pero antes nos previno, que su Ministro tenia los suficientes documentos para instruirnos, que oyesemos sus advertencias, y que del fruto, que de ellas sacasemos, se inferirian nuestros talentos: Volvímos à besarle la mano, y partímos.

Apenas salímos de la audiencia, nos rodearon todos los Cortesanos; quien nos ensalzaba hasta las estrellas; quien nos prometía una eterna amistad; y quien finalmente se recomendaba à nuestra proteccion. Bello campo de reflexiónes se nos ofrecía sino estuviera, ya recogida la mies por celebérrimos

mos autores, que han examinado la materia con perfectas indagaciones de lo general de las costumbres y adulaciones de las Cortes, y de los Aúlicos. Conduxeronnos à la ante-cámara, en donde se hallaba congregada la flor de la nobleza del País. Allì estaba el primer Ministro, que salió de la audiencia antes que nosotros; le hicimos nuestros cumplimientos, y diximos, como esperabamos con impaciencia los sabios documentos, con que de orden superior debia instruirnos: Vosotros, respondió el Ministro, sois bastante sabios; mas si sucede el caso de tener, que advertiros en algun asunto, en que os haya de manifestar la intencion de mi Soberano, lo haré de modo, que vosotros mismos vengais en conocimiento del error cometido, ò del peligro que os amenace. Atended pues, à quanto os diga, quando llegue la ocasion de poner estas ordenes en práctica.

CAPITULO XXIV.

De la Novela doctrinal, que contó el Ministro.

RODeados en la ante-cámara de los dichos sobresalientes personages, se entabló la conversacion de nuestros Países, y nosotros les dimos puntual razon de quanto nos preguntaban. Alguna repugnancia mostraban en dar crédito à nuestras relaciones; oposicion, que ciertamente nacía de la comun costumbre de no querer creer aquellas cosas, que nos parecen maravillosas, porque son del

to-

todo diversas de las que regularmente experimentamos: No obstante que proponian sus dificultades con toda atencion, y urbanidad, me dí por ofendido, y me alteré un poco, no tanto porque no diesen fé à nuestras palabras, quanto por un zelo indiscreto, y fuera de tiempo hácia mi patria. Queriendo, pues, defenderla con demasiado ardor, y sin permitir, que fuese ajada, en cierto modo venia à despreciar aquel País, en donde acababa de recibir tantas demonstraciones de distincion, y afecto. No es bastantemente alabado el forastero, que usa circunspeccion en tales puntos; Yo con los años, y experiencias conocí despues los inconvenientes, que se originan de lo contrario. Roberto, como mas práctico, y sabio, moderó mis expresiones, que ya se iban acalorando, y además de enseñarme con su exemplo el modo, con que debia contenerme, manifestó à los circunstantes, en qué grado tan elevado tenia la virtud de la templanza. En aquella pequeña disputa el Ministro havia estado callando, y quando comprehendió, que se havia finalizado en sus principios por la agudeza de Roberto, dixo asi:

Sabreis, Señores, que en mis juveniles años tuve grandes deseos de recorrer nuevos Países, de cuyo genio me dexé llevar finalmente sin guia, ni consejo. Permitidme, que os cuente mis descubrimientos, y os ruego no os expongais con indiscreta incredulidad à juzgar falsa mi relacion; mas si algunos de tan nobles oyentes pretendieren oponerse con espíritu crítico à los sucesos, que voi à contar, adviertan antes de hacerlo, que la moralidad que se puede sacar del exámen de ellos, es

muy

muy distinta, y de mayor valor, que el quimérico deleite de pasar plaza de sabios por el medio de ir haciendo crítica de las proposiciones, que escuchan por parecerles muy estraordinarias, y fuera del orden natural.

En los verdores de mi juventud vivia Yo con mi padre en una casa de campo, que teniamos algunas jornadas distantes de esta Capital: Estaban con nosotros, además de ciertos nobles huéspedes, mi Maestro de lenguas, y un Bailarin, que me enseñaba à danzar. Un dia, que entre nosotros estabamos hablando de los Paises estrangeros, dixeron éstos tantas maravillas, que havian leído en los libros de los viajeros, que se me avivó ardentísimamente el deseo de ir à vér mundo, y de informarme con mi propria vista de los portentos, que les oía contar, y en que Yo no ponia la menor duda.

Hecho, pues, el proyecto de buscar aventuras, pedí licencia à mi padre para dar una vuelta por las principales Ciudades de estos Estados, rogándole me concediese pór compañero à mi Maestro de lenguas, que era un solemnisimo Pedante, y à quien estimaba mucho, y al Bailarin, para qué me fuese sirviendo en qualidad de Mayordomo. Condescendió à mis instancias el buen viejo, y disponiendome un equipage correspondiente à mi nacimiento, me proveyó de bastante dinero, me dió muchos consejos saludables, y me dexó poner en camino. La primera máxima, que me propuse segun la costumbre pésima de los de aquella edad, fue la de no seguir en cosa alguna las insinuaciones de mi padre, teniendólas por impertinencias de un viejo decrépito. Formámos nuestra primera idéa

con el designio de salir de estos Dominios, y encaminarnos à buscar las mas temerarias aventuras.

Mi director, que tenia menos juicio que Yo, me propuso, que emprendiesemos nuestro viage hácia unos ciertos montes elevadisimos, por donde, segun tradicion muy antigua, nadie havia pasado; estos estaban distantes de los confines de nuestros Estados, como unas doce jornadas; resolvilo à su instancia, y con sumo gusto nos encamináamos hácia aquella parte. Haviendonos aproximado à ellos, encontrámos un bosque, que llegaba hasta su falda, estendiendose por toda su pendiente desde la cima. Con muchisimo trabajo, y con larguisimos rodéos por razon de la espesura, y crecido de las plantas, llagamos hasta lo mas fragoso. Empezáron à faltarnos las provisiónes, lo que nos ponía en suma sugecion, y nos arrepentiamos de havernos alexado tanto, amenazados del peligro de morirnos de hambre. Ya no podiamos volver atrás, por la incertidumbre de hallar camino, que nos conduxese à alguna poblacion. El Pedante nos demostró unos castaños, que havia visto, con lo que tomámos no poco aliento, seguros de que ya no podia faltarnos la comida. Comenzámos, pues, à solicitar abrirnos camino, y al cabo de una hora nos hallámos en la abertura de una roca, desde donde descubrímos un valle muy dilatado. Alegres por haver vencido una dificultad, que jamás havia emprendido persona alguna, no nos faltaba otra cosa, que hallar una baxada, que nos conduxese à la llanura que haviamos descubierto.

Mientras estábamos registrando el terreno por una, y otra parte, prontamente venimos à dar en

ma-

manos de una tropa de Vandoleros, que provistos de espadas, y otras armas, nos rodearon por todas partes. Tuvímos fortuna de que nos perdonasen las vidas, pero nos quitaron quanto llevábamos, y nos dexaron quasi desnudos: Los criados huyeron llenos de miedo, y asi me quedé solo con el Pedante, y el Bailarin; éste lloraba amargamente, y Yo estaba lleno de amargura; pero el Pedante exclamó: ¡Gracias al Cielo, que ya estámos seguros! No puede faltarnos la comida, pues no falta para estos asesinos. Mucho me irritó con estas palabras; pero él sin alterarse me propuso los exemplos de algunos Heroes fabulosos de la antigüedad, que pasarón por semejantes aventuras, y de ellas se les siguieron muchas fortunas; se apoderáron de Reinos, se casáron con hermosísimas Princesas, y sojuzgaron pueblos muy guerreros. No obstante que no haviamos tenido fuerzas para defendernos de unos ladrones; la autoridad de mi Maestro, y mas que todo las temeridades juveniles, pudieron tanto, que consoláron, y disipárón mis penas.

Despues de alguna fatiga encontrámos una senda angosta, que llegaba hasta el valle; baxámos con bastante riesgo; pero por último llegamos à la llanura, è inmediatamente nos juntámos à decidir, qué era lo que haviamos de hacer. Por mas importante, que parecía el asunto, obstinado el Pedante estaba firme en su opinion, de que nuestro terror era pánico. Pero nosotros mas ajustados à la razon que él, no hicimos caso de sus jactancias, y antes de pasar adelante, quisímos establecer el orden, que deberiamos seguir en lo sucesivo.

vo. El Bailarin dixo: En el estado actual, vos, Señor, debeis deponer el carácter de vuestras circunstancias, y emplearos igualmente que nosotros en buscar el sustento necesario para nuestras vidas. Eso, le respondí, es cosa muy puesta en razon. Entonces el Bailarin exageró el mérito de su arte, diciendo: Yo adonde lleguémos pondré mi escuela de baile, arte necesarísimo para saber llevar el cuerpo, para la buena direccion de los pasos, para el desembarazo de la persona, para la vida civil, para la sociedad política, para enamorar, &c. &c.

Yo, respondió interrumpiéndole precipitadamente el Pedante, y echando chispas el rostro, enseñaré à leer, escribir, hablar, y à componer con primor; arte entendido por pocos, y practicado por menos; necesario à los Nobles, à los Jueces, à los Abogados, à los Notarios, à los Negociantes, à los Artífices, y à todos los Sequaces del amor. ¿Sin él cómo podrán explicarse los conceptos del alma, las producciones del entendimiento, las agudezas de la fantasía, los ...... Poco à poco, le dixe, poco, à poco, Señor Maestro, ahora no es tiempo de declamaciones, cada uno de vosotros hará prodigios en su arte; no se trata aquí de decidir qual de ellos sea el mas excelente: Vosotros, no hai duda, ganaréis quanto baste para un honrado mantenimiento. ¿Pero Yo en qué me emplearé? Decidióse entonces, que fuese una boca inutil, y un asno de buena fortuna. Pero el Pedante encontró modo de recompensarse de quanto podría subministrarme en el tiempo, que necesitáse de su asistencia: A vos, dixo, acudirémos con lo necesario nosotros, y os sostendrémos hasta la vuelta à

 nues-

nuestra patria; pero baxo el pacto, de que en llegando à ella, haveis de consignar à los dos una pension vitalicia, con que podámos mantener nuestra familia con toda comodidad. Bastaban estas condiciones para arruinar à una persona opulenta; mas fue forzoso aceptarlas. Dexo à vuestro juicio la intencion, que Yo tendría de cumplir tan desarreglada promesa. No os molestaré contandoos nuestras aventuras, hasta que llegamos à avistar una Ciudad, y los indecibles trabajos, que sufrímos.

Diciendo estas palabras, llegó un Gentil-Hombre à avisar al Ministro, le llamaba su Príncipe para un negocio de importancia. Partió inmediatamente, dexando la prosecucion de estos sucesos, para luego que volviese. No tanto lo que pudiera sér doctrinal, quanto el deseo de saber el fin de una Historia, que hasta entonces creíamos verdadera obligó à todos à esperar la vuelta del Ministro: En este intermedio se llegó à mí un caballero de bello aspecto, llamado el Señor Jazmín, de quien hablarémos adelante.

CAPITULO XXV.

Prosigue la materia del capitulo antecedente.

ANtes que volviese el Ministro, me llamó Roberto, advirtiendome, que estuviese atento à aquella Historia, sospechando del discurso, que antes havia tenido con nosotros, que sería sin duda mas mysteriosa, que verdadera. ¿ Quién sabe; añadió, si acaso quiere darnos alguna sabia instruccion del

mo-

modo de contenernos en lo sucesivo? Yo conozco, que es este un sugeto lleno de méritos, y que sabe mezclar lo util con lo deleitable. Con esta advertencia dupliqué mi atencion, y con ella alcancé el fruto, que él deseaba, quedando instruido para en adelante con la relacion de tan agradable novela.

Desembarazado de su comision el Ministro volvió à la ante-cámara, y nos dixo: Ya puedo proseguir mi suceso, que si bien me acuerdo, quedó suspenso poco despues de haver contado la gravosa condicion, que me impusieron mis dos compañeros; pero veréis en adelante, como estos me debieron mas, de lo que podian imaginarse.

Despues de haver andado largo tiempo por aquellos campos desiertos de habitadores, y por consiguiente del todo incultos; despues de haver pasado muchos dias trabajosísimamente, alimentándonos de raíces silvestres, de yervas, y de castañas, descubrímos casualmente no muy distantes las murallas de una Ciudad. Antes de atrevernos à entrar en ella, procurámos cada uno por su lado encontrar alguien, que nos pudiese informar de sus habitantes, temiendo no exponernos à algun peligro sin reparo. Salió vana toda nuestra diligencia, por lo qual era menester convenirnos, ò en abandonar el proyecto de pasar adelante, ò en armarnos de constancia, y prudencia para todos los accidentes, que nos pudiesen ocurrir. El Pedante, que tenia mas arrogancia, que las personas de mayor temeridad, reprehendió nuestro miedo, insultándonos con títulos de viles, y cobardes, y se abanzó el primero à las puertas de la Ciudad. Seguimosle, y entrámos todos sin detenernos.

Lo primero, que encontrámos, fue una quadrilla de Cojos, vestidos como Soldados; à uno faltaba un pie, à otro una pierna, qual caminaba con muletas, qual llevaba arrastrando el cuerpo por la tierra. Nos hicímos cargo de comun acuerdo, de que éstos eran Soldados inválidos, que havian salido del Hospital para tomar alguna recreacion, y la casualidad los havia conducido à aquel sitio. Como en las Ciudades estrañas es forzosa la cortesía, mas que en la propria, nos pareció debido llegar à saludarlos, asi que los vimos. Luego, que nos aproximamos, prorrumpieron en unas carcajadas de risa tan destempladas, que creí, que alguno de ellos rebentáse. En el estado en que nos hallábamos, no venia al caso resentimiento alguno; pero no fue de este parecer el Pedante, que les pagó el escarnio, diciéndoles mil agravios. Ellos no se ofendieron, antes continuaron su risa, burlandose de nosotros con ridículos gestos, y señalándonos con el dedo, como acostumbran los bufones. El pasage parecía un entremés; tuvimoslos por tontos, y comenzámos à reirnos, siguiendo ellos tambien la burla: duró una hora esta comedia, sin que pudiesemos reducirlos à hablar siquiera una palabra.

Cansados finalmente de su provocativo modo de proceder, Yo fui el primero, que los dexé para pasear las calles de la Ciudad, y los otros dos me siguieron. Reinaba un profundísimo silencio en todas, y nadie andaba por ellas, por ser la hora de medio dia. A poco tiempo encontrámos una Mona viejecilla, que llevaba con gran trabajo su enfermo cuerpo, apoyandose en un palo. No bien nos

columbró; quando puso la mano en la cara por no vernos; el Bailarin la hizo algunas preguntas, pero fue lo mismo, que si las huviera hecho à una piedra. Ya empezaba el pueblo à salir à las calles, y entonces fue nuestro mayor pasmo, viendo que todos los habitantes de qualquiera edad, y sexo, que encontrábamos, eran, ò cojos, ò estropeados; à esto se añade, que asi, que nos vían echaban à reir, como los Soldados, que estaban à la puerta, sin hablar una palabra, ni aun entre ellos mismos.

Gracias à Dios, dixo el Pedante al Bailarin; que por fin hemos llegado à un País, en donde los habitantes tienen por naturaleza los pies formados con bellísima proporcion, para que los enseñéis vuestras habilidades. ¡Qué discípulos sacaréis tan diestros! ¡Qué ganancias tendréis aqui! ¡Qué magnificamente vivirá este caballero con vuestras habilidades! El pobre Bailarin respondió desesperado: Siempre me ha perseguido la desdicha; pero jamás llegó à pasarme por el pensamiento, que en mi arte pudiese faltarme modo de ganar la vida, pues para que me sucediera esta desgracia, era forzoso, que las Monas naciesen sin pies. La burla del insolente Pedante me enfadó, porque no me pareció justo insultar à una persona, que padecia tan grande infortunio, y para tomar una especie de venganza le dixe: A lo que voi viendo, los habitadores de esta desdichada Ciudad no solo son cojos, y valdados, sino que tambien son mudos; y si es asi, como en realidad me lo temo, espero, muy amado Señor Maestro, que aqui nos morirémos de hambre.

Ya en efecto nos urgía la necesidad de tomar alimento, con lo qual, y mis últimas razones iba

per-

perdiendo el color el pobre Pedante; no obstante, sacando fuerzas de flaqueza, seguidme, dixo, que Yo lo compondré todo. Llegóse al punto à una como Hostería, en donde el Patrón le recibió con la misma risa, que los demás; no se espantó nuestro Heroe, antes con una formalisima oracion rhetórica pretendia obligarle, à fin de que nos diese alguna cosa, con que sosegasemos nuestro hambriento estómago: El Figonero estaba mirandole con grande atencion, y sin hacer el menor movimiento; pero quando llegó à comprehender, que pedia de comer por caridad, dió la respuesta al Orador con una estupenda carga de leña en las costillas. El pobre Pedante muerto de hambre, y muy bien apaleado, depuso sus brios, y todas las máximas del heroismo; pusose à llorar como un muchacho; y à no haver sido tambien tan lamentable mi suerte, no huviera podido detener la risa, porque es muy justa, y natural la complacencia, que se tiene quando se ve à los baladrones acobardados.

Pero no fue éste el término de nuestra mala ventura. No pasó mucho tiempo à este suceso, quando nos hallamos cercados de una tropa de Esbirros, trayendo, el que hacía de Cabo, una tablilla, que puso en nuestras manos, en la que venian escritas estas palabras: *O morir, ò bojear.* Este breve, eloqüentisimo, y supremo decreto nos dexó inmobles como estátuas: Despidieronse con una ruidosa salva de carcajadas, quedando nosotros llenos de confusion. Era forzoso obedecer, ò haver de experimentar nuestro último exterminio. El Pedante poco antes temerario, y valiente, fue el

pri-

primero, que buscó un arbol de donde cortó un garrote para hacer una pierna de palo, que colocó en el puesto de la natural, doblando ésta para fingir la cojera. Comenzó à ensayarse à andar en aquella postura, pero à los dos pasos resvaló, y dió de narices en un basurero: Buena fue su suerte en no encontrar con un guijarro, porque el porrazo fue grande, y se huviera hecho mucho mal à no dar en blando. Era este espectáculo para una persona, que lo mirase con indiferencia, de los mas risibles, y gustosos, oyendo los ayes del pobre Maestro, observando sus ridículos gestos, viendo el asco, que le daba aquella hedionda materia, y escuchando las maldiciones, que profería contra todos los cojos.

El Bailarin no acababa de determinarse à afear aquella parte de su cuerpo, que estimaba por la mas excelente; no siendo dudable, que estos prefieren los pies à la cabeza. A pesar de su aversion, tuvo que acomodarse al tiempo, y à la sentencia, que nos havian intimado; por lo que determinó fingirse tullido, columpiando el cuerpo sobre dos muletas. Era una comedia oírle suplicarnos, que no esparciesemos aquella aventura en nuestra patria, si acaso volviamos à ella: Yo, decia, quedaría eternamente perdido, si llegára à saberse, que havia andado con muletas; todos los de mi arte echarían la voz, de que era inhábil para nuestro exercicio, los Autores no me darían partido para sus teatros; las Damas me negarían la entrada en sus casas; todo se acababa para mí: Lloraba el mentecato, como si el tener que fingirse cojo fuera lo mismo, que haver perdido el juicio. Yo agarré una

tran-

tranca bien gruesa, y apoyandome en ella; fingía dificultad en los movimientos, y caminaba medio arrastrando, como si en realidad no pudiera servirme de mis pies.

Pues no paráron en esto las desgracias. Ya estábamos resueltos à marchar de la Ciudad con tan lucidos arneses, hambrientos, y contrahechos, quando volvieron à sorprehendernos los Alguaciles, que de orden del Gobernador venían à llevarnos à la carcel. Echónos mano aquella insolente canalla sin hablarnos una palabra, monstrandonos por escrito el Auto del Juez; éste, y la fuerza nos obligáron à no resistir al mandamiento. Fuimos, pues, conducidos à un obscuro calabózo, de donde à pocas horas nos sacáron para llevarnos ante el Gobernador.

Llegando el Ministro à estas palabras de su suceso, que refería con aquella sal, que era propria de la viveza, y fecundidad de su espíritu, y que Yo no puedo en lo mas mínimo imitar en mi descripcion; salió por aquella ante-cámara un sobrino del Príncipe, por lo que fue preciso interrumpir la relacion para ir à hacerle la corte; nos hizo mil agasajos, y nos aseguró, que su tio havia concebido las mas favorables intenciones hácia nosotros, cuyos efectos prontamente experimentaríamos. Besámosle la mano, y suplicámosle, nos protegiese; asegurónos su gracia, y marchó mandando al Ministro, se quedáse, siguiendo su conversacion. Todos los circunstantes deseaban saber el fin de tan curiosa Historia.

CA-

CAPITULO ULTIMO.

Finalizase el asunto de los dos Capitulos anteriores.

ACabados los debidos cumplimientos, prosiguió asi el Ministro sus aventuras: Presentados, pues, al Gobernador, que era un robusto Monázo, nos preguntó, quiénes éramos, y de dónde veniamos. Respondió el Pedante, que éramos tres viageros; que nos haviamos dexado llevar del genio, y deseo de vér Países estraños, y observar fuera de nuestra patria nuevas costumbres; que haviamos andado dilatados caminos, y sufrido indecibles incomodidades antes de havér podido llegar à aquella Ciudad, en donde creímos encontrar (como se practíca en todo el mundo) personas, que nos hospedasen, y suministrasen el preciso mantenimiento para conservar las vidas; que con pasmo, y afliccion nuestra haviamos experimentado negársenos aquel socorro, que aun à los brutos se concede; que nos viamos obligados à fingírnos contrahechos; y que despues de haver sido objeto de risa de todos por colmo de nuestra mala ventura haviamos tenido la desgracia de ser aprisionados, sin saber el motivo, y con miedo de mayores desdichas.

Entonces el Gobernador nos dixo: O sois personas muy maliciosas, y obstinadas en vuestro error, ò absolutamente estais privadas de uso de razon. ¿ Siendo reos de tres gravisimos delítos, teneis aun osadía para llamaros inocentes? Pero antes, que

os haga cargo de ellos, decidme: ¿Quáles son vuestras habilidades, ò qué artes enseñais? El Bailarin respondió, que era diestrisimo en la danza. ¿Qué es eso de danza? preguntó alterado el Gobernador. Esta, dixo nuestro Bailarin, es un arte de llevar derecha, y airosamente el cuerpo, de mover los pies à compás, de saltar con compostura, y de dar ciertas vueltas con agilidad, y con gracia. Yá, yá lo entiendo, añadió el Gobernador, riendose sin medida; eso es, lo que saben hacer los potros: Despues recobrando su rigorosa seriedad, le dixo: ¿Temerario, qué malvado espíritu te ha conducido à venir à hacer burla de este pueblo, y de todo el Estado? ¡Un Bailarin en la tierra de los Cojos! ¡Enseñar à dar saltos, y la destreza en el andar à donde no hai el uso de los pies! Bien mereces un exemplar castigo, y espérale proporcionado à la gravedad de tus delítos.

Volviendose despues al Pedante, inquirió, en qué se ocupaba. El todo temblando, y haciendo mil cortesías, respondió: Yo enseño à hablar bien, y el arte de persuadir. ¿Qué arte tan provechoso es ese? replicó el Gobernador. La verdad no necesita para ser abrazada de exteriores auxilios; y asi el mérito, de lo que sabes enseñar, es hacer parecer falso à lo verdadero, y verdadero à lo falso; tú eres un monstruo, del que es forzoso librar à la tierra. Fuera de esto, venir à un País, en donde por leyes muy antiguas, y sábias está prohibido el hablar con otro, que su Superior; ò dentro de su propria familia, à enseñar, lo que no puede exercitarse, es una de las culpas mas excesivas, que pueden cometerse.

Dexo

Dexo à vuestro discurso, cómo quedarían mis dos compañeros, contemplándose culpados, en lo que juzgaban serles de mas recomendacion, y en lo que fundaban sus mayores esperanzas. Quiso despues saber quien era Yo, y comprehendida la verdad exclamó: ¡O pobre joven, quién te ha engañado, para que te agregues à estos delinqüentes! A este tiempo llegó à querellarse el Hostelero, de quien yá hé hablado, del delíto de haverle pedido limosna. Aqui fué la inquietud del Gobernador: Desde la fundacion de esta Ciudad, dixo, centelleándole los ojos, no se ha oído maldad de tal tamaño. Atonitos quedámos con este nuevo infortunio, y todo trémulo el Señor Maestro de lenguas, rogó con la mayor humildad, le explicasen, én qué consistía la gravedad de su pecado. Tú eres un animal, le respondió el Gobernador, digno de mil muertes por la atrocidad de tus culpas, y por él atrevimiento de tus preguntas. ¿Qué osadía es la tuya de querer mantenerte à costa de los demás? ¿Mis súbditos han de trabajar, y sudar, para que venga à trágarse sus bienes un holgazan, un bribon, un tunante? Pero yá es tiempo de imponer el castigo à tantos delítos.

Abrieron las puertas, y entró en el salon el numeroso pueblo à oír la sentencia, que nos daba el Gobernador, el qual dixo asi: A éste (señalando al Bailarin) que há tenido valor para vanagloriarse saltador, y Maestro de estas ligerezas en un País, en donde los habitadores hacen gala de no poder andar, cortaréis los pies, que serán colgados sobre los muros de la Ciudad para terror universal: A esotro (señalando al Pedante) que

se lisongeó de querer enseñar el modo de bien hablar à un pueblo, que es mudo por lei, y por costumbre, sacaréis la lengua, y cortaréis las manos, para que en adelante no pueda hablar, ni escribir; y estos miembros serán echados à los perros. El tercero, finalmente, à quien no encuentro reo de particular delito, será comprehendido con sus dos compañeros en un vando, en que se mande, que dentro de dos dias salgan para siempre de nuestros Estados, baxo de pena capital, si à él contravinieren. Pronunciada esta sentencia, se levantó el Gobernador, y partió, dexándonos en poder de los ministros de justicia, que nos volvieron à las prisiones.

Pasámos en la carcel toda la noche, llorando, y pidiendo al cielo socorro. Me movian à piedad mis dos miserables compañeros, condenados sin culpa à unos castigos tan crueles; y aunque joven, pensé algun modo de poderlos librar. Llamé al Alcaide, à quien mostré una piedra de mucho valor, que pude reservar de los ladrones, prometiendo darsela, si nos permitía huir: No se atrevía à resolverse; pero dexandose ultimamente llevar del precio de la alhaja, llamó à parte al Verdugo, y le ofreció la mitad de la ganancia; consintió éste al punto, y como la sentencia se havia de executar ocultamente, determinaron ir à el lugar en que enterraban à sus muertos, y cortar à un cadaver, que havian depositado aquella noche, la lengua, los pies, y las manos. Volvieron alegres à la prision, recibieron el anillo prometido, pusieron unas bendas en los pies al Bailarin, y otras en las manos al Pedante, despues nos abrieron

ron las puertas del encierro, y nos despidieron. Salímos de la Ciudad sin obstáculo, porque la Guardia sabía yá la sentencia de destierro.

No puedo decir, qué sucedió en la Ciudad despues de nuestra partida. Nosotros nos acogímos à un bosque, en donde arrojando las bendas, la pierna de palo, la tranca, y las muletas, volvió à quedar en libertad nuestro cuerpo. Era forzoso apartarnos quanto pudieramos de la *Cojilandia*, (asi si llamaba aquella infelíz Provincia) para no incurrir en el último desastre. Resolvímos, pues, por no aventurar nuestras vidas, dexarnos llevar de la fuerza del destino, y seguir el camino por lo enmarañado del bosque, hasta tanto, que encontrásemos quien nos guiáse, y enseñáse, por donde podriamos volver à nuestra patria. En fuerza de esta aventura hicimos ánimo por si acaso llegabamos impensadamente à algun nuevo extravagante País, de seguir por donde fueramos, las costumbres, y genios de sus habitantes, sin tener la necia presuncion de querer distinguirnos, y atrahernos por tanto su odio, y persecucion.

Despues de haver andado errantes por la selva algunos dias, siendo solo agua, y frutas silvestres nuestra comida, y bebida, llegámos al Reino de los Papagayos. Inmediatamente comenzámos à batir los brazos, como ellos las alas; mal-formábamos los acentos, imitando su lenguage; saltábamos sobre las ramas mas fuertes de las plantas gruesas, y en todo haciamos vida de pájaros. Agradó nuestra conducta à la Reina, que gobernaba aquellos Estados, por estár en su menor edad el heredero de la corona. Con quien mas congenió,

fue

fue con el Pedante, à quien tuvo la generosidad de conferir una Cáthedra de Philosophía. Muy tentado le ví de la vanidad, y ciertamente huviera él aceptado el honor de ser el Philósopho de los Papagayos, entre los que podia pasar por un doctisimo personage, si la memoria de los peligros pasados no le huviera hecho conocer enteramente, que en ningun lugar se vive con mayor seguridad, que en la propria patria. Renunció, aunque suspirando, aquel honor; pero conociendo, que jamás se havia hecho una igual justicia debida como premio à su mérito. Partímos, finalmente, colmados de mil elogios de la nobleza, y del pueblo.

Varios accidentes, è incomodidades siguieron à la fortuna, que tuvímos entre los Papagayos, hasta que llegámos à una dilatadisima laguna, Imperio de las Ranas; éstas, no obstante ser cada una de la corpulencia de un buei, tenian tanta ligereza como las nuestras. No puedo dexar de decir, que nos costó un sumo trabajo adaptarnos à sus costumbres; pero era forzoso acomodarse à ellas. De aqui es, que nos era necesario caminar, juntando las piernas con las ancas; sentarnos continuamente sobre la tierra; dar saltos de charco en charco; gritar de dia, y de noche, y fingir, que comiamos aquellos alimentos asquerosos. No pasaba dia, en que el pobre Pedante no corriese riesgo de ahogarse en algun estanque; porque, como tenia un cuerpo tan pesado, le faltaba la agilidad, que se requería, para aquellos saltos. En esta laguna adquirió grandes creditos el Bailarin, de suerte, que se atraxo toda la estimacion ranal. La Coman-

mandante le tomó cariño, y andaban voces, de que quería casarse con él: El pobre Mono no se hallaba en caso tan desesperado. Aun mas: Por impedir una rebelion, y que no corriese riesgo la Regencia, fue menester huir de noche, y guarecernos nuevamente en otro bosque.

Fatigas, miserias, y peligros fueron los perpétuos compañeros, que tuvimos en el tiempo de nuestra larga peregrinacion; hasta que, quando plugó al Cielo, nos hallámos à la falda del monte, de que al principio hice mencion. Tubimos, que andar buscando la senda, por donde haviamos baxado; pero aunque lográmos la fortuna de encontrarla, nos costó mucho trabajo persuadir al Pedante, à que volviesemos à pasar por la estrechura de la roca, acordandose de los pasados sustos, y del encuentro de los salteadores: No obstante la consideracion de que no llevabamos cosa, que poder perder, le convenció, à que pasára. Asi lo hicímos, respirando despues al vernos yá con la seguridad de haverse terminado nuestros afanes. No os molestaré, Señores, contandoos mil particularidades, y curiosos acaecimientos de nuestro viage; basta saber, que llegámos à vernos salvos en esta Ciudad, bien satisfecha la curiosidad de viajar, y castigada la locura de querer sobresalir en aquellos parages, en donde la distincion no conduce mas, que à un continuado peligro, y aún al último infortunio.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



